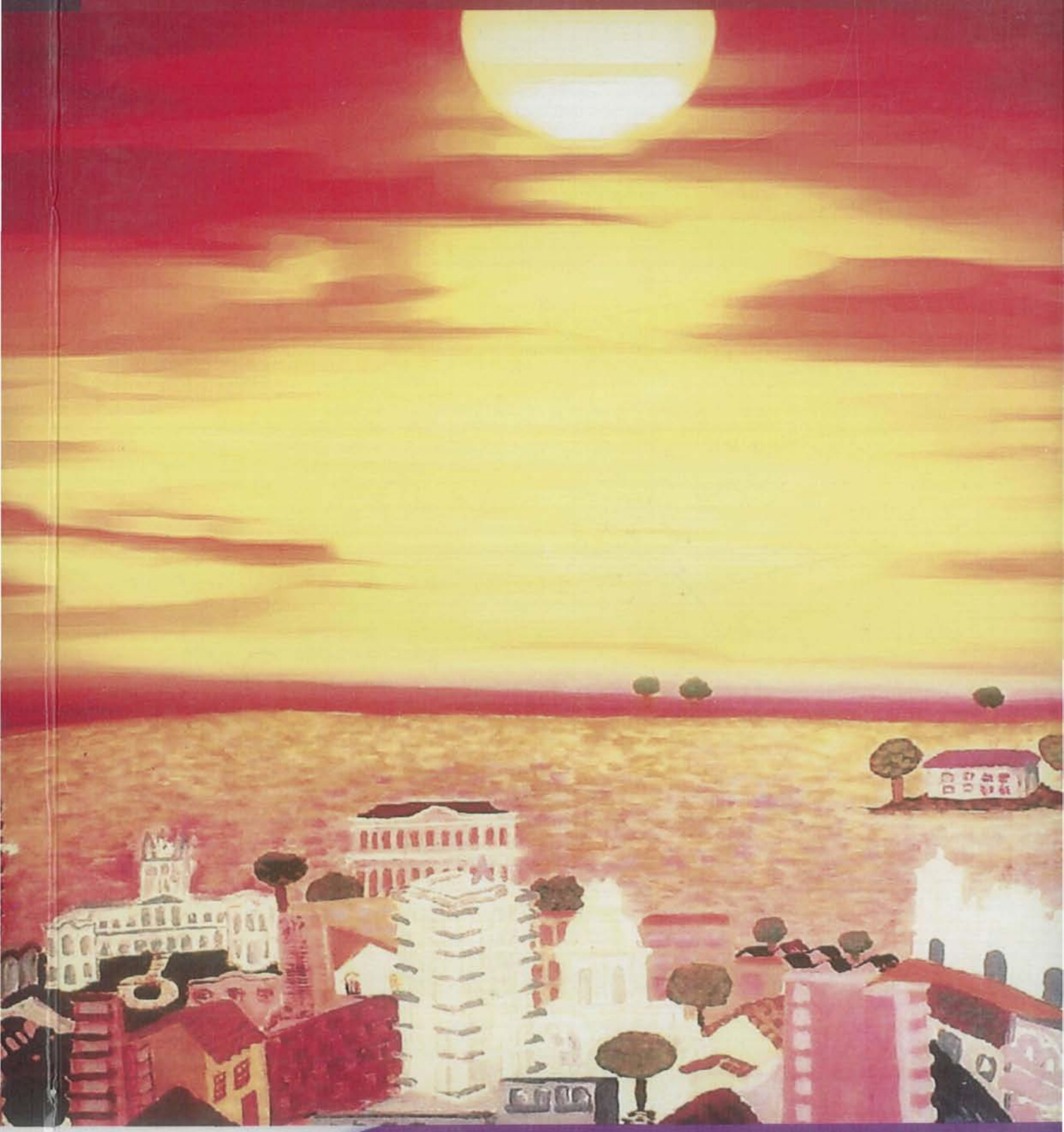
Hermes Giménez Espinoza

ASUNCIÓN BAJO TOQUE DE SIESTA

Novela



El Lector

Colección Narradores Paraguayos

Hermes Giménez Espinoza

Hermes Giménez Espinoza nació en Asunción en 1953. Ha sido lector desde los 7 años, abarcando desde aquella edad temas tan diversos como los clásicos griegos, las Sagradas Escrituras, los tratados Marxistas, Cervantes, Kafka, Sartre, Borges, Vargas Llosa, García Márquez, Roa Bastos, Joyce...

Desde los quince años desarrolló una intensa actividad teatral que se extendió hasta 1987. Integró diversos elencos pertenecientes al llamado "teatro independiente", entre los que se destacan: el Teatro Popular de Vanguardia, el Teatro Estudio Libre, el Grupo de Teatro AtyÑeé y el Grupo PaxTeatro del cual fue director.

Colección
NARRADORES PARAGUAYOS

HERMES GIMENEZ ESPINOZA

ASUNCION BAJO TOQUE DE SIESTA

Novela

El Lector

COLECCIÓN NARRADORES PARAGUAYOS

Asunción bajo toque de siesta
Novela

© de la novela,
Hermes Giménez Espinoza

© de esta edición
2007 Editorial el Lector

Director Editorial
Pablo León Burián

Diseño:
Estudio Condoretty

Ilustración de la tapa:
"Asunción" (fragmento), ©Elvira Avril, 1987. Pintura artesanal sobre madera. Mención en exposisición conmemorativa de los 450 años de la fundación de la ciudad organizada por el Municipio Asunceno.

Hecho el depósito que marca la Ley 1328/98

Esta edición consta de 2.000 ejemplares.

"...habríamos perdido la memoria con la voz, de habernos sido tan fácil olvidar como callar."

Tácito

A Graciela

INDICE

I 11

II 25

III 33

IV 41

V 51

VI 65

VII 77

VIII 87

IX 103

X 123

XI 133

XII 143

XIII 159

XIV 171

XV 193

XVI 203

I

Salir de este vecindario lo antes posible es mi consigna. Caminar tan rápido como pueda hasta encontrar calles más iluminadas. Debo seguir. Unas cuantas cuadras y voy a llegar hasta una parada de taxi. Ubico la esquina con autos amarillos en alguna neurona indemne de mi cerebro achicharrado por la ingestión de tanta cerveza. Hasta es posible que mi estrella se ilumine y acierte a pasar un bendito ómnibus. Pero debo saber hacia dónde dirigirme. Hacia la calle Colón debo marchar que por allí pasan todos. Y después no tengo idea. A casa no regreso. Creo que no tengo lugar para pasar la noche. Está viniendo un auto con exagerada lentitud para mi gusto. Voy a sentarme en las gradas de la entrada de esta casa aparentando que es la mía. Si son los buenos muchachos de la Comisaría Tercera no tengo salvación.

Va pasando lentamente. Está pasando pero se detendrá sin falta si es que mi corazón no deja de latir con tanta fuerza.

Recién ahora veo bien. No. No es la policía. Es un viejo en busca de acción. Sigo mi marcha porque si no, me quedo dormida en esta puerta.

No sé que puta me pasó hoy. Cuál fue la justificación que tuve para tomar tanto. Era como si la rabia de tantos años que

venía juntándose en mi interior tuviera necesidad de salir, de explotar, de desparramarse por todo el mundo. Creo que el factor desencadenante para obtener masa crítica que me llevara a la explosión fue la actitud del cretino secretario general. Ayer habíamos discutido toda la noche, sobre la declaración que se daría a los medios con motivo del aniversario del partido. Habíamos acordado que era necesario y saludable para todos, y más que nada por el futuro que aún no visualizábamos pero que debía estar en algún lugar detrás de la neblina espesa que nos rodeaba, que el partido necesitaba hacer correcciones de rumbo, puntualizaciones históricas con respecto a sus orígenes (reconocimiento de sus defectos de fábrica) y las posturas que debíamos revisar para ir preparando el camino que seguiríamos hasta la caída del régimen o la muerte del brasileño-alemán que estaba a la cabeza del gobierno.

El compañero secretario general me designó como la persona que haría la exposición de motivos ante el plenario. Era lo correcto. Era mi idea y mi posición personal. Estuve elaborando el documento de acuerdo a las pautas marcadas, durante semanas, a lo largo del día y hasta minutos antes de la reunión. Lo que no esperaba es que sin siquiera haber empezado a exponer, el compañero secretario general se hiciera el desentendido y la asamblea me desautorizara a seguir insultando la sagrada memoria de los fundadores del partido.

Me dejaron en posición fuera de juego. Los seis viejos componentes de la guardia matusalénica del partido, los únicos aportantes, los únicos importantes, sin duda habían hablado y ablandado previamente al compañero secretario general y le habían expuesto con claridad, con razones y fundamentos, las

inconveniencias de realizar ese tipo de declaraciones que les afectaba a ellos, a sus familias (a sus apellidos dobles, triples y cuádruples) más aún teniendo en cuenta (en cuenta contable) que eran ellos los que estaban proporcionando los dineros para la supervivencia de la organización y que si se declaraba algo que no aprobaban, las finanzas del partido estaban en quiebra y el propio secretario general con ellas.

Traté de explicar la necesidad de analizar nuestra posición como partido, que nuestro objetivo era no solamente sobrevivir sino convertirnos en una sólida alternativa de cambio. Intenté con frases rápidas, porque no me dejaban hablar, decir que esconder la cabeza en la arena para no ver los peligros que se cernían sobre nosotros (si lo que verdaderamente intentábamos era construir los cimientos de un país democrático) era lo peor que podíamos hacer.

Me obligaron a cerrar la boca. La actitud de los seis ancianos no me sorprendió en lo más mínimo. Estaban en su papel y hasta estaban en su derecho, porque finalmente ellos se creían los dueños del partido y en realidad lo eran. Ponían la plata para que el partido sobreviviera y todo tenía que manejarse como ellos entendían que debía hacerse.

Pero lo que no terminaba de entender era la conducta del compañero secretario general. Hubiese tenido la decencia de alertarme que el documento que estábamos planeando sacar para el día del aniversario, no correría. Que sería rechazado y que él no abriría la boca para acompañar y, menos aún, defender mi posición.

Me costó asumir ese golpe.

Deliberadamente me había dejado sola para que los seis viejos y sus comparsas se deleitasen viéndome en tan difícil posición. Tuve la sensación de haberme quedado desnuda en medio de la asamblea, con un montón de rostros babeantes, risueños, ansiosos, de una confraternidad de machos alrededor de mí, que no me perdonaban ni mi actitud de soberbia ante los viejos gagas, ni que fuera mujer.

El amigo y compañero secretario general se quedó mudo mientras dejaba que la asamblea me devorara sin piedad. Hubiese bastado un gesto suyo, un gesto de mi amigo personal, para que yo, compañera del partido y de alguna manera compañera de cautiverio, tuviera la oportunidad, una vez que se hiciera silencio, de decir lo que teníamos planeado.

Pero ni siquiera alzó la mirada hacia la asamblea. Simulaba escribir, hacer anotaciones en su agenda, y por supuesto tampoco me miraba. Llegué a la conclusión de que lo tenía todo bien planeado. No era simplemente que los viejos amenazaron con sacarle su sueldito de secretario general. Posiblemente quería aprovechar la oportunidad y sacarse de encima la molesta sombra de Nita, que le presionaba y le obligaba cada vez más, a tomar posturas que no le terminaban de convencer por los conflictos que generarían, o quizás aprovechó la situación para sacarse de en medio a alguien que de alguna forma le estaba robando protagonismo y popularidad en la raleada fila de correligionarios.

Mis zapatos hacen mucho ruido. Los zapatos con plataforma de madera son el último chiste que nos gastan los fabricantes de pseudo elegancia femenina. Hacen ruido como para alertar a todos los perros de la cuadra. Por suerte el calor sigue

firme y hay todavía gente sentada en sus patios, esperando que el viento sople fresco después de la medianoche. Escucho retazos de frases y algún trozo de guarania que no sé si lo tengo metido en el cerebro o está sonando de verdad en alguna radio. Siento que el sudor me corre por debajo de la ropa.

Sudor y cerveza. Rabia y desesperanza. Dolor que me sale de adentro y resbala hacia mis pies. Remordimiento por lo que acabo de hacerle a Raúl. Una escena indigna que no podría arreglar ni borrar, aunque me arrepintiera con toda el alma por toda la eternidad. No tengo ninguna justificación. Utilicé a mi esposo como el carnero para el sacrificio cuando en realidad a quienes quería degollar era al resto de los oficiantes. Todo eso junto con la culpa revienta por mis poros.

Estoy llegando a la calle Colón y si tengo suerte conseguiré un taxi y si tengo más suerte un ómnibus y si no tengo nada de suerte vendrá una patrullera, me pedirán mis documentos, les gustará mi culo y estaré perdida.

Lo más grave es que no sé qué dirección le voy a dar al chofer del taxi. Tengo la intuición que la casa de mamá es mi destino.

Al llegar a la calle Colón percibo que sube un viento desde el río, que ni aún a esta hora se siente fresco. Es el mismo horrible viento que asfixia en la siesta produciendo desgano, abulia, sopor. Rodea a la ciudad como el río. Nadie puede escapar de sus efectos. Es una cosa semisólida que se pega al cuerpo y lo envuelve como una gelatina.

Miro hacia el puerto y luego hacia el sur. Doce menos cuarto. Tengo sueño, estoy cansada, estoy borracha, pero no quiero ir a dormir. Es posible que en la vieja chopería encuentre algunos

amigos. Amigos, en realidad, no sé si los tengo. Pero conocidos con los que pueda hablar un rato hasta que llegue el toque de queda. Es posible que los dueños del negocio nos dejen estar hasta un poco después de la una, a puertas cerradas.

Voy a caminar hasta allá y si todo marcha bien, llamaré un taxi, que tengo dinero para eso, y luego me iré a dormir a casa de mamá. No queda para mí, en esta ciudad apestada, otro espacio que no sea ese. Y no es que no quiera ir, ni que tengamos problemas ni conflictos. Pero me desagrada llegar a este punto de mi vida y volver a su casa a pedir asilo político, aunque sea coyuntural.

La frase "asilo político coyuntural" me hace reír a carcajadas. Me produce unas violentas ganas de hacer pis y me carcome la duda de si llegaré sana y seca hasta el baño de la chopería. Si la policía no me detiene para "averiguaciones", me detendrá por enferma mental. El "Código 360" podría salir a relucir y automáticamente pierdo todos mis escasos derechos como ser humano y me convierto en cosa. Trato de aplacar mi risa y siento que me duelen los bronquios por el esfuerzo. Noche atroz.

Estoy borracha pero creo que no demasiado.

Llego a la chopería, sin novedad, aunque en frente veo estacionado un auto de la policía. Estos son de la comisaría segunda, o primera, se me confunden sus jurisdicciones, pero no de la tercera, por donde anduve caminando como una loca borracha durante tanto tiempo. Deben estar retirando la cena para los oficiales de guardia. Pobres de los dueños de la casa si se niegan a brindar el servicio gratuito para los custodios del orden público.

No sé por qué, pero ya no tengo miedo. Tengo cansancio. Chorreo sudor y tristeza.

Me siento en una mesa en el patio, después de sonreír a los mozos que tienen caras monstruosas como siempre, saludar a la dueña de la casa, que me lanza una mirada sicodélica, y después de hacer pis, me asalta la interrogante metafísica de por qué me parecen vacíos sus ojos hoy. Me impresionan como si tuvieran en vez de pupilas un par de agujeros que le traspasan hasta la parte posterior de la cabeza. Un particular sistema de ventilación cerebral con una reacción secundaria de ceguera. No entiendo. Es una mujer muy agradable. Creo que estoy sufriendo un delirium tremens.

Pido una cerveza y se me escapa el motivo por el que estoy sentada y sola allí. Antes de entender nada, uno de los seis viejos dueños del partido se sienta a mi mesa trayendo una cara botella de vino francés. Y yo que pedí la cerveza más barata. En realidad en este momento no me importaría tomar kerosén o alcohol rectificado pero me aferro a mi cerveza y rechazo la oferta.

Al observar sus ojos me doy cuenta de que no es tan viejo. Esa luz, ese brillo que adivino detrás del vidrio de sus anteojos (cuando cree que no lo miro y él observa la abertura de mi blusa que tiene un botón desprendido exactamente en el punto en que subliman sus obsesiones, o echa un rápido vistazo a mis piernas que apenas puede inspeccionar) es una mirada de hombre en campaña para asegurar la supervivencia de la especie, y, más concretamente, sus ojos gritan la palabra lascivia. Es la música de fondo de su vida. Su leitmotiv. O aún mejor; es su himno. Los himnos, sean religiosos o patrióticos, no se cantan.

Generalmente se gritan, se escupen, se maldicen, se repiten con miedo o tienen algún oscuro sentido amenazador.

Allí está frente a mí, con su inocente aire de abuelo, después de haberme prohibido hablar en la asamblea. Después de haber consensuado con los otros abuelos que no hay nada que revisar sobre la historia del partido, ni de su trayectoria ni de su futuro, y sí mucho, sobre lo que hay entre mis piernas. El muy respetable hombre del partido habla con mesura, elige las palabras, es delicado en los temas que aborda y me invita a comer. Le digo que ya cené y que es muy tarde. Me hace un delicado y paternal apretón en el hombro al decirme que no necesito hacer régimen alimenticio porque así como estoy se me ve muy bien.

Ante semejante declaración tengo ganas de vomitar encima de uno de los seis viejos dueños del partido. Me concentro en mi botella de cerveza y no escucho nada de lo que me dice. Ahora me toma del hombro. Me acaricia con torpeza. Me cuenta una vieja historia de uno de los fundadores del partido, abuelo suyo, mientras baja su endurecida y arrugada mano hacia mi pecho. Se detiene sobre el bretel de mi corpiño sin atreverse a pasar de allí. Sube y baja por el tirante varias veces, pero siempre se detiene en el mismo lugar. Duda en seguir bajando.

Tampoco estoy segura de cual será mi reacción si sigue bajando. Es posible que le bañe con mi cerveza o que le reviente la botella por su recalentado cerebro.

Despego su mano de mi hombro cortés pero firmemente. El sonríe con su brillante dentadura y descubro que interiormente está cargada de oro.

En ese momento se sienta con nosotros el secretario general con su aire de gente que aún no ha tenido ante sí, problema en el mundo que él no estuviese en condición de solucionar. Había sido que estaban todos adentro y posiblemente observando el desarrollo de la abordada del que tengo en frente.

Las ganas de vomitar se multiplican y camino con cuidado hasta el baño. Podrían hasta tocarse las miradas fijas debajo de mi espalda mientras me alejo.

En realidad no tengo ganas sino de volver a hacer pis. Tengo asco de sentarme en la taza. Todo me parece demasiado sucio y el cuadro se completa cuando observo en el piso, al borde de un caño roto, a dos cucarachas que caminan una sobre la otra y se pierden adentro.

Cuando vuelvo a la mesa el secretario general del partido me susurra al oído que el viejo que me quiso tocar el pecho como al descuido se quiere acostar conmigo. Le sugiero con voz fuerte y clara, sonriendo y sin pestañear ni extrañarme de tan extravagante sugerencia que atribuyo a la hora y a la ingestión alcohólica, que sería mejor que él mismo me lo dijera. El viejo no atina a completar una frase coherente, nada salvo, entonces, bueno, vamos, nos vamos, ya nos vamos, y bueno. Le digo que sí, que se explique, que hable, que diga algo, sonriendo condescendiente como si hablara con un infradotado. Pero el viejo es incapaz de hilvanar una frase. Entonces me babosea, a centímetros de la oreja, que quiere invitar a todos sus amigos a una copa de vino antes de irse, y acto seguido vienen llegando todos los viejos dueños del partido y otras personas que no conocía. Descubro entre ellos a dos connotados miembros de la "Junta de Gobierno del Partido Colorado".

No entiendo nada o lo entiendo todo. El viejo que se quiere acostar conmigo y que cuenta para el logro de sus objetivos con la intermediación del compañero secretario general, su empleado, invita una vuelta de champagne para todos y luego, con una sonrisa triunfal me toma del brazo y me conduce fuera del local hasta su auto.

Me pregunta hacia dónde vamos. Le doy la dirección de mamá. Durante todo el trayecto hasta la casa fue increíblemente correcto, porque ni siquiera trató de posar la mano en mis rodillas, a las que yo miraba desde lejos, desde una gran altura, y las veía blancas, bañadas por una pálida fosforescencia, muy juntas y desnudas, porque la pollera se me había subido, y tan tristes que me dieron ganas de llorar de verlas así. No podía explicarme la tristeza de mis rodillas, tan lejanas, sin que pudiera hacer algo por ellas.

Cuando llegamos a la casa de mamá eran como las dos de la mañana y tenía pánico que jamás oyera el timbre y me dejara allí, en la calle. Esto, aunque no tuviera ningún temor del abuelo, padre de la patria, tímido simpatizante de la revolución sexual que estaba sentado en el auto. Pero justamente pensando en el viejo, anhelaba que mamá saliera y me recibiera posibilitando la realización de mi plan.

Mamá salió y se sorprendió, me abrazó y miró con desconfianza hacia el auto que no conocía. Tenía en sus manos la vieja treinta y ocho de papá que yo sabía no tenía ni una sola bala y que además ella nunca había aprendido a disparar.

Entonces, antes de entrar a la casa le dije gracias al abuelo, quien reaccionó con una mueca de incredulidad.

Entramos a la casa y me puse a llorar como una imbécil. En medio de mi llanto escuchaba cada cierto tiempo, los bocinazos impacientes del viejo. El pretexto para ir hasta la casa de mamá era recoger algunos elementos femeninos imprescindibles. Es lo que le dije al subir al auto. Así que se quedó esperando que volviera a salir. Unas nuevas tandas de bocina molestas y luego el ruido del motor que se alejaba. Viejo y gaga.

Mamá trató de hacerme hablar pero no podía decirle nada. No le podía decir hasta qué punto había descendido hacia los infiernos. Quería decirle simplemente que tenía vergüenza de mí misma. Tenía mucha vergüenza. No podía especificar muy bien de qué. Posiblemente de ser frágil. De seguir siendo una niña frágil e ingenua. De haber aprendido tantas cosas con las lecturas de la biblioteca liberal de papá para hacer luego carne en mí todas las teorías socialistas de mí hipócrita hermano Roberto, quien ahora vivía en su lujoso exilio en Canadá dando conferencias sobre la realidad política y social paraguaya de la que no tenía peregrina idea. Tenía vergüenza de haber callado tantos años. De no haber dicho lo que debía en el momento en que aún había tiempo para salvarnos. Y esa era quizás la más tonta de las ideas; que hubiese alguna clase de salvación.

Mamá me abrazó tiernamente ignorando mi sudor y mis olores. Como cuando era chica y me pasaba a su cama en medio de la noche, fingiendo una pesadilla, cuando que en realidad lo único que quería era acostarme entre ella y papá y sentir que sus brazos me rodeaban, dejándome llevar por los tranquilizadores aromas de sus cuerpos, con delicado perfume el de ella y con tabaco y alcohol el de papá.

Ahora, cuanto más me abrazaba a ella, reconocía su olor, su forma de tocarme el cabello, recomenzaban en mí las ganas de llorar. Pensé de repente que mamá también habrá pasado por tantas cosas de las que yo no tenía la más remota idea y me juré que en la primera ocasión que tuviéramos le pediría que me contara de cuando era adolescente, de sus primeros novios, y de tantas cosas que desconocía de ella.

El viejo dueño del partido estuvo ahí esperando mucho tiempo. Seguía viendo sus ojitos de sapo, pegándole acariciadoras miradas a mi pecho y a mi parte posterior. La figura del viejo hinchándose de rabia en el auto y no de calentura como él tenía planeado, me dio ganas de reír.

Cuando acepté la idea de subir a su auto solamente tenía en mente burlarme cruelmente de sus trasnochados deseos. Pero el muy cochino habrá hecho cuentas diciéndose que la encamada le saldría muy fácil y barata porque la compañera estaba muy borracha. Salió de la chopería tomándome del brazo con aire napoleónico delante de todos sus amigos. Qué se habrá creído el hijo de puta. Que por andar sola por la noche estaba a disposición de cualquiera. O que por hacer política y escribir en el diario del partido sobre la igualdad de género, o hacer análisis marxistas sobre la historia nacional ya estaba todo dicho. El muy infeliz hasta podría vengarse diciendo a sus amigos, los venerables ancianos que nos vieron salir de la chopería, que me llevó a un hotel y todo lo que su pobre imaginación podía elucubrar sobre el asunto. Me había tomado mi venganza de una manera poco conveniente para mí, pero sentí que mi rabia se aflojaba.

Mamá me miró preocupada al darse cuenta que verdaderamente me estaba riendo a carcajadas.

No querés tomar un café, me preguntó. Le contesté que no se preocupara, que ya me sentía bien. Que solamente me abrazara fuerte. Quedé dormida.

II

Despertar en casa de mamá es un acontecimiento reconfortante. Aunque las ventanas estén cerradas y las cortinas no dejen pasar la luz del día, reconozco uno a uno los detalles del dormitorio.

Frente a mí, en la pared opuesta, el retrato de papá en marco ovalado, con la eterna expresión de estar a punto de echarse a reír y el detalle del pañuelo de seda con sus iniciales en el bolsillo superior del traje cruzado a rayas.

Esa foto la habían tomado el día de la graduación y como mejor egresado, exhibía en la mano la medalla de oro.

Hasta sus últimos días y sabiendo que le quedaba poco tiempo, mantenía conmigo su humor irónico, tomando la enfermedad, su vejez y los achaques con las que venía aparejada, como situaciones por las que pasaba una tercera persona inexistente o desconocida, de quien él se burlaba hasta con crueldad, negándose a dar solemnidad a ninguna conversación.

Sé que con mamá sí se ponía mal, porque varias veces la había visto salir a ella de la habitación con los ojos llenos de lágrimas y sin poder hablar.

En la foto, a cada lado de papá se veían los abuelos con expresión de orgullo inocultable por el hijo mejor egresado. No llegué a conocer a los abuelos. Las únicas referencias que tengo son que él tenía los ojos muy azules y que era de baja estatura. En la foto se podía apreciar que la abuela le pasaba por lo menos una cabeza. También sabía que su firma figuraba en el acta de fundación del partido liberal y que, cuando se pasaba de tragos, era capaz de regalar todo lo que tenía, por lo que siempre lo acompañaba en sus correrías un secretario de confianza.

La abuela tenía la misma cara que su hermano, el coronel, héroe de la guerra del Chaco, a quien llegué a conocer cuando era niña en la boda de una de mis primas, y parecía que solamente le faltara la gorra. Los enormes rodetes, sujetos con peinetones, junto a la expresión de ave de rapiña, le daban un aspecto temible.

A un lado de esa foto estaba otra, en marco rectangular, del casamiento de mamá y papá. A él ya se lo veía como de cuarenta y arriba, muy elegante, alto, flaco, con expresión preocupada a pesar de la sonrisa y el largo hoyuelo que le cruzaba el rostro de arriba abajo, muy cargado y fuerte, más parecido a una profunda arruga.

Y mamá, antes que una jovencísima novia, tenía la figura de una niña haciendo la primera comunión, sonriente aunque un poco asustada.

Papá se había decidido un poco tarde a dar el paso. Se recibió muy joven y los hábitos de soltero se enraizaron en él muy profundamente. Tuvo una larga lista de novias pero ninguna duraba lo suficiente ni era capaz de entusiasmarlo como para caminar con ella hasta el altar, porque él, desde luego, hasta el altar se ne-

gaba a caminar. Detestaba la idea de casarse por iglesia, postura que abandonó cuando los parientes de mamá dijeron que si el casamiento era solamente por el poder civil, jamás se realizaría, porque no permitirían que la niña conviviera con un viejo, abogado del diablo, para quien posiblemente trabajaba.

Papá se negó a caminar rumbo al altar hasta que mamá le fue presentada en una fiesta familiar. Era la hija mayor de unos amigos de infancia de Villarrica. Papá le llevaba veinticuatro años y medio. A pesar de ello el impacto fue mutuo. Papá se convirtió en lo que nunca había sido antes; un toro de lidia a quien refriegan por delante un paño rojo. Se olvidó de todo, salvo de fijar fecha para la boda, y por supuesto, convencer a los padres de la novia, contemporáneos suyos, de que él era bueno, joven y apto para marido de la niña.

La tenaz oposición inicial del padre (quien se negaba rotundamente a casar a su adorada criatura con un viejo compañero de farras, a quien recordaba, para yapa, como un ateo, agnóstico, enemigo acérrimo de la Iglesia Católica) fue vencida gracias a la intermediación de las hermanas de papá y a su aceptación de la bendición papal.

La unión fue bendecida, por decirlo de alguna manera, cuando un año y medio más tarde nació mi hermano Roberto. Vaya bendición. Yo aparecí cuatro años después y ya conocí viejo a papá.

Después de mi nacimiento, papá se transformó. Muy gradualmente toda su vida empezó a girar en torno a mí. Todos sus afanes y preocupaciones estaban enfocados hacia mí. La relación con mamá se deterioró notablemente. O quizás la brecha que ya existía entre ellos se profundizó. Y yo pensé que a raíz

de ese distanciamiento, ella se aferró a Roberto tanto como papá a mí. Tuvo que pasar mucho tiempo para que entendiera la naturaleza de estos cambios. Papá ya tenía más de cincuenta años y el dolor causado por el reuma en su pierna derecha, le obligaba a andar apoyado en un bastón, muy elegante, que tenía una redonda cabeza de metal brillante, que a mí me encantaba acariciar porque siempre lo encontraba como un frío espejo en donde la imagen se veía simpáticamente deformada. Muy elegante el bastón, pero se sentía viejo con él, mientras mamá estaba cada día más joven y hermosa.

Cuando ella salía de compras o de reunión con sus amigas, él sufría un ataque de furia. Tampoco se le ocurría prohibirle o ni siquiera insinuar que estaba molesto, pero cuando veía a mamá en los preparativos antes de salir, se encerraba en su estudio, que había trasladado a la casa por culpa de su pierna, y ya no hablaba en todo el día.

Apenas escuchaba el ruido de nuestro viejo De Soto 58 salir de la cochera, aparecía en el corredor con los ojos brillantes. Se dirigía hacia la cocina con toda la velocidad de que era capaz, tumbando ollas, pavas y cuanto cacharro encontrara a su paso, hasta salir al patio donde descargaba bastonazos por el tronco de un árbol de paraíso.

Las primeras veces yo lo seguía atemorizada a prudente distancia, no fuera que me alcanzara algún golpe. Cuando se percataba de mi presencia, trataba de disimular su enojo, explicándome que el árbol de paraíso era un vegetal inútil, que sólo proporcionaba basura todo el año con esas ridículas frutitas que dejaba caer, que sus ramas ralas no daban sombra y una vez secas no servían para leña porque el humo que desprendía era espeso y maloliente.

Cuando se apagaba su furia, me tomaba de la mano y regresábamos hacia la cocina, donde Ña Belén, nuestra empleada doméstica, una persona que siempre vivió con nosotros y a quien recurrí siempre que tuve problemas serios, trataba de arreglar los desmanes causados por papá.

Esos fueron los tiempos en que los trabajos en su estudio empezaron a escasear y los gastos, a ser rigurosamente controlados. Le prohibieron la enseñanza en la universidad, actividad por la que tenía pasión y que consideraba más importante y sagrada. Las nuevas autoridades puestas por el régimen en la Facultad de Derecho, consideraron necesario eliminar a un liberal tan sobresaliente de la lista de profesores.

Habían proscrito toda actividad política que no fuera del partido de gobierno y la reunión que papá y sus viejos amigos del partido liberal realizaban en casa los sábados para jugar al truco, fue también considerada de alta peligrosidad, debiendo ser suspendida porque, sin lugar a dudas, el grupo de opositores estaba conspirando.

Solo, recluido en casa, sin posibilidad de reunirse con sus amigos, su vieja clientela empezó a rehuirle. Ya no consideraban que fuera muy seguro confiar sus cuestiones a alguien que estaba marcado por el gobierno. Con seguridad los expedientes irían a dormir en algún depósito, en el caso de que no fueran castigados severamente aunque tuvieran la razón y las leyes de su parte, por la sencilla causa de tener el nombre de papá como abogado patrocinante.

Lentamente caminábamos de regreso hasta su estudio. Me sentaba frente a él, en el lugar destinado a los clientes y a

continuación me explicaba concienzudamente algún asunto del que al principio entendía apenas algunas frases. Cuando se daba cuenta que me estaba aburriendo, me preguntaba a qué quería jugar. En ese tiempo aprendí a jugar al truco, como el más hábil y taimado jugador. Sabía mentir, hacer las señas y armar la estrategia, simulando que librábamos una partida entre cuatro o seis jugadores. También aprendí a jugar al póquer y a cuanto juego de barajas él conocía.

Entre partidas de naipes y risotadas a lo macho, que lograba imitar muy bien y que le divertía enseñarme poniendo una lapicera-fuente en un costado de la boca a modo de cigarro, germinó en mi interior el odio hacia todo ese aparato que funcionaba afuera, manejado por el Dictador y que obligaba a papá a vivir aislado en sí mismo, acorralado, como un apestado dentro de su propia casa. Empecé a intuir con fuerza, con un oscuro e inquietante temor, el significado de las palabras: poder, tortura, exilio, impotencia, postergación.

Gradualmente se fue ampliando el horizonte de mis conversaciones con papá. Las salidas de mamá ya no le producían tanto enojo. El ruido del auto que se alejaba era como un código secreto entre ambos que nos convocaba a su estudio. Allí, sentada como la clienta más importante, empecé a descifrar y entender términos tan altisonantes como república, triple alianza, democracia, déspota, comunismo, estado, guerrilla, asonada, febrerismo, reconstructor, guerra fría, fascismo, militarismo, chupamedias, afiliado, pyragué, liberal, violación o traficante.

Me empezaron a resultar familiares pasajes completos de la historia del Paraguay y sus conexiones con acontecimientos ocurridos en cualquier otra parte del mundo. O la geografía, que

aprendía sobre el globo terráqueo, que ocupaba un extremo de su escritorio. Me resultaba tan sencilla exceptuando el mapa de África, que cada semana, diario en mano, papá trataba de poner al día, pero resultaba imposible, porque aunque tuviéramos los nombres de los nuevos países que se creaban, no teníamos la forma ni la superficie que ocupaban en las extensas colonias francesas, belgas o inglesas de las que se iban independizando.

A papá le entusiasmaban mi interés y la rapidez con que estaba llegando a mantener conversaciones sumamente serias para una niña de nueve años. Un día me preguntó si no me agradaría echarle una mirada a los libros que él había leído cuando era jovencito. Así accedí a Emilio Salgari, a Julio Verne, a Dumas padre e hijo, a Dickens, aunque éste nunca me agradó, a las aventuras de Tarzán, el lord inglés criado en una tribu de grandes monos, de Edgar Rice B, que no me acuerdo si eran nueve o diez tomos de lo más emocionante que se podía conocer a esa edad.

Tiempo después leí en alguna nota seudo sociológica que no era correcto entusiasmarse ni emocionarse con esos libros porque sin que nos diéramos cuenta nos convencían de la supremacía de la raza blanca sobre las demás y, en general, sobre todas las especies vivientes. La nota me hizo sentir mal por un momento. No entendía la rabia del analista contra lo que yo genuinamente consideraba lo más importante de mi infancia: la necesidad de tener aventuras. Porque allí me sumergía, en esos mundos extraordinarios, en los que vivía peligros y situaciones límite apenas terminaba de almorzar, después de venir de la escuela. En esos libros hermosos, aunque los tildaran de románticos o de sesgada prédica acerca de la superioridad

blanca representada en este caso por la rubia y aristocrática Inglaterra, de donde Tarzán, mi ídolo, era un Lord. Por supuesto, argüía yo con rabia, cómo un lord no podría conducir y guiar a un equipo bien entrenado de monos.

A veces venían de visita algunas primas y primos con los que mamá quería que me relacionara.

Estás tan sola, me decía, y tus primos son primos de otros primos y aunque estos no te agraden, después conocerás a los otros y a otros más, y con algunos de ellos tendrás ganas de jugar.

Pero yo esperaba con impaciencia que se fueran y me dejaran sola y en silencio para tomar el libro que el día anterior había dejado con la página marcada con el señalador que la administración de la librería enviaba todos los años, para cada mes, tratando - pienso ahora- de llevar a cabo una ingenua campaña para incentivar la lectura.

Papá era amigo del dueño de la librería y había comprado la mayor parte de los volúmenes de su biblioteca de ese local y con el propietario eran como cómplices. Cuando no tenía algún ejemplar que papá le solicitaba, se sentía avergonzado. Y con el tono de un niño pillado cometiendo faltas, prometía que en quince días tendría el libro, que ya lo había solicitado a Buenos Aires.

A veces me preocupaba que papá se sintiera solo. Que mi presencia y mi compañía no fueran suficientes. Que se estuviera muriendo en completa soledad detrás de su máscara de sarcasmo y yo no sabía cómo ayudarlo porque me sentía muy pequeña. No es que mamá no estuviera con él. Pero adivinaba en ella otra angustia, otro dolor que no me era posible identificar o que ella ocultaba a mi entendimiento.

III

En 1974 terminé la secundaria. Como la mejor de la promoción, me correspondía ser premiada con una medalla de oro que debía ser entregada por el Presidente de la República.

Cuando a fines de octubre ya sabíamos que esto iba a suceder, papá me preguntó como al descuido si pensaba asistir a la ceremonia. Contesté que sí. Que el punto culminante del acto sería la entrega de premios y el discurso que debía leer.

Él tenía en las manos un ejemplar de "Yo el Supremo", de Roa Bastos, en el que iba marcando algunos párrafos y alternativamente comparaba con un relato escrito por un francés o suizo apellidado Rengger, que había vivido en el Paraguay del Dr. Francia. Ambos libros le tuvieron cautivado por largos meses y yo me alegraba que las ganas de leer le hubieran vuelto después de haberse dejado avasallar por la enfermedad y la falta de ánimo.

Sus hábitos habían cambiado mucho. Aunque no estuviera enfermo ni con dolores, se negaba a levantarse de la cama. Quedaba en el dormitorio escuchando la radio. Con mamá le insistíamos para que se bañara, afeitara y cambiara de ropa. Después de muchos ruegos accedía a hacer lo que le pedíamos. Y todo fue peor después de la última recaída.

Pero ahora, se lo sentía con buen ánimo y hasta dejamos de oír los chistes macabros que hacía a su propia costa. Los ánimos le volvieron después de dar una vuelta por la biblioteca y tropezar con el libro de Roa Bastos que había leído un tiempo atrás. Luego de releer algunos pasajes me comentó que él tenía conocimiento de las memorias escritas por un médico suizo sobre sus andanzas por el Paraguay y que sería muy interesante hacer comparaciones. Se puso a buscar afanosamente el ejemplar hasta que finalmente lo encontró.

A partir de aquel momento era cotidiano verlo con los dos libros en la mano y un lápiz con la punta bien afilada, rayando incansablemente, marcando asteriscos numerados y trazando flechas con comentarios en los márgenes. En el enorme bolsillo de su guayabera de entrecasa, un cuadernillo de apuntes le acompañaba todo el tiempo en su trajinar por la casa.

Un día me sorprendió en el momento en que llegaba de la calle. Me sujetó del brazo y me hizo sentar en un sofá frente a él. Estaba agitado y tenía en las manos los dos libros. Sin siquiera aclarar que se refería a ellos, me espetó, como si yo tuviera algo que ver con el asunto, que ambos autores mentían sobre el doctor Francia, pero el que mentía con mayor descaro era el suizo, pretendiendo decir la verdad verdadera (veritas veritatum, dijo papá, sonriendo cómplicemente, utilizando una frase latina que conocíamos de Dumas y al que un personaje, Chicot, bufón del rey, era adicto) sobre el enigmático personaje.

"Roa fantasea y miente todo lo que puede, pero desde luego sabemos que está haciendo su juego. Fantaseando y mintiendo sobre los recovecos del alma del Doctor Francia, confunde concienzudamente en ese laberinto la figura que finge escudriñar

como pretexto, con la historia de la nación y a la nación misma, que es el misterio que realmente quiere develar. En su ciclópeo y minucioso afán, superpone tres negativos: Uno, es el que toma de la historia oficial, aunque la historia oficial también tenga negativos secundarios según quién y en qué momento la escriba.

El segundo negativo que mezcla Roa es la visión del devenir de la República del Paraguay y en la que estamos históricamente condenados. Porque somos paraguayos y tal realidad significa que somos medio indios, medio españoles, medio bárbaros, que perdimos la pureza, fuimos expulsados de la tierra sin mal, del paraíso, y finalmente despojados de nuestra lograda nueva identidad como nación, en las sucesivas tragedias que acontecen a nuestro país.

El tercer negativo que superpone es su propia configuración interna. La esencia del escritor. El diseño de su propia alma a partir de la cual desarrolla la novela. La interioridad del creador que describe al doctor Francia y al paisaje profundo de la nación como un fresco gigantesco en el que cada detalle, cada trazo, cada capítulo, cada párrafo, es un pequeño universo. Y es en este punto donde me invade el temor. Porque la contraposición de los negativos en conjunto, me muestra el panorama de una inmensa ciénaga que no tiene canales de desagüe. Es como un pantanal pútrido imposible de drenar.

Es una molesta certidumbre de que estamos condenados a no sé cuántos infiernos más, porque se repiten, y apenas uno de los ciclos está terminando se enlaza con otro círculo y empieza de nuevo. En cuanto se refiere al personaje del Dr. Francia propiamente, es sorprendente el modo como va descubriendo un verdadero filón en el que excava socavones en infinitas

direcciones. Pero toda la fantasía es insuficiente para llegar a descifrar los misterios que guarda un hombre que concentrando todo el poder en sí, fue incapaz de romper su mutismo salvo para dar órdenes, sin permitirse compasión ni a sí mismo ni a nadie a lo largo de su interminable dictadura. No se conoce que haya escrito algo que no fueran los detalles puntillosos sobre la administración del gobierno. Y si escribió algo sobre su íntimo pensamiento, está perdido o destruido por él mismo. Y lo que se encontró fue puesto a propósito para que fuera hallado. Documentación apócrifa, testamentos falsos, últimas voluntades puestas aquí y allá delante de los excavadores de carroña, en cantidad, a gusto y paladar, en tantas versiones como viejos correligionarios liberales en condiciones de imitar su firma y su letra con perfección existían. Pero no sabemos nada de su verdadero pensamiento."

Quedó exhausto. Hacía mucho tiempo que no hablábamos ni comentábamos sobre libros. Se me ocurrió que eso de los secretos que guarda un hombre y su mutismo, y los recovecos del alma, de alguna manera quería decirme algo más y tenían mucho que ver con él. O por lo menos, que él se sentía incomunicado con el mundo. O quizás andaba rumiando sobre aquellos capítulos del Supremo, en los que Roa se regodea describiendo las transformaciones que se van operando en el cuerpo una vez muerto y enterrado.

Pero su reflexión me dio una idea cabal de lo que pasaba en su interior. Sus admirados comentarios sobre la novela después de la primera lectura, meses atrás, estaban ahora tamizados por una tétrica película depresiva. Se sentía solo, acorralado, mirando con ojos espantados su próximo final, sin haber teni-

do oportunidad de ver reivindicado su nombre ante la sociedad y observando de qué manera su propia familia se disgregaba y perdía el rumbo por su incapacidad de comunicarse con su hijo y penetrar la coraza tras la que vivía su mujer.

Ahora me preguntaba si asistiría a mi propia graduación. Sabía adónde quería llegar. Quería que le dijera con todas las letras que estrecharía las manos chorreantes de sangre del dictador.

No me volvió a hablar sobre el tema. Cada vez que me veía llegar, hundía la cabeza en su libro. Evitaba mirarme. Se mantuvo así hasta el veintiocho de noviembre.

A las cinco y media de la mañana lo escuché pasar frente a mi dormitorio rumbo a la cocina. Oí que hablaba con Ña Belén . Algo raro estaba planeando. Percibí por el ruido de sus pasos que volvía al dormitorio y en seguida el sonido de la ducha. Me levanté aunque no tuviera ninguna gana y fui hasta la cocina.

Ña Belén me informó que papá salía por un compromiso en la escribanía de su amigo el doctor Garcete, en donde tenía que proceder a la firma de unos documentos. Estaba segura de que tales documentos no existían.

Golpeé la puerta de su dormitorio.

Mamá me autorizó que pasara, con voz soñolienta.

Tu papá va a salir. Tiene un compromiso.

Le contesté que era ridículo que me hiciera eso. Y que si no quería asistir a la entrega de diplomas, era mucho más conveniente y seguro que se quedara en casa y no que anduviera rengueando con su bastón por el centro.

Con una voz desconocida, completamente alterada, papá me gritó desde la ducha, que me fuera de su dormitorio porque se quería vestir.

Fui hasta mi cama y me puse a llorar. No podía contarle a papá hasta dónde me había salpicado la larga e inmunda mano del régimen.

Escuché unos minutos después que Ña Belén lo acompañaba hasta la puerta de calle. Eran las seis de la mañana y él no tenía ningún lugar a donde ir. Nuestro viejo De Soto ya no existía. Había sido cambiado por un escarabajo que exclusivamente usaba Roberto y que papá no se animaba a manejar.

Roberto estaba en tercero de sociología en la Universidad Católica y casi no lo veía. Pero cada vez que nos encontrábamos era solamente para maltratarnos. Se había convertido en un arrogante intelectualoide. Despreciaba a papá por su pensamiento liberal y si hablaba con él, era solo para burlarse. Se pasaba besuqueando a mamá, a quien utilizaba para conseguir dinero. Dormía hasta el mediodía, se daba su baño, almorzaba y desaparecía hasta la madrugada, en que se cuidaba muy bien de anunciar su regreso, despertando a toda la casa. Ponía un cassette de música religiosa antigua, Palestrina, algún Bach o Handell al volumen que se le antojaba, dependiendo esto del nivel de su borrachera. Misas, oratorios, arias y corales completos retumbaban en nuestros oídos hasta el amanecer. Era inútil pedirle que bajara el volumen, a menos que mamá se levantara a rogarle. Entonces accedía y le ponía a mamá su cara y su tono de nene estúpido y le pedía que se quedara con él hasta que se durmiera.

En cuanto a mí, desde que empecé a andar con Ramón, casi tres años atrás, invariablemente me saludaba diciéndome hola putita, simplemente porque sabía que el papá de Ramón era un alto dirigente del partido colorado y tenía muchísimo dinero e innumerables negocios.

Ramón era muy buena persona. Yo lo respetaba y lo quería como si fuera mi hermano, aunque en realidad era mi amante desde dos meses después que cumplí quince años y yo nunca supe lo que era querer a un hermano.

IV

Los primeros meses del año mil novecientos setenta y uno pasaban lentos para mí, en medio del nerviosismo con que se hacían los preparativos para el festejo de mis quince y la impotencia de papá que ya no podía generar recursos con los cuales sufragar los gastos. Se había confeccionado una lista de más de trescientos invitados y por supuesto la fiesta se haría en el club Centenario. El salón principal estaba reservado para mediados de mayo. Tanto mamá como papá eran antiguos socios y no existían inconvenientes a primera vista, salvo el de ponerse al día con las cuotas sociales. Los problemas empezaron a surgir cuando mamá solicitó dinero para imprimir las tarjetas de invitación, que debían hacerse llegar con la debida anticipación. Papá dijo que sí, que a la tarde le estaría proporcionando el efectivo y que iría a solicitar un adelanto por un trabajo que estaba realizando. Salió y volvió pasado el medio día sudando, rengueando y maldiciendo dentro de su impecable traje azul. Viajaba en ómnibus para no gastar dinero en combustible, aunque Roberto saliera todas las noches con el auto. Varias veces llegó a caer intentando subir las incómodas estriberas. Sus movimientos eran lentos y los animales sentados al volante no le tenían paciencia. Como ya nadie le traía trabajos a la casa ni le llamaba por teléfono, desde el año anterior empezó a ha-

cerse costumbre que saliera a recorrer el centro visitando a sus colegas, con la perspectiva de que alguno de ellos le ofreciese algún trabajo pequeño que ellos no quisieran realizar. Alguno se apiadaba de él pero no le daba trabajo, sino introducía en el bolsillo de su saco algunos billetes, en memoria de los viejos tiempos – decían, gesto que le humillaba mortalmente, aunque terminara aceptando la dádiva.

Mamá manejaba unos ahorros que habían quedado de la venta de la quinta de San Bernardino. Los usaba con sabiduría, aunque yo estaba enterada que secretamente destinaba una buena parte de ellos para los gastos personales de Roberto, quien aún no se decidía a trabajar y poner el hombro para sostener la desesperante economía familiar. Él seguía viviendo en una burbuja inflada y sostenida por mamá. Estaba siguiendo una carrera a la que nadie le veía posibilidades reales de convertirse en el futuro en su medio de subsistencia, y para completar su argelería, cada día encontraba un tema para mortificar a papá. Andaba siempre acompañado por algunos amigos y compañeros de facultad con los que se reunía por horas interminables a discutir y leer unos libros que guardaban con celo, pues jamás me dejaban ver sus títulos. Cuando se refería a papá, decía "el doctor", y siempre seguido de algún insulto.

Aquella mañana en que mamá pidió dinero para imprimir las tarjetas, papá no consiguió nada de sus amigos. No quiso sentarse a la mesa a almorzar con nosotras, con el pretexto de que sentía mucho dolor en la pierna. Roberto almorzó primero que todos y solo, como era su hábito, y salió luego con el auto un momento antes de que llegara papá. Me hice la promesa de hablar con él. Su desconsideración ya llegaba al colmo.

Ña Belén llevó a papá el almuerzo a la cama, pero tampoco lo aceptó. Le sugerí a mamá que olvidara el asunto de las tarjetas hasta que viéramos alguna otra solución, porque el malhumor de papá tenía directa relación con el fracaso de su intento por conseguir dinero. Mamá comentó con preocupación que el tiempo se nos venía encima y que los detalles que faltaban poner a punto nos terminarían ahogando.

Ese fue el inicio de una larga serie de incidentes relacionados con la imposibilidad de conseguir dinero de ningún lado. A mí, el festejo me importaba un pito. Pero para papá y mamá era un asunto de vida o muerte. Se elaboró finalmente una especie de presupuesto total de la fiesta y recién allí se tuvo una idea de lo que costaría. Para nosotros representaba una fortuna y un imposible. Mamá lanzó tímidamente la idea que podíamos sacar un préstamo poniendo como garantía el título de la casa. Me pareció una locura y dije que si ése era el precio del festejo en el club, era un completo disparate. Y para rematar, yo ni siquiera me iba al dichoso club, porque no me atraía la gente y mis amigas y amigos, que eran un puñado, tampoco iban. Lo mismo nos divertiríamos si se hacía algo en la casa, sin orquesta ni tanta fanfarria.

Ambos reconocieron que yo tenía razón. Les recordé que si era por la figuración social y esas zarandajas, eran pocas las familias del grupo al que pertenecían cuando se habían casado que seguían concurriendo al club. La mayoría de las caras que se veían ahora allí era de gente del entorno del dictador, nuevos ricos, nuevos colorados, nueva clase social en rápida ascensión o viejos liberales mimetizados que negociaban con ellos sin vergüenza ni pudor, aunque con sus íntimos fingieran seguir siendo los portadores de la inmaculada antorcha de la dignidad.

Papá pareció tranquilizarse y el ambiente familiar se distendió. Mamá finalmente consiguió dinero prestado de una de sus hermanas y un tío obsequió todo lo que se refería a comida y bebida.

Ambientamos la sala y la biblioteca de papá por si hacía frío, pero la casa se llenó de gente hasta el largo patio trasero, cuyo jardín, por fin se arregló en forma, después de muchos años.

Los tíos y los primos fueron los más numerosos, aunque conocía a pocos, fueron los más criticones con respecto a los detalles de la ornamentación de la casa, que les pareció "pobre" a algunos y "triste" a otros. Pero fueron los más voraces, pues no se movieron de la mesa del buffet hasta devastarlo, y los únicos borrachos.

Después de la una me encerré con mis amigos en la sala, me olvidé de ellos y tomé cerveza por primera vez en mi vida. Los dos primeros vasos me supieron a pis frío, pero después empecé a sentir en la cabeza como burbujitas que bailaban y le agarré el punto. Una de mis compañeras de colegio vino con un primo suyo, por pedido de sus padres que si no, no la dejarían concurrir sola.

Este es mi primo Ramón.

Y acercándose a mi oído me susurró que tenía muchísimo dinero. Ramón tenía recorte militar, ojos verdes, cejas negras muy espesas, estatura elevada, unos diez y ocho años y parecía cohibido o tímido. No recuerdo qué es lo que pensaba en ese momento, pero tenía muchas burbujas circulando por mi cabeza y le pregunté si sabía bailar el nuevo rock argentino. Había elegido dos casetes de Roberto, de los miles que tenía y puse uno en

particular que me gustaba. "Muchacha ojos de papel" sonó con fuerza en mi interior y parecía que me comunicaba mensajes más allá de lo que realmente decía. Dejaba en libertad sensaciones nuevas y una perturbadora inquietud se apoderó de mi cuerpo en cuanto sentí que los brazos de Ramón me rodeaban la cintura y sus largas piernas se frotaban con las mías.

Disfruté de mi cumpleaños contra todo pronóstico y mucho más de lo que lo hubiera hecho en el Centenario. Los últimos en marcharse fueron mi compañera y su primo Ramón. Nos quedamos hablando y escuchando música hasta muy tarde. Exactamente hasta la hora en que llegó mi hermano Roberto, quien por supuesto no asistió a la fiesta. Su llegada rompió el encanto de la madrugada.

Mis amigos se despidieron y los acompañé hasta la puerta de calle. Pude ver que Ramón abría la portezuela de un lujoso auto europeo de color negro brillante. Luego fui caminando hacia el interior de la casa. El frío de la madrugada me llevó tiritando hasta mi dormitorio.

Recibí días después, por mano de mi compañera, una carta de Ramón. Era una temblorosa misiva que parecía redactada por un niño. La letra grandota, los errores gramaticales y la forma de exponer las ideas, daban en conjunto la impresión de que había sido escrita por un alumno de segundo de primaria. Lo que en concreto decía es que quería volver a verme. Le dije riendo a mi compañera que su primo no tenía necesidad de hacer tanto protocolo y que si quería verme yo siempre estaba en mi casa.

A partir de aquel momento las visitas de Ramón se hicieron cotidianas. Llegaba alrededor de las cuatro de la tarde, hora

en que salía del banco en donde trabajaba desde unos meses antes. Había terminado el tercer período de instrucción militar que se daba a los estudiantes durante las vacaciones y tenía el pelo tan corto por el desfile militar del quince de mayo, una semana antes de mi cumpleaños. Apenas concluyó el periodo del verano anterior, su papá le consiguió un puesto en un banco extranjero. Ellos eran de un perdido poblado de Kaaguazú. El papá había salido de allá apenas con el pasaje para llegar a Asunción y en quince años se transformó en un hombre rico, con una tremenda influencia en el partido de gobierno.

Ramón vino a la capital tres años atrás porque su papá dictaminó que al llegar a los quince, era obligatorio enrolarse. De ahí su timidez y hasta vergüenza para hablar. Todavía le costaba comunicarse en castellano en forma fluida.

Con su madre y sus hermanos se dedicaban a comprar tierras en los alrededores de su valle, en la medida en que el papá les proporcionaba el dinero. Con el tiempo llegaron a juntar miles de hectáreas a las que iban haciendo mejoras, pasturas, buenos alambrados, aguadas permanentes y multiplicando las cabezas de ganado mejorado. Ramón sabía mucho de caballos, vacas y cultivos. El trabajo del banco le ponía nervioso por las horas que obligatoriamente permanecía encerrado en un edificio, pero debía aceptarlo con resignación porque era una orden del papá y muy razonable, según decía, porque en el banco aprendería todo lo que ellos necesitaban saber para administrar los negocios familiares.

Cuando él llegaba a casa y se sentaba en un sofá mirándome hacer las tareas del colegio, mamá me obligaba a mantener la puerta de la sala abierta. Entonces, cuando quería iniciar algún relato

sobre su familia, preguntaba si no me molestaba que hablara. Le respondía que no, alentándole a hablar con una sonrisa.

Su mamá seguía en Kaaguazú con dos de sus hermanas y el hermano mayor hacía los trabajos con los peones contratados. Pero su papá quería que él tuviera roce.

Qué es eso, pregunté.

Y roce. Roce. Repitió. Quedó callado un buen rato. Luego prosiguió. Porque somos muy campesinos. Nosotros vivimos más tiempo con animales que con seres humanos y cuando venimos a Asunción, se nota eso cuando hablamos. Nosotros estamos acostumbrados a hablar en guaraní nomás. Nada de Castilla entre nosotros. Por eso papá quiere que yo aprenda a ser como los asuncenos. Que hable bien en castellano. Pero no puedo todavía.

Hablás muy bien en castellano, dije rápido y sin pensar, un poco entristecida por su confesión.

En serio. Respondió con expresión de duda esperanzada. Te quiero decir una cosa. Sabés que vos sos la primera asuncenita que me gusta. Hasta ahora, llegaba el viernes de tarde y yo ya me encontraba en la ruta, metiendo pata al acelerador para llegar a mi valle. Toda la semana me pasaba pensando en el viernes, en la hora en que tenía que cargar combustible tanque lleno, para no parar hasta la primera tranquera de nuestra propiedad. Pero desde que vine a tu cumpleaños y te conocí, ya no tengo tanto apuro para irme. Me quiero quedar nomás aquí sentado, mirándote.

Tuve un primer impulso de reír ante esa declaración. Pero le miré a los ojos y me dio pena. Estaba con las mejillas color

púrpura y parecía a punto de ponerse a llorar. No sabía qué responder. Escuché en el pasillo los pasos nerviosos de papá, quien reprobaba la visita del joven colorado.

Papá me había preguntado, unos días después que las visitas por la tarde se hicieran costumbre, los apellidos del muchacho. Cuando le mencioné ambos y no le recordaba a ninguna familia de su conocimiento, inmediatamente me preguntó si de qué partido político era su gente.

Son colorados, le dije. Todo el país es colorado, papá. Los liberales son un recuerdo lejano en la historia del Paraguay moderno y democrático.

Mi risa le aumentó el enojo y se encerró en el dormitorio.

Los pasos de papá se acercaban y Ramón estaba lívido. Cuando la figura de papá apareció en el dintel de la puerta, Ramón estaba de pie, en posición firme y más duro y bestia en su personaje que actor yanqui haciendo de soldado alemán. Papá le saludó, pasándole la mano y le pidió que se sentara. Mantuvieron una conversación de dos minutos, tiempo en el cual papá trató de hacerle sentir una cucaracha ignorante y bruta como era su habitual diversión. Cada frase que largaba hacia Ramón era acompañada de una rápida mirada hacia mí, que me quería decir "escucha lo bruto que es este pobre ignorante campesino colorado, enriquecido con negocios ilícitos, robos, y cuanto crimen es capaz de cometer una persona con sus características".

El joven Ramón está de visita. Como está, joven amigo. Y su familia. Tengo entendido que es usted oriundo de ...

Del departamento de Kaaguazú, papá.

De Kaaguazú. Y de qué parte de Kaaguazú, mi joven amigo. No respondas vos, Nita, cuando la pregunta es para el joven, quien sin duda habla español.

Si. Hablo también un poco de Castilla, doctor. No muy bien todavía. Somos de Yhú, doctor.

Cómo.

Yhú.

Y dígame joven, ese sonido figura en el mapa.

No sé doctor. No sé si figura en el mapa, porque queda muy lejos de la ruta negra.

La ruta negra. Entiendo. Bien. Un verdadero placer conversar con usted. Con permiso.

Ruta negra le llamamos al asfalto, doctor.

Claro. Claro. Papá se retiró simulando tratar de memorizar el nombre del pueblito de Ramón. Yhú. Yhú, va repitiendo por el pasillo. Tuve ganas de mandarle a la mierda, imaginando la risotada que iría a pegar cuando llegara a su dormitorio.

Pero ese día me salvó de tener que responder a Ramón. Éste, a pesar del frío que hacía esa tarde, estaba sudando, arrugado en el fondo del sofá, con expresión de haber visto a Lucifer. Antes de escuchar el ruido de la puerta de su dormitorio al abrirse, retumbó la voz de mamá en el corredor. No entendí exactamente lo que ella dijo por la descomposición del sonido. Pero papá le respondió con voz clara y firme, aún en el dintel de la puerta de su dormitorio. Y su respuesta sí se escuchó en la sala con claridad.

Si vos fuiste tan dadivosa con el zángano de tu hijo preferido, no me exijas a mí ni un solo guaraní, porque no tengo ningún trabajo. No tengo ningún trabajo que esté pendiente de pago y ni siquiera tengo la esperanza de volver a tener alguno. La única salida es vender la casa e irnos a vivir en una casa de alquiler.

Escuché el ruido de la puerta del dormitorio. Las voces ya no se oían, pero yo no podía levantar la cara de mi cuaderno a causa de la vergüenza y la humillación. Me quedé con la cabeza inclinada mientras veía cómo se iban dibujando húmedos círculos que se hundían en el papel.

Ramón se levantó y quedó parado frente a mí, al otro lado de la mesa. Puso una de sus manos en el lugar en que cada vez más copiosamente caían mis lágrimas. Levantó mi barbilla hasta conseguir que nuestras miradas se encontraran.

Voy a volver mañana, dijo y salió silenciosamente.

Cuando se fue me puse a llorar sin ninguna necesidad de freno ni control. Cerré las puertas y me quedé allí, en la sala llorando, aullando como una perra.

V

Ramón llegó al día siguiente y se sentó en su lugar habitual, con la mirada perdida en el techo. No dijo nada hasta que le pregunté si le pasaba algo. No me respondió. Simplemente quiso saber qué tipo de trabajo era el que hacía papá y que ya no conseguía en los últimos tiempos.

Le dije que papá era abogado y tenía el título de doctor en derecho al que muy pocos de sus colegas habían accedido, que estaba enfermo de reuma, desde varios años atrás y que a raíz de eso y más que nada por ser un liberal, con una posición intransigente frente a la dictadura, ésta le había puesto la cruz y había perdido todos sus clientes y casi todos sus amigos y que nos estábamos despeñando hacia el más profundo pozo de miseria.

Si tu papá es abogado, le puedo dar muchos trabajos. Yo personalmente no. Pero papá tiene varias empresas y hay trabajo para los abogados todo el tiempo. Todas las empresas tienen pleitos continuamente. Termina uno y empiezan dos.

Recibimos una extraña llamada pocos días después. Un desconocido preguntaba por papá. El fulano se presentó y le dijo que teniendo en cuenta la categoría de su historial profesional, lo habían elegido para realizar trabajos para un grupo de

empresas. Que si estaba de acuerdo, le enviaría de inmediato unas carpetas con los antecedentes y le otorgarían un poder en una escribanía para que pudiera representarles formalmente.

La expresión de papá era de asombro. No podía creer lo que estaba oyendo.

Abrigamos muchas esperanzas en que usted realice con nosotros una gran labor, y tenemos muchos trabajos para usted, dijo el hombre del teléfono.

El primero de ellos resultó ser un juicio contra un viejo dirigente colorado en el exilio, defenestrado por el dictador. Había dejado un montón de bienes en situación no definida, que daba la posibilidad a otros dirigentes, colorados también ellos, de echarle las garras encima.

Mientras hablaba por teléfono se le fue el color. Terminó la conversación y quedó un largo rato en silencio. Mamá estaba expectante de los cambios de expresión de su cara y yo simulaba estar distraída poniendo un generoso chorro de dulce de guayaba a un trozo de pan. Por lo que papá iba respondiendo ya sabía de qué se trataba. Era la gente de Ramón. Estaba cumpliendo su promesa.

Hace unos meses me están ofreciendo un caso bastante problemático, mintió papá, pero teniendo en cuenta la situación económica en que estamos no tengo otra opción. Pero gracias a Dios que por lo menos estos amigos siguen confiando en mí, dijo papá con aire importante y se encerró en su dormitorio.

Los efectos benéficos de esa llamada hicieron que hasta la apatía de mamá para darle atención y mimos que tanto ne-

cesitaba, desapareciera. Los ejecutivos de la empresa que le ofrecieron el trabajo se presentaron en el estudio de papá y dejaron un montón de documentos y un cheque. Cuando se retiraron, papá quedó sólo durante largos minutos, aún sabiendo que mamá y yo estábamos detrás de la puerta, deseosas de conocer las nuevas. Cuando decidimos entrar viendo que él no salía, la mirada de papá era la de mi viejo compañero de truco. Era la mirada de sarcasmo que yo encontraba tan llena de vida y tan llena de promesas de llevarme por aquellos senderos, atajos, puentes colgantes, selvas amenazantes, cargados de aventuras, anécdotas y referencias misteriosas, que traían a mi papá de regreso a la vida.

Estoy segura que al analizar la documentación que le habían traído, no podía pasar por alto los nombres de los otorgantes del poder, ni tampoco contra quiénes se harían los juicios y el despojo. Prefirió transar consigo mismo antes que seguir muriendo a golpes de humillación y amargura.

Ramón no vino hasta cinco días después. Era martes y recuerdo que tenía mi libro de álgebra de Repetto-Linquen-Fesquet delante de mis narices, y el más grueso de Aurelio Baldor, con los ejercicios resueltos, abierto sobre la cama, tratando de entender un caso de factoreo. Estaba concentrada cuando Ña Belén me dijo con su sonrisa especial, allí hay alguien que pregunta por vos.

Quién.

El tipo ese, coloradote, con pinta de milico malo, pero tan enamorado y tan lleno de plata.

Le di un beso a Ña Belén . El anuncio me puso contenta porque tenía verdadera necesidad de agradecer a Ramón.

Él venía de su valle. Traía unas bolsas llenas de queso, maní, de verduras frescas, mandioca, choclo y frutas, que iba bajando del auto.

Regalo para tu mamá, me dijo. Ña Belén llevó las bolsas hacia la cocina. Me rogó con seriedad que no me enojara por no haber venido tantos días. Yo también te extrañé mucho, concluyó, dando por sentado que yo efectivamente había sentido su falta. En realidad tenía ganas de darle gracias. La felicidad que percibí en los ojos de papá no tenía precio. Por fin me podía demostrar con pruebas, como él decía, que era un buen abogado. Que sabía mucho. Que era un gran profesional y por sobre todas las cosas, que ganaba plata. Que sí podía hacerlo. Esa situación jamás la viví realmente, porque cuando empecé a retener recuerdos, él ya estaba enfermo y recluido en la casa, olvidado por sus amigos y perseguido por el régimen, y lo único que hacía era enseñarme juegos o hablar de historia o cualquier otro tema que me interesara a mí.

Pero ahora papá estaba ejerciendo de nuevo su profesión. Ya no quería perder tiempo conmigo. Se pasaba todo el día encerrado en su estudio y contrató a un secretario para que llevara los expedientes al tribunal. Yo estaba feliz. La vida había vuelto a la casa.

Ramón me explicó que el queso era de la mejor leche del mundo, porque era una lechera descendiente de otra que le había alimentado durante su infancia y que le permitió crecer sano y fuerte, me dijo con una sonrisa y mostrando los músculos de su brazo. Fui hasta el sofá en donde estaba hablando de quesos, brazos y vacas y me dejé caer sobre él. Nunca antes había besado a nadie en la boca. Besé a Ramón como

si fuera la cosa más natural del mundo para mí. Él me abrazó atrayéndome con fuerza. Sentí sus labios y su lengua abriendo mi boca ansiosamente, sacándome el aliento. Sus brazos me sujetaban por la espalda y me sentí atrapada. En realidad me asusté. Hacía días que me venía preguntando lo que sería ser besada en la boca. Quedé conmocionada. Respiraba como si acabara de correr diez mil metros.

Lo aparté. Le pedí que se fuera. Se fue pero antes me pidió disculpas. Me dijo que su "asuncenita" lo trastornaba. Que estaba enamorado de mí y que quería saber si su amor era correspondido. Le pedí que me dejara pensar hasta el día siguiente.

Era su "asuncenita". Se sentía mi dueño, mi protector y yo era una cosa suya.

No fue casual que a la mañana siguiente se le duplicaran los trabajos a papá. No. Ramón quería impresionarme. Y lo consiguió. Al mismo tiempo, constatar el hecho concreto que yo, niña virgen de quince años y sin dos dedos de frente según mamá, tuviera el poder de cambiar tanto las cosas para toda mi familia. Estas comprobaciones transformaron mi mundo y la idea que tenía de mí misma.

Ramón era un hábil cazador. Dominaba su instinto con cautela y paciencia. En ningún momento me sentí presionada por él para tomar decisiones. No me preguntó nada sobre lo que dijo, de si correspondía a su amor, ni al otro día ni los siguientes. Tampoco se acercó demasiado a mí en ningún momento, manteniéndose siempre en su lugar, en el fondo del sofá, hablando de cualquier tema, con lo cual evitaba alguna posibilidad de rechazo de mi parte.

El viernes llegó como siempre alrededor de las cuatro y media. Me preguntó qué materia estaba estudiando. Le contesté que sólo estaba hojeando mis cuadernos y que las vacaciones de invierno empezaban el lunes. Quince días sin hacer nada.

No tenés ganas de viajar conmigo a la campaña.

Claro que tengo ganas, pero por supuesto no me van a permitir.

Estuvo pensativo un rato, y me confesó que estaba dudando sobre si iba o no al interior.

Me están esperando allá, pero no quiero pasar un sólo día sin verte. Por qué no hacemos algo. Mañana es sábado y podés pedir permiso a tus padres para ir a merendar a la casa de mi prima. Por supuesto, no les digas a ellos que yo también voy a estar. Qué te parece. Entonces suspendo mi viaje a Kaaguazú y nos encontramos allá.

Contesté que sí. Conseguir permiso para ir a merendar a casa de mi compañera no sería difícil. Podía ir caminando porque quedaba a unas diez cuadras de casa. Tomaba Mariscal Estigarribia y seguía derecho unas tres cuadras pasando la avenida Perú y subía después otras tantas hacia el mercado Pettirossi. Era un trayecto tranquilo y más los sábados por la tarde que casi no había tránsito.

Tal como tenía pensado, en casa no pusieron objeción a que me fuera. Después de almorzar, me di una ducha, me puse un vaquero, unos zapatos deportivos, una gruesa tricota sobre mi camisa a cuadros y salí a la calle.

El día estaba resplandeciente. No había una sola nube en el cielo, síntoma de que a la noche el frío se haría sentir. Pero ahora,

a las tres de la tarde, apenas caminé un par de cuadras, la tricota me empezó a picar a pesar del fuerte viento que soplaba.

Aunque no me gustaba la idea, me la saqué y até a la cintura. La camisa a cuadros me resaltaba el pecho y me daba vergüenza, pero si no me la sacaba, llegaría empapada de sudor.

Al entrar en la calle de la casa de mi compañera, lo primero que reconocí fue el auto negro de Ramón y luego a los hermanos menores de ella jugando fútbol en la vereda. Mi corazón pegaba brincos, no sé si por la caminata o por encontrarme con Ramón por primera vez fuera de casa.

Ramón y mi compañera estaban conversando en la vereda, recostados contra la muralla. No hubo merienda y ni siquiera entramos al interior de la casa. Al poco tiempo de haber llegado, Ramón dijo a su prima que nosotros iríamos a dar una vuelta por el centro. Nos despedimos y entramos al auto. Era verdaderamente lujoso y confortable. Al poner en marcha el motor, Ramón introdujo un casette en el equipo.

Escuchá la música que compré para vos. "Muchacha ojos de papel" empezó a sonar y me invadió una emoción tan intensa que recosté mi cabeza en sus hombros y sentí una completa sensación de bienestar. Su brazo me rodeaba firmemente y cerré los ojos.

El auto se detuvo y su voz me sobresaltó arrancándome de mi ensueño.

Llegamos.

Adónde.

A mi casa.

Miré a mí alrededor y reconocí la calle. Estábamos a media cuadra de la avenida Rodríguez de Francia, sobre una transversal, frente a una casa con un jardín bien cuidado. Nos bajamos, él abrió el portón de hierro y giró la cabeza sonriendo.

Te gusta mi jardín. Yo cultivé una a una las rosas, los claveles, los lirios y tres plantas de Santa Rita de diferentes colores que todavía no florecieron. Ves, allí pegadas a la muralla. Las palmeras, malvas, alelíes, ya estaban plantados antes de que yo viniera.

No seas mentiroso. No te veo cultivando flores.

Si sé plantar mandioca, maíz, porotos y maní, por qué no voy a saber cultivar flores. Su risa fresca y alegre se me contagió y entramos a la casa. Estaba en penumbras y le pedí que encendiera las luces. Las paredes estaban recién pintadas pero la casa se veía vacía. Me explicó que se estaba mudando y todavía no tenía los muebles para cada ambiente.

El único lugar que está completo es mi dormitorio. Vení te muestro.

Me tomó de la mano y fuimos hasta una habitación cuya puerta estaba abierta. Entró decididamente hasta la cabecera de la cama y tiró la cuerda del velador.

La habitación no era muy amplia. Un placard de madera clara, abierto de par en par, la cama enorme y desarreglada, la puerta que supuse del baño en un costado, una mesita atestada de diversos objetos, como llaveros y pequeñas figuras de animales y fotos. Una de ellas me pareció familiar y

me acerqué. Era de mi cumpleaños y en ella estaba yo con mis compañeras.

Cómo vino a parar esto aquí.

Robé del álbum, el otro día en tu casa. Como no te decidías a regalarme una, me regalé yo. Me contestó con una franqueza que me desarmó y me puse a reír de nuevo.

Ladrón de fotos, le dije. Se acercó y me tomó el rostro con sus manos.

Tu risa me vuelve loco, tu boca es una tentación que no soporto y tu cuerpo me trastorna completamente.

Me besó suavemente en los labios, en tanto que sus manos acariciaban mi pelo y luego intentaban deshacer las dos colitas con que me los había sujetado para salir. Con un sencillo movimiento yo misma desaté los nudos de las colitas y mi pelo se desparramó sobre mis hombros. Emitió un suspiro ronco y hundió su rostro entre mis cabellos. Cuando me besó en el cuello empecé a sentir un escalofrío que me recorría toda la espalda y bajaba hasta mis piernas. Se apartó un poco de mí. Me acarició el rostro y sus manos bajaron hasta los botones de mi camisa. Retrocedí un paso y mis piernas chocaron con la cama.

No te asustes, me susurró su voz.

En realidad simplemente no quería que se apartara de mí, mientras me sacaba la camisa. Sentía vergüenza.

Pero yo te quiero mirar, me contestó y siguió desprendiendo los botones con una ansiedad y nerviosismo crecientes. Cuando mis pechos quedaron desnudos, desató la tricota que tenía

por la cintura, abrió el cierre del vaquero y fue bajándome los pantalones hasta el piso. Su cabeza se apoyó suavemente en mi vientre y caí de espaldas en la cama.

En ningún momento habíamos hablado que tenía que retribuirle los favores que hizo consiguiéndole trabajos a papá. Le estaba agradecida por no mencionarlo, ni sugerirlo. Él simplemente me iba señalando los pasos que le gustaría caminar conmigo y que le siguiera era asunto mío. Me parecía un arreglo justo y estaba allí para hacer mi parte.

Sus manos me recorrían sin descanso, subiendo y bajando, dándome vueltas y giros, no queriendo dejar un sólo espacio de mi cuerpo sin tocar, hasta que concentraron sus caricias en mi pecho mientras su boca atormentaba mi vientre, pasándome la lengua hasta llegar a mi sexo. Me descubrí gritando y lloriqueando. Gemía con voz desconocida. Ya no me importaba el por qué lo estaba haciendo. No quería que su boca saliera de allí. De pronto se apartó y se quitó la ropa. No quería mirar. Pero abrí los ojos y pude verlo desnudo con su sexo preparado para embestirme. Al verlo así, desmesurado y amenazante, estaba segura que eso no podría penetrarme.

Te va a doler un poco porque es la primera vez, me dijo Ramón con voz entrecortada, subiendo a la cama sobre mí. Tenía su "cosa" sujeta en la mano y con cuidado la ubicó y fue empujando suavemente y creí que ya la tenía toda dentro y estaba sintiéndome extasiada con esa maravillosa invasión a mi intimidad, hasta que pegó un movimiento violento hacía a mí, al mismo tiempo que me sostenía por los hombros. Sentí un dolor terrible. Algo se había desgarrado en mi interior. Desde ese momento ya nada me gustó. Quería que saliera,

que se apartara de encima, que me dejara libre. Empujaba y empujaba cada vez más rápido y cada movimiento era para mí una tortura. Sentí que se conmocionaba y cerraba los ojos. Apoyó su cabeza en mi pecho. Estaba mojado de sudor y yo bañada en lágrimas. "Mi asuncenita", repetía incansablemente con voz ronca. Cuando se apartó de mí, fui hasta el baño. Tenía sangre hasta cerca de las rodillas.

Me dejó a una cuadra de casa. Escuché las campanadas de la iglesia de San Roque que marcaban las cinco. El viento me produjo un estremecimiento. Al llegar frente a casa me toqué porque tenía la sensación que seguía sangrando. Pero estaba seca y no tenía rastro alguno en las ropas. Papá estaba escribiendo en su estudio. Mamá me recibió preguntándome si no le acompañaría a la casa de una amiga que estaba de cumpleaños. Le contesté que no me sentía bien. Que me había comido demasiadas masitas y me dolía la panza. Cerré mi dormitorio con llave, me desnudé y puse mi camisón de franela. Me acosté y tapé hasta el cuello. Tenía mucho frío. Estaba temblando. Me quedé así, con los ojos abiertos en la oscuridad, sin entender siquiera lo que estaba pensando.

Desde aquel sábado, las meriendas en casa de mi compañera se hicieron constantes. Me preparaba como para un ritual, me bañaba después de almorzar, e iba vistiendo todo lo que Ramón desvestiría un rato más tarde. Tenía algo de perversa la complacencia que sentía cuando me bañaba y vestía, pensando todo lo que él jugaría con mi cuerpo. Era una mezcla extraña de anticipado gozo y previa autoflagelación.

A veces, a mitad de semana, recibía un llamado de Ramón pidiéndome que me fuera a merendar a casa de su prima.

Cuando esto ocurría, sus ganas de tenerme me sorprendían multiplicadas.

Tomaba un ómnibus que me dejaba en la esquina, sobre Rodríguez de Francia. Al entrar a su casa y cerrada la puerta, se lanzaba sobre mí como un animal hambriento. Sin decir palabra me sacaba la ropa camino al dormitorio. Muchas veces no llegábamos hasta allí. Como si yo no pesara nada, me levantaba del piso, sostenía con sus brazos y poseía con furia parados en el hall de entrada. Una vez calmado su deseo urgente, me llevaba hasta la cama como si fuera un bebé, me arrullaba con delicada ternura una tonadita que se había inventado que tenía como letra una sola palabra: "asuncenita".

Con la puntualidad de nuestros encuentros, a los que habíamos bautizado como "merienda en casa de la compañera", los trabajos a papá se mantuvieron hasta diciembre del año setenta y tres. Repentinamente avisaron a papá que la sociedad anónima había contratado a otro estudio jurídico. Revocaron el poder a su nombre y se llevaron todos los documentos. Ramón me explicó que en la Junta de Gobierno del Partido Colorado, habían recriminado a su papá por el hecho de que estuviera dando trabajo a un opositor de mierda, habiendo tantos abogados colorados desocupados. Se acababa de enterar que su hijo había dado a espaldas suyas algunas órdenes, e inmediatamente puso las cosas en su lugar.

Ramón quiso tranquilizarme diciendo que cuidaría que nada faltara en casa aunque papá ya no tuviera trabajo. Pero papá, en vísperas de Navidad, tuvo una recaída. Se moriría exactamente un año más tarde, quince días después de recibir mi título de bachiller y estrechar la mano del Presidente Stroes-

sner. Sus últimos delirios eran párrafos completos de "Yo el Supremo", entre los que iba mezclando el monólogo de su propia agonía que desnudaba por fin el dolor de su soledad.

Cuando papá murió, yo tenía dieciocho años y recién en esa circunstancia empecé a entender algo de lo que él me había estado tratando de explicar a lo largo de los años.

Era el primer verdadero juego de truco y lo perdía en la primera ronda. Me desafiaban con la falta envido y en mi mano no tenía nada con que responder. Era el momento en que necesitaba ser auxiliada por mi regimiento de caballería con el que contaba para sacarme de los momentos de apuro. Él debería ser mi pie en el juego. El tanto tenía que cantar mi pie. Mi compañero era el encargado de decir "la palabra" pero se había quedado mudo. Estaba muy quieto y silencioso y ya no le quedaba resto para jugar.

VI

Aunque la razón principal para el inicio de mis relaciones con Ramón se hubiera desvanecido, nuestros encuentros seguían como siempre. A veces me quedaba a dormir toda la noche pretextando un examen. Mamá no me recriminaba ni me preguntaba. En aquellos últimos días del año setenta y cuatro, el dolor nos unió como jamás habíamos estado antes. No habría imaginado nunca que ella quisiera tanto a papá. Durante los interminables días del verano, el silencio de la casa era roto solamente por nuestro llanto. Cada palabra que nos dijéramos, cada frase que intentáramos armar terminaba en un gemido, en un grito, en un abrazo, con el que procurábamos mitigar nuestro desconsuelo. Intuía en mamá mucho remordimiento. La desatención en que a veces tenía a papá, su falta de paciencia para complacerlo y más que nada, la sucesión de amantes que había tenido en los últimos años, a los que era adicta y de los que le era imposible prescindir. Durante años intenté encontrar explicaciones a esa dualidad de su conducta. Estaba convencida de que amaba a papá y tenía mil pruebas diarias de ello, pero su otra vida, oculta a nosotros, tan silenciosa y metódicamente llevada para que no nos llegáramos a enterar, escapaba a mi comprensión.

Fui armando a lo largo de los años un rompecabezas compuesto por escenas inconexas que guardaba en mi memoria. Aquellos ataques de rabia que culminaban con los bastonazos que daba papá contra el paraíso, las veces que le encontré inclinado sobre el hombro de Ña Belén en la mesa de la cocina, sorprendida de que él estuviese llorando, en tanto que Ña Belén intentaba tranquilizarme diciéndome que su rodilla le estaba doliendo mucho. Sus silencios estando conmigo en el escritorio, cuando quedaba mirando un punto inexistente, largos, interminables momentos que yo deseaba interrumpir porque sentía tanto sufrimiento en su mirada atormentada, coincidían con las salidas de mamá a la peluquería, con sus visitas a sus amigas, con algún té en casa de sus primas, con las compras semanales que se alargaban hasta muy entrada la tarde, y de las que muchas veces volvía diciendo que no había podido comprar nada porque todo estaba demasiado caro y con las conversaciones telefónicas que empezaban muy alto para que toda la casa escuchara y terminaba en un cuchicheo inaudible y nervioso.

Después de empezar mis relaciones con Ramón, pude tener una visión clara de lo que ocurría delante de mis narices.

La primera vez que la idea se abrió en mi mente con la fría eficacia del escalpelo, estábamos cenando solas con Ña Belén. Papá estaba acostado aunque eran las siete y media de la noche y ya había anunciado que no iría a comer porque no tenía hambre.

Mamá llegó de la calle ruidosamente. Saludó a gritos, preguntó por papá, aunque no entró junto a él al dormitorio. Ella quedó con nosotras hablando y hablando sin parar, contando

incidentes de la calle, novedades de las tiendas y conversaciones que tuvo con una amiga a quien yo no conocía y con quien había estado toda la tarde, reiteró una y otra vez y me di cuenta que lo hacía para que papá la oyera desde el dormitorio. Se estaba justificando con papá.

Unas semanas después regresé a la casa temprano, terminado el examen final de castellano y como papá estaba trabajando en el escritorio no lo quise interrumpir. Entré a la casa y la puerta del dormitorio de mamá estaba abierta. Asomé la cabeza. Eran las diez y media de la mañana. Desnuda en la cama, recién bañada, apenas tapada con una toalla, mamá estaba limándose las uñas de los pies. Levantó la vista para saludarme y siguió concentrada en lo que hacía.

Pude ver en los momentos siguientes todo el proceso mediante el cual se iba transformando en una hermosa mujer, sofisticada y elegante, que elegía con cuidado cada prenda que vestía, cada detalle, cada toque de maquillaje, cuestiones que yo nunca pude llegar a manejar con tanta sabiduría en toda mi vida.

Quedé observándola, recostada en un rincón del dormitorio, sin que ella percibiera mi presencia o considerara necesario dar a ese hecho importancia alguna. Cuando estuvo lista me dio un beso al pasar, preguntándome por qué había venido tan temprano. Le dije que los exámenes finales son con suspensión de clase.

Claro. Me olvidé. Me voy. Estoy atrasadísima. Mi prima Lucy me está esperando en el centro. Quiere que le ayude a elegir la ropa para su ajuar. Se casa el mes que viene. Chau.

Almorzamos solas con Ña Belén. Papá seguía en el escritorio.

Quién es la prima Lucy, pregunté a Ña Belén .

Quién.

La prima Lucy.

Ña Belén se rió con ganas un buen rato como si se le hubiera contado un graciosísimo chiste y luego quedó abruptamente seria.

No sé, dijo. No la conozco.

Siguió comiendo sin despegar su mirada del plato. No pregunté más. Nadie como Ña Belén para conocer las relaciones y los parentescos. Vivía en casa de los abuelos desde niña y vino a la nuestra cuando papá se casó. Aunque tuviera la edad de papá, se conservaba ágil y sana. Tenía una hija que ya la había hecho abuela tres veces. Toda su vida giraba alrededor de papá y él le tenía un afecto de hermano y una confianza absoluta. Que no conociera a la prima que se estaba por casar, era tan extraño como lo era toda la preparación que hizo mamá antes de salir, solamente para recorrer el centro y elegir prendas para el ajuar de una desconocida.

Papá salió del escritorio cerca de las dos, comió apenas y se encerró en el dormitorio. Mamá regresó cuando Ramón ya estaba instalado en su sofá, en la sala frente a mí, viéndome estudiar la materia del día siguiente. Lo que me sorprendió fue descubrir que mamá se acababa de dar un baño. No tenía ni rastros del maquillaje que se había realizado, su cara estaba limpia y tenía el pelo húmedo. Habló con Ramón algunas frases, me dio un beso en la frente y entró. Después escuché

que hablaba con Ña Belén . Papá seguía encerrado en el dormitorio y no salió para cenar.

Estaba dando la última semana de exámenes, me sentía ya de vacaciones y con una sola preocupación en mi existencia, que se refería a mis relaciones con Ramón. Me abrumaba el peso de lo que estaba viviendo con él. Lo había enfrentado con espíritu dispuesto y pensando en todo lo bueno que era para papá y la familia la ayuda que Ramón nos estaba dando. Pero a veces me sentía tan pequeña e indefensa y me daban unas tremendas ganas de llorar y contarle a papá mis quebrantos. Pero era una idea imposible. Esa puerta se había cerrado. Ya no tenía el camino abierto hasta su abrazo consolador. Debía hacerme la idea que ya no era una niña. Mi cuerpo estaba cambiando. Ya no era la flaquita de pechos grandes. Mis caderas se habían redondeado adquiriendo las formas que atraerían tantas miradas desagradables y tantos piropos repugnantes. Tenía miedo que por esos cambios que se operaban en mi cuerpo, papá ya no reconociera en mí a la niña que lo seguía queriendo y necesitando igual que antes.

Después del último examen del año, fuimos caminando con mi grupo de compañeras amigas para tomar una gaseosa y festejar nuestra liberación. Caminamos hacia el centro buscando un buen lugar. Pasamos frente al banco en donde mis amigas sabían que estaba Ramón trabajando y se hicieron las locas y me empujaron hasta la puerta con la pretensión de obligarme a entrar para darle un saludo. Gritábamos, nos reíamos y estábamos felices.

Entramos a un restaurante ubicado sobre 15 de agosto y Estrella. Teníamos en frente una vista panorámica de toda la esquina, viendo gente y más gente que parecían hormiguitas

enloquecidas, yendo de un lado a otro. Una de mis compañeras extendió el brazo y me mostró un taxi con la puerta abierta, en donde mamá estaba recibiendo el vuelto de manos del conductor. Después se bajó y mi primer impulso fue salir corriendo y llamarla. Pero me quedé quieta, sentada, mirando cómo caminaba unos pasos y entraba con total naturalidad a un hotel que estaba justo en diagonal a nosotras. Era un poco más de las once de la mañana. Expliqué a mis compañeras que la dueña del local era amiga de nuestra familia y que habitualmente visitaba nuestra casa. Mi alegría terminó. Todas mis dudas sobre la conducta de mamá se vieron confirmadas.

Ya en casa, a la hora de la cena y una vez que Ramón se marchó, le pregunté a mamá, que estaba a mi lado, cuándo sería la boda de la prima Lucy.

De quién, contestó con la mirada distraída.

La prima Lucy. Te acordás que el otro día fuiste a ayudarla a elegir prendas para su ajuar.

Me miró con ira. Su cara cambió de color. Miró a Ña Belén. Después sonrió condescendiente.

En realidad no es mi prima. Es una vieja amiga del colegio, que no se casó cuando joven y ahora tiene un novio extranjero que una vez casados, la llevará a Australia. Es un gringo enorme y feo, pero muy buena gente.

El gringo grandote y feo se hospeda en el hotel que está en 15 de agosto y Estrella. Porque esta mañana pude ver que te bajabas de un taxi y entrabas al hotel. Fuiste a agasajar al futuro marido de tu prima Lucy me supongo.

La silla en la que estaba sentada voló hacia atrás cuando se puso de pie. La bofetada que me dio también me lanzó al piso. Me incorporé y tomé un vaso de agua. Ña Belén estaba muda, aterrorizada y me tomó del brazo llevándome hasta mi dormitorio. Yo misma estaba sorprendida del efecto que tuvo mi comentario.

Como una hora después fue hasta mi cama. Se sentó y me acarició la cara. Aparté su mano y me di vuelta. No le tenía rabia, sorprendentemente. Sentía mucho dolor en mi pecho. Era una masa dura y pesada que tenía instalada dentro, me moviera hacia donde me moviera y aunque cambiara de posición. Estaba allí, como mamá, sentada en mi cama, silenciosa. No quería que me dijera nada. No estaba en condiciones de escucharla. Quería que se fuera y me dejara sola.

A lo largo de aquella noche, el sentido de todas las cosas se me fue desdibujando. Mamá se fue sin decir nada. Le tuve lástima. Tenía ganas de decirle que la comprendía, que la perdonaba. Pero también, que no entendía la necesidad que tenía ella de ir destruyendo todo lo que había de bueno para mí en el mundo. En realidad, todos se habían empeñado en desfigurar cada uno de los cuadros y paisajes que guardaba desde chica. Donde había vislumbrado un bosque encantado, eran apenas restos de raíces, ramas quemadas, humo, desolación. Donde yo creía que el sol brillaba sobre un camino ancho que cruzaba un valle pleno de verdores, era solo un sendero lóbrego, un oscuro y amenazante pantano donde la tierra se hundía bajo mis pies.

A la mañana siguiente hablé con mamá. No tenía que ir al colegio. Como me levanté a desayunar y volví a la cama, ella

fue hasta allí de nuevo. Primero me pidió permiso para descorrer las cortinas. Le dije que las dejara así. Se sentó en el mismo lugar que la noche anterior. No me tocó. Simplemente empezó a hablar con voz ronca. Con un sonido monocorde que golpeaba dentro de mi cerebro como un martillo envuelto con vendas.

Sabés cuantos años tengo. Sabés que puedo ser tu hermana. Una hermana un poco mayor. Me casé con tu papá cuando tenía dieciocho. Unos meses más de lo que vos tenés ahora. Y era tan ingenua como vos. No entendía nada de nada y no quería pensar en lo que mamá y papá me decían. Estaba enamorada de un hombre alto, elegante, bien vestido, doctor en leyes, liberal y con buena posición económica. No quería escuchar que siendo mi marido más viejo que papá, los problemas que tendría serían inacabables. No me interesaba comprender lo que me decían. Quería salir de mi casa, convertirme en la esposa del doctor, tener hijos, ser diferente al resto de mis compañeras de colegio y a las primas tan bobas. Así, sin darme cuenta siquiera, un día me encontré desnuda debajo del cuerpo de un hombre enormemente grande, que tenía miedo de hacerme daño, que me hacía el amor como si fuera de cristal y me fuera a romper en cualquier momento. Y no duró mucho sino hasta que naciste vos. Después se olvidó de mí. Le dolía su pierna. Le dolía el régimen. Le dolían la pérdida de sus cátedras en la facultad y la ausencia de sus amigos. Después le empezaron a doler la falta de trabajo y de dinero. Yo seguía siendo su amor. Lo más grande que había ocurrido en su vida y para mí él era el único hombre que había tenido en mi vida y el único que tendría y amaría. Habían pasado dos años desde que naciste. Tu papá no me había vuelto a tocar.

Yo esperaba todas las noches que él se diera vuelta hacia mí, me abrazara y me hiciera el amor. Alguna vez me vas a entender, pero la necesidad que tiene una mujer de estar con un hombre, es tan importante como respirar.

Una noche fuimos a casa de tu tía Carmen para el cumpleaños de su marido. Estaba en la cocina ayudando a hacer la ensalada cuando apareció su hija mayor Cristina, de la mano de su novio. Me presentaron al muchacho que seguramente tenía mi edad o un poco menos. El muchacho me miró fijamente cuando le dijeron que era la esposa de tu papá. Toda la noche me estuvo mirando. Y parecía como una maldición, porque cada vez que lo miraba, él giraba la cabeza hacia mí. Cuando nos despedimos, me pasó la mano ceremoniosamente y me dijo en un susurro pero con claridad que me llamaría por teléfono porque tenía algo que consultar conmigo. Llamó al día siguiente y explicó que lo que tenía que consultar conmigo no lo podía hacer por teléfono y que me esperaba en cierto lugar. Qué es lo que me llevó a hacerle caso y encontrarme con él, no puedo decirte sin sentir vergüenza. Pero al mirarme él adivinó lo que me estaba pasando y solamente por eso se atrevió a hablar y concertar la cita.

Cuando me vio llegar, era un bar y estaba sentado, se levantó y me besó en la boca como si fuera su antigua novia o su mujer. Tenía rabia contra mi propia pasividad para aceptar su atrevimiento, pero también un deseo descontrolado que hacía que pasara por alto esas humillaciones. No permitió que me sentara ni que dijera nada. Me llevó del brazo hasta su auto y apenas nos pusimos en marcha, puso su mano entre mis piernas levantando mi vestido hasta llegar a mi sexo

acariciándome, sin decir nada. Llegamos hasta a un hotel de mala muerte donde me tuvo como a la más arrastrada de las putas. No duró mucho. No soporté su chabacanería y su ordinariez. Pero hizo posible que me conociera y entendiera lo que mi cuerpo exigía para estar en paz. Pronto conocí a otro y cuando terminé con ése, a otro más. Sabés. Fue como darme cuenta de repente lo que significaba estar viva, lo que significaba el sexo para mí y su relación con el plazo tan breve que tenía para vivir. Lo entendí así. Después de tener dos hijos, de estar casada. Recién en ese momento pude darme cuenta que había cometido un grave pecado al enamorarme y casarme con un hombre mucho mayor. Es posible que la responsabilidad y el decoro que debía tener, desempeñando mi papel de esposa y madre los haya tirado a la basura. Pero me sentía tan sola, tan irremediablemente sola, con dos criaturas y un señor mucho mayor que yo, a quien era imposible explicarle lo que me sucedía. Estaba obsesionada con la idea de la brevedad del tiempo, con mi propia muerte y la desesperación por satisfacer mi deseo. Con espanto pasaba los días observando el proceso de envejecimiento de tu papá. Pronto yo también estaría así, envejeciendo, arrugándome, sin nadie cerca que me acariciara, que me amara, eternizando las horas inútilmente hasta que quedara un esqueleto horrible que no podría tener sino un único deseo de morir y no despertara otro sentimiento que lástima. Estaba presionada a vivir aunque fuera brevemente, de acuerdo a la conciencia que había adquirido de mi cuerpo. Todo el tiempo que mis pechos estuvieran firmes y deseables. Que mi boca tuviera ganas de ser besada y besar con la urgencia de ahora. Es penoso que mi horizonte fuera tan limitado. Es triste que no pudiera ver más allá de esos deseos que me dominaban y que todo aquello

que ocurría fuera de los límites de mi cuerpo tuviera para mí importancia tan relativa. No es que hubiera dejado de querer ni a tu papá ni a ustedes. Como alumbrada por un relámpago tuve conciencia de que no significaba nada para el resto del mundo. Mi mundo era yo sola. No existían ni mis padres, ni mis hermanos, ni mi marido, ni mis hijos. Mi cuerpo era el principio y el fin del universo. Ustedes podían sobrevivir sin mí. Tu papá me quería como si fuera una virgen puesta en un altar. Él no podía quererme más que eso. No podía hablar con nadie. Desconfiaba de Ña Belén. Tenía miedo que descubriera mis locuras. Es la primera vez que hablo con alguien sobre esto. Dentro de todo, me alegra que seas vos. No te voy a culpar si no sos capaz de entenderme y perdonar. Y si querés transmitirle todas las cosas que te dije a tu papá, no me voy a enojar contigo y no por eso voy a quererte menos.

Le pasé el brazo por la cintura y le obligué a que se acostara a mi lado. Hacía mucho tiempo que yo estaba llorando en silencio. Mamá me abrazó. No faltó más para que la perdonara. De alguna manera me sentí también disculpada y aliviada.

La presión que tenía con respecto a lo que vivía con Ramón disminuyó. Ya no sentía la relación ni tan oprobiosa ni tan condenable desde el punto de vista de la moralidad. En realidad siempre le tuve respeto y cariño a Ramón. Existe tan poca gente como él en el mundo.

Después de enterrar a papá, ella nunca volvió a salir. Su envejecimiento se aceleró aunque siguiera tan hermosa y elegante. Nos fuimos acercando más y más y tuve por fin una buena amiga, aunque por supuesto nunca podría abrir y enseñarle todos mis archivos.

VII

En enero del setenta y cinco me inscribí en el probatorio de la Universidad Católica como para seguir Contables. Ramón me encaminó a decidir por esa licenciatura con el argumento de que me sería más fácil encontrar un buen empleo, aunque yo no tuviera ninguna inclinación especial hacia ella. Pero gracias a sus consejos, mes y medio después ya estaba trabajando en un banco. El se encargó de mover algunos hilos y contactos y pronto estuve instalada dentro de una enorme institución cuya organización y funcionamiento me sorprendía y encantaba. Trabajaba hasta las cinco y de allí iba directamente a la facultad. Almorzaba en el banco y extrañaba la comida de Ña Belén , aunque después de clase, a la noche, me desquitaba devorando todo lo que encontraba en la heladera. Me sentía bien y pensaba que todo hubiera sido perfecto si papá me pudiese ver trabajando en un banco y estudiando en la universidad. La única nota discordante la ponía mi insufrible hermano Roberto. Mamá le había emplazado a que trabajara y aportara su colaboración para los gastos domésticos. Reaccionó trasladando sus cosas al departamento de su novia. Seguía en la facultad, pero ignorábamos de dónde sacaba el dinero para las cuotas. Su carácter se volvió aún más irascible en los

últimos tiempos. Se reunía durante largas horas con sus amigos, que entraban y salían como si su dormitorio fuera una oficina pública. Su inseparable amigo, aparte de la desagradable noviecita que siempre andaba a su lado con la suciedad de varias semanas encima, era un muchacho flaquito, de anteojos, con barba y bigote, que hablaba en un tono casi inaudible como si estuviera a punto de un desvanecimiento. Su nombre era Raúl y lo conocí una noche en que llegué de la facultad y estaba sentado en la sala esperándolo. Por hacerle llevadera la espera me dispuse a conversar con él. Me enteré que estaba haciendo el último año de derecho, que escribía poesía y que había publicado un poemario que no llegó a lanzar porque en la imprenta fue incautado por la policía. Pero que de todas maneras había conservado algunos ejemplares de prueba y me obsequiaría uno. Le agradecí y me retiré, porque escuché que Roberto estaba llegando.

No parecía mala gente Raúl. Lo que no entendía era cómo podía ser amigo de mi hermano. Existía la posibilidad que Roberto fuera diferente con sus amigos, porque me sorprendía el ascendiente que ejercía sobre ellos. Y lo que me llenaba de curiosidad era la actividad a que se dedicaban. Porque no eran los estudios de la facultad. Estaban siempre todos muy serios como si la suerte del mundo dependiera de ellos. Iban y venían con una enorme preocupación en sus semblantes.

A fines de marzo, Roberto ya no aparecía por casa. Vivía en lo de su novia y las veces que lo veíamos era para traer libros y carpetas que guardaba cuidadosamente bajo llave en su dormitorio, para luego despedirse corriendo. Era mejor así para nosotras. Nos resultaba muy difícil disculpar su conducta con

papá. Ni en sus últimos días se dignó aparecer por su dormitorio por lo menos para saludarlo, o hacer un intento por demostrar interés por su estado de salud. La mañana en que murió, llamé al departamento de su novia. Me atendió él.

Papá murió hace unos minutos, le dije.

Y bueno. Descansó el viejo. Voy en seguida. Colgó. No apareció en todo el día, y a medianoche, cuando estábamos solamente las tres mujeres de la casa, más una tía, hermana de papá y un viejo amigo del partido liberal, vino llegando.

Mamá pegó un grito cuando se percató de su presencia. El la abrazó y se fueron hasta el ataúd. Miró un momento el rostro de papá y cuando giró la cabeza, yo, que estaba atenta tratando de captar un signo de dolor, solamente observé impaciencia y fastidio. Buscó con la mirada a Ña Belén. Caminó hasta nosotras y le pidió en voz baja unas camisas que había mandado a lavar. A mí ni me miró. Unos minutos después escuché que salía de nuevo. Me puse a llorar pero de rabia. Me resultaba imposible entender la conducta de mi hermano.

La semana santa estaba llegando y la añoranza de Ramón por su valle, a donde ya no iba sino en muy contadas ocasiones y sólo por unas horas, se verían por fin colmadas y satisfechas. Esperaba con impaciencia de niño, contaba los días y preparaba nuevas cañas de pescar, anzuelos, una lista de comidas que su mamá tendría que cocinar para él y un sin fin de detalles que a mí me divertían por la seriedad e importancia que les daba. En una de esas conversaciones, se quedó mirándome fijo.

Esta vez tenés que venir conmigo. Ya es hora de que conozcas Kaaguazú, Yhu, mi valle y nuestra estancia. Vamos a andar a

caballo y además, todas las cosas que hace un campesino yo te voy a enseñar a disfrutar. Si querés, le podés invitar a tu mamá y así sale un poco también de su casa, que ni a la iglesia no se va más.

Me pareció buena idea y le transmití la invitación a mamá. Al principio se negó rotundamente. Si vos te querés ir, contás con mi permiso. Tengo toda la confianza en vos y en Ramón. Pero yo, qué voy a hacer allá. Les voy a molestar de balde.

Seguí insistiendo hasta que consintió y a partir de ahí, todo el resto de la semana fue de preparativos para el viaje. El efecto que le hizo a mamá inmediatamente fue ponerle alegre y luego nostágica, recordando la casa de los abuelos en Villarrica, los paseos a caballo hacia los cerros de Ybyturuzú. Para mí, que no conocía absolutamente nada del campo, puesto que mi aventura más osada había sido visitar en un par de ocasiones el Jardín Botánico, las historias que mamá empezó a rememorar resultaban sorprendentes y maravillosas, cargadas de color, de aromas diversos, de animales extraños y divertidos, de costumbres que parecían sacadas de un exótico país que no conocía.

Teníamos previsto salir el sábado de mañana bien temprano. Necesitaba obtener del banco, en el que apenas empezaba a trabajar, el permiso de los tres días hábiles de la semana que planeaba faltar, y finalmente me lo concedieron cuando ya me estaba desesperando.

Al final de la tarde, un rato antes de salir, el jefe de personal me llamó hasta su oficina. Luego de hacerme un par de chistes, me dijo que estaba concedido el permiso, que no me pre-

ocupara y que me esperaban el lunes de pascua. Le agradecí y al despedirnos me aconsejó que me cuidara. Sí, por supuesto, dije riendo y malinterpretando sus palabras.

Pero él se mantenía serio.

Mire. No se olvide de llevar todos sus documentos y si es posible, alguna recomendación de la seccional de su barrio y de la comisaría que le corresponde, porque la situación está muy brava.

Qué situación, licenciado.

La situación política. Parece que pillaron una célula terrorista con ramificaciones en varios departamentos del interior de la República. Hay un control de la gran siete en todas las rutas y hay miles de detenidos, enfrentamientos muy recios, muertos, allanamientos. Todo eso que usted ya sabe.

Aunque me produjo gran inquietud, no le di tanta importancia hasta que entré a la facultad. Se veía poca gente. Apenas llegué se me acercó un compañero que conocía de vista pero no de nombre. Me comunicó escuetamente que me vino a poner sobre aviso que a mi hermano Roberto la policía lo estaba buscando. Que habían allanado el departamento de su novia aquella mañana y que a ella la habían detenido. Que era muy posible que también se fueran a mi casa y que para no tener problemas era muy importante que limpiara todo.

Limpiar. Querés que limpie mi casa para cuando venga la policía.

No, boluda. Que saques y ocultes en otro lugar los libros y los documentos que tu hermano guarda en su dormitorio. Entendiste. Me tomé el trabajo y el riesgo de venir porque

esos documentos son muy importantes y comprometedores y si encuentran en tu casa los van a encanar a todos. Chau. Volá a tu casa.

Volé hasta el curso de Ramón. Antes de llegar escuché su voz que me llamaba desde la oscuridad, a un costado de los edificios. Estaba con dos compañeros en actitud de intercambiar información confidencial. Me acerqué. Me dio un beso y me dijo alegremente que no debería andar corriendo de aquí para allá en horas de clase. Me tomó de la cintura y fuimos caminando en silencio hacia la salida. Una vez que subimos al auto y después de ponerlo en marcha me miró.

Ya sabés lo que está pasando.

Si. Sé lo que está pasando. Recién vino un compañero a decirme que buscan a Roberto, que ya detuvieron a su novia y que posiblemente se irían a casa en el transcurso de la noche.

Quién es ese compañero.

No sé su nombre. Es de mi clase, pero no sé su nombre. Por qué.

Porque a lo mejor nos puede decir dónde se esconde Roberto. Si le ubicamos a tu hermano antes que la policía, yo tengo un lugar seguro donde llevarle. Es el número tres de la lista que tiene la policía y no van a descansar hasta ponerle las manos encima. Vamos a tu casa. Espero que no sea tan estúpido como para haber ido a esconderse allí.

Era poco más de las ocho y la ciudad estaba desierta. No se veía ningún transeúnte y los autos que circulaban eran escasos y parecía que tuvieran prisa o miedo como yo. Ramón me dijo

que esperaría unas casas abajo y que si Roberto estaba, saliera inmediatamente con él hasta el auto. A mí me preocupaba también la documentación encerrada bajo llave en el dormitorio.

Tomé la decisión de despertar a mamá. Le expliqué rápidamente lo que estaba pasando y que necesitábamos abrir el dormitorio para sacar de allí los papeles comprometedores. Mamá se puso a llorar mientras buscaba en un cajón, entre innumerables manojos de quien sabe qué puertas, la que correspondía al dormitorio de Roberto. Algunas estaban puestas por llaveros, había llaves sueltas, llaves enormes que reconocí de la casa de San Bernardino, herrumbradas, oxidadas, que vaya uno a saber para qué mierda las seguían guardando si la casa fue vendida hacía años.

La que buscábamos no estaba. Roberto se habría querido asegurar que nadie entrara a la habitación en su ausencia y se llevó el duplicado.

Le dije a mamá que Ramón estaba afuera esperando por si a Roberto se le ocurría venir y que saldría a avisarle que no estaba. Recién en el instante de terminar de decir eso, la parte negra de la historia se me aclaró repentinamente: mamá y yo nos tendríamos que quedar con el cagazo de que la gente de Investigaciones llegara en cualquier momento a encontrarnos durmiendo sobre una montaña de archivos clandestinos.

Decidí forzar la puerta. Con una herramienta apropiada intenté aflojar los tornillos. No se movían. Parecían soldados con la placa. Si Ramón hubiera entrado conmigo seguro que encontraba un método para abrirla. En el instante de pensar en Ramón, caí en la cuenta de que él no quería estar en la casa

simplemente porque temía que la policía llegara y lo encontrara adentro.

Recordé que el dormitorio tenía una ventana hacia el camine-ro que iba al fondo del patio y cabía la esperanza que alguna de las persianas estuviera sin tranca. Corrí hacia la cocina para salir por el fondo. Prendí las luces del patio y en ese momento escuché que golpeaban a la puerta. Los pelos se me erizaron. Volví hacia la sala. Sobre el escritorio estaba mi cartera. No sé que es lo que me proponía hacer realmente, pero me puse la cartera por el hombro y caminé hasta la puerta. Escuché los pasos de mamá y hasta su respiración detrás de mí. Con voz que intentó ser firme pregunté quién era. La voz de un Roberto desconocido me respondió del otro lado de la puerta. "No tengo mis llaves de esta puerta".

Abrí.

Entró.

Corrió hacia su dormitorio sin decir nada. Lo seguimos. Con mano temblorosa trató de introducir una llave en la cerradura de su dormitorio. Le arrebaté la llave de la mano mientras le decía que era un imbécil para venir a meterse en la casa cuando toda la policía le estaba buscando.

Tengo muchos documentos que quiero llevar. Es peligroso y comprometedor para ustedes.

Eso hubieras pensado hace tiempo. Ahora ya es tarde para preocuparte por nosotras. Andá y metete al auto de Ramón que está abajo, cerca de la esquina. Te está esperando. Te va a llevar a un lugar seguro. Corré. Dejá a mi cargo los documen-

tos. Los voy a cargar en bolsas de basura y decíle a Ramón que vuelva por mí.

Antes de que llegara a la puerta sonaron unos golpes aterradores. Una tanda de tres seguida por otra igual y una serie de patadas a la puerta al mismo tiempo. Patadas, puntapiés, amedrentadores, impacientes.

Roberto quedó parado en medio de la sala, su color de muerte, su cuerpo de azogue. Abrí la puerta antes de que la echaran abajo. Se abalanzaron sobre Roberto y lo llevaron arrastrado hacia la calle, mientras el grito de mamá cubría todos los sonidos; de los golpes, los gritos, las órdenes, los ruidos metálicos de las armas.

Las preguntas que me dirigían tenían el mismo tono de ladrido de perro rabioso.

Quién sos. Contestá rápido carajo. Estaban protegiendo a un guerrillero. Un comunista. Por más que sea pariente no le podés proteger a la antipatria. Revisen todo. Dónde guarda sus cosas. Vos también sos guerrillera. Tienen cara de ángel para engañar mejor. Para que nadie sospeche cuando desparraman su veneno. Guarden todo lo que encuentran y lleven todo al jefe. Usted también se va señorita. Vamos. Camine carajo.

La fuerza del estirón me produjo un agudo dolor en el hombro y me hizo perder pie. Antes de caer, otro brazo me levantó y juntos me arrastraron hasta un auto que no tenía ninguna identificación y ni placas. Era un auto brasileño común y corriente. Me empujaron al asiento de atrás y se sentaron uno a cada lado. El que estaba al volante giró la cabeza para mirarme. Su sonrisa y su mirada me helaron la sangre. Por

primera vez en mi vida tuve miedo verdadero. Delante de la cabeza del chofer, distinguí las luces del auto de Ramón que se alejaban lentamente.

Estaba sola.

VIII

Mientras tomaban mis datos personales, hacían entre ellos bromas, contaban chistes y se reían, yo trataba de introducir de nuevo dentro de la pollera la cola de la camisa que tenía puesta bajo el saco y que uno de los que me tenían atenazada del brazo me lo había sacado tratando de tocarme el pecho. El objetivo lo logró a medias, porque yo hacía presión con el codo con todas mis fuerzas, en tanto que el que me tenía sujeta por el lado derecho se reía divertido de nuestra lucha.

Me despojaron de todas mis pertenencias, me preguntaron si tenía algo oculto, aprovecharon para palparme todo lo que quisieron y luego el que estaba sentado en el escritorio pulsó un timbre y aparecieron dos uniformados, los primeros, porque hasta ahora todos estaban vestidos de civil, incluidos los que habían invadido nuestra casa. Estos me tomaron del brazo y me sacaron de la habitación, guiándome por un sucio y oscuro corredor. Cuatro gradas a la izquierda y otro corredor, aún más oscuro, en donde al girar, mis tobillos se doblaron. Me sujetaron con más fuerza y el que estaba a mi derecha no perdonó mi tropiezo, se separó un poco y me aplicó un golpe de puño sobre el oído. Sentí que mi cabeza se llenaba de niebla.

Estábamos frente a una puerta y uno de ellos me tenía sujeta de hacia atrás tomada por la cintura, mientras el otro sacaba las trancas. Luego ambos me recorrieron concienzudamente con sus manos, echándome encima sus alientos de perro y ya estaba segura de que me iban a violar allí mismo. Pero finalmente abrieron la puerta y me empujaron adentro, con toda la violencia de que eran capaces.

Caí sobre varias personas que aparentemente estaban dormidas, porque ni se movieron. Todo estaba húmedo y pegajoso. No se veía mucho, pero reconocí las siluetas de varias mujeres acostadas en el piso. Traté de encontrar un espacio donde sentarme sin tocar a nadie, pero resultó imposible. La pequeña habitación estaba completamente llena de gente.

Poco a poco mis ojos se fueron habituando a la falta de luz y en mis oídos disminuyó el zumbido. Empecé a escuchar gemidos provenientes de varios lugares distintos, respiraciones ruidosas, estertores y el olor de la sangre, mezclado con el de orines y heces, más el propio de los sudores de tantos cuerpos hacinados en una habitación tan pequeña. Alguien, separada de mí el ancho de la pieza que serían tres metros, quizá un poco más, levantó el cuerpo y se recostó contra la pared. No la podía distinguir muy bien pero era joven, de pelo corto y sentía que me observaba, a pesar de no poder distinguir su mirada. Después de un largo momento se decidió a hablar.

Quién sos.

Le dije mi nombre pero pareció no revelarle nada.

De dónde.

De aquí, de Asunción.

La conversación no marchaba para ningún lado. Recostó su cabeza lentamente contra la pared y estuvo quieta un largo momento. Luego me preguntó si me habían apresado recién. Le contesté que como a las once de la noche.

En la calle.

No. Fueron a mi casa.

A buscarte a vos.

No. A mi hermano Roberto. Yo ligué de rebote.

Hubo un breve silencio.

Cuantos años tenés.

Dieciocho.

Otro silencio roto solamente por gemidos y el llanto apagado de alguna de las mujeres acostadas. Necesitaba que la chica del otro lado de la habitación siguiera hablando. Necesitaba que alguien me diera alguna orientación y determinara algunas coordenadas en medio del caos de terror en el que me habían lanzado.

Y vos cómo te llamás.

Mi voz sonó desconocida. Ella me dijo su nombre y que era de Asunción, pero que estaba trabajando en una localidad del interior como directora de un colegio secundario. Concretamente estaba en un poblado al norte de Kaaguazú.

La habían detenido dos semanas antes y recaló primero en la Delegación de Gobierno de Coronel Oviedo. La trasladaron dos días atrás hasta Asunción.

Pregunté por las otras mujeres. Eran de diversos lugares del país, campesinas, madres, esposas o hermanas de líderes agrarios.

Tuve una sensación desagradable. Me estremeció la idea de que la humedad del piso donde estaba sentada tenía un escalofriante origen. Toqué con los dedos y luego acerqué a mi nariz. Era sangre. Esta comprobación me obligó a una reacción automática, pues sin dudar, me puse en cuatro patas y fui reptando hasta la chica de pelo corto al otro lado. Pasé sobre varios cuerpos, mucha sangre, mucho mal olor que despedían y estaba a punto de perder el sentido cuando la chica de pelo corto me estiró de los hombros y quedé sobre sus piernas, completamente laxa. Todo mi cuerpo temblaba por el esfuerzo o por el miedo que se metía en mi carne como una droga que me producía convulsiones. La chica me abrazó e hizo sentar a su lado después de varios acomodos, estirando y reposicionando cuerpos que a veces gemían un poco al tocarlos, mientras otros permanecían inermes, como muertos.

Seguía con mis zapatos de la oficina puestos, con mi uniforme del banco que consistía en un conjunto de pollera y saco, toda sucia y mojada la parte que se había apoyado en el piso.

Los brazos de la chica de pelo corto me rodearon y me hizo bien, me sentí segura. Me tenía abrazada cálida y firmemente, lo que me ayudó a recuperar el calor del cuerpo aunque seguía temblando. Me incorporé y traté de abrazarla pero se esquivó y detuvo mi mano. Dijo que mejor tratara de dormir, que su regazo era el mejor lugar. Pero mi mano rozó su espalda y pude notar que la ropa estaba destrozada. Su espalda estaba en carne viva.

En ese momento me escuché gritar. Mi grito no parecía mío. Era un alarido animal que me salía de lo profundo de las vísceras. Ella me cerró la boca con las manos.

No grites. Vas a llamar la atención. No es bueno llamar la atención. Es mejor que te calles. Que te quedes tranquila. Si escuchan que hay ruidos aquí, van a venir y todas estamos muy mal.

No sabía qué decir. Me acurruqué con cuidado en su regazo. Pensaba en su espalda destrozada, sin piel y me arrimé a su pecho suavemente.

Dejé de gritar. En ese momento empecé a menstruar. Sentí que me salía líquido caliente entre las piernas. Me toqué para comprobar que no fuera simplemente que me estaba orinando. Pero era sangre. De alguna manera mi cuerpo decidió solidarizarse.

La chica que me abrazaba no se podía mover mucho. Le dolía la parte derecha de la cabeza y no le era posible apoyar en la pared sino un costado de la espalda. Se mantenía erguida con la cabeza ladeada en una posición muy difícil. Quise hacerla sentir bien. Quería curar su espalda. Agradecerle que estando dolorida y sufriente, en un estado tan calamitoso, aún fuera capaz de darme calor y afecto. Levanté la cabeza hacia ella y sin pensar en lo que hacía besé sus labios. Respondió tiernamente a mi gesto y luego acostó mi cabeza en su regazo murmurando "pobre criatura", varias veces acariciándome la cabeza.

Un par de horas después escuchamos gritos desgarradores. No parecían salidos de una garganta humana. La chica que me tenía abrazada me tapó los oídos con las manos.

Los gritos siguieron un tiempo que me pareció eterno. Escuchamos pasos y ruidos en la puerta. Estaban sacando la tranca. La puerta se abrió y una linterna proyectó un cono de luz que iba iluminando los rostros de las mujeres. La luz buscaba a alguien. El que sostenía la linterna ladró un nombre. El haz iluminó a la chica que estaba conmigo. Dificultosamente se fue incorporando. Uno de los policías entró a la habitación pisando y pateando, sacando sin miramiento alguno los cuerpos acostados, hasta llegar a nosotras. La tomó del pelo arrastrándola hacia afuera. Al poco tiempo eran sus gritos los que destrozaban el alma en aquella madrugada sin misericordia.

No sé cuánto habrá durado la sesión, pero cuando escuché que sacaban de nuevo la tranca de la puerta me puse de pie. La tiraron en medio de la celda. Quedó inmóvil y en silencio. Me acerqué hasta ella, la tomé por debajo de los brazos y la fui arrastrando hasta donde estuvo anteriormente. Tenía todo el cuerpo empapado. De su blusa ya no quedaban sino jirones y tenía la mayor parte del pecho afuera. Ubiqué su cuerpo boca abajo y acomodé su cabeza en mi regazo, así como ella me había tenido antes de salir.

No pasó mucho tiempo para que pudiera observar como se filtraba la luz del amanecer por unas grietas entre el techo y la pared. Pude distinguir con mayor precisión que no todo lo que mojaba el piso era sangre. Había más que nada orín y después me explicaron, que las latas que se veían en un rincón eran para hacer las necesidades, pero que se habían llenado varios días atrás y no permitían que las descargaran afuera, por lo que se utilizaba el piso de ese rincón de las latas como excusado y los líquidos corrían hacia donde existía un

leve declive, pero también eran llevados de un lado a otro por los pies y por las personas que se acostaban encima.

Pude ver en la cara de la chica a quien tenía en el regazo, obscuros hematomas que se perdían hasta donde nacía el pelo, detrás de las orejas, así como sangre seca y endurecida en la parte posterior de la cabeza. También los brazos tenían señales de golpes, rasguños y en las muñecas, signos claros de que la habían atado con alambre. No había un lugar en todo lo que podía observar de su cuerpo, que no tuviera heridas y rastros de golpes.

Conforme clareaba, los ruidos de pasos y los gritos por el corredor fueron aumentando.

Aquel fue un largo día. Trajeron dos latas grandes llenas de agua y nos dejaron descargar y limpiar las latas llenas de heces y orín en un excusado inmundo al final del corredor, lugar al que uno tenía que entrar pasando por encima del cuerpo de un hombre semidesnudo, maniatado, que se quejaba débilmente cada vez que pasaba un policía y le asestaba una patada o le orinaba encima con total naturalidad.

Pero de todas maneras era imposible conseguir que la celda en donde estábamos se adecentara. La mayoría de las mujeres estaba en un estado lamentable. Todas tenían diferentes signos de haber sido violentadas. Rostros tumefactos, coyunturas fuera de lugar y con hinchazones dolorosas, algunas probablemente tenían huesos rotos y precariamente sujetos con trapos. Nadie se movía mucho. Las que más, se acercaban a los baldes de agua para saciar la sed, mojarse las manos y refrescarse el rostro. Un jarro de lata era todo el equipamiento que existía.

Con el dichoso jarrito, recorrí toda la celda llevando un poco de agua a las que no se habían levantado. Pasé por ocho bocas, resecas, partidas, hinchadas, ninguna de las cuales pudo emitir una palabra. Simplemente me miraban agradecidas por un instante y sus ojos se volvían a cerrar.

La chica que me había hablado la noche anterior siguió dormida o inconsciente hasta mucho después del medio día. Mojé su boca varias veces y le limpié el rostro, pero no hubo reacción. Respiraba bien, lo que me tranquilizaba. Era una bella mujer de unos treinta años. Tenía el pelo corto y la piel blanca, bronceada, de persona que está mucho tiempo al aire libre. A pesar de los moretones, la suciedad y las manchas de sangre, se notaba que era una mujer interesante. Uno de sus pechos salía de la blusa completamente y se veía por el pezón y alrededor de él trozos de piel chamuscada con un punto negro en el centro.

Cuando eran aproximadamente las dos de la tarde, según mis cálculos, su cuerpo se agitó convulsivamente. Le sujeté la cabeza firmemente y empezó a gemir. Le pregunté si no quería unos tragos de agua. Movió afirmativamente la cabeza. Tomó unos sorbos del jarro y se aquietó.

Estoy llena de mierda, me dijo en un susurro entrecortado. Me ataron a un catre de hierro, me mojaron de pies a cabeza y conectaron a un enchufe con electricidad una barra con una puntita. Sé que me oriné y cagué todo lo que tenía en las tripas y seguramente la tengo toda endurecida bajo la ropa.

Mi maldita incapacidad de controlar las lágrimas hizo muy difícil el trabajo de sacarle la ropa. Ella no tenía mucha fuerza y tam-

poco se podía mover. Echándole agua con el jarro le hice una especie de limpieza y lo mismo con su ropa interior, que estrujé bien y se la volví a poner. Había aprendido muchas cosas hasta esa hora del día. Yo misma me había higienizado así y volvería a hacerlo más tarde si el agua no terminaba en los baldes.

Fue un día largo y sobrepasado de espanto. Todas las barbaridades que papá me había tratado de contar sin explicitar en qué consistían exactamente acerca de los tormentos y las torturas que el Dr. Francia infligía a sus detenidos políticos, los interrogatorios del Mariscal López asesorado por la Madama en los Tribunales de sangre de San Fernando, las historias a las que había accedido sobre el destino final de los intentos guerrilleros del cincuenta y nueve y sesenta, ya en plena era stronista, eran pálidos e ingenuos relatos enfrentados a lo que constaté en las primeras veinticuatro horas en ese lugar.

Tres días pasaron hasta que de repente gritaron mi nombre en la puerta.

Dos mujeres habían muerto en mi presencia hasta entonces. Una de ellas de una infección, según mis observaciones. La fiebre la fue consumiendo y resultó inútil pedir, rogar, implorar que le dieran auxilio. No teníamos nada que darle, salvo agua. Le derramábamos agua y poníamos unos trapos húmedos envolviendo su cabeza. Pero tenía un brazo roto o fuera de lugar y la hinchazón y el color de la piel cambiaban continuamente hasta que quedaron de un tono morado tirando a violeta. Tenía muchos otros golpes por todo el cuerpo, pero yo sospechaba que la infección del brazo roto se generalizó. Nunca nadie dijo su nombre, ni tampoco de qué parte del país la habían traído, pero estoy segura que era de Misiones,

porque tiempo después de salir me preguntaron por una persona de sus características.

Se la llevaron unas tres horas después de morir. Hedía. Hedía ya antes de morir, y nosotras que seguíamos ahí hedíamos tanto o más que la muerta.

A la otra la trajeron inconsciente después de una sesión. Nunca despertó.

No sabía a qué atenerme con el hecho de que me habían traído y no se acordaban de que estaba allí. Por una parte, me daba una ingenua esperanza imaginar que posiblemente como no figuraba en ninguna lista, nadie sabía que yo estaba allí y no tenían en su programa de actividades el llevarme para un interrogatorio.

Estos pensamientos giraban en mi cabeza con otros no menos desesperados, que la vista del cuadro dantesco a mí alrededor no ayudaba a mejorar.

La segunda madrugada, como a las dos, vinieron y se llevaron de vuelta a mi querida amiga, que ni siquiera se había aún incorporado. Pedí a gritos que no se la llevaran y viendo que no me hacían caso recurrí a insultos. Gritaba y procuraba cerrar el paso de la maldita puerta para que no saliera. Recibí una serie de golpes en todo el cuerpo y uno en especial plenamente en medio de la boca, que me lanzó al piso.

Cuando me recuperé la puerta se estaba cerrando, mi amiga estaba en el corredor y el policía que estaba aún en la celda me dijo que ya se me iban a pasar las ganas de defender a nadie. La puerta se cerró. Me tapé los oídos para no escuchar los lamentos, pero aún así, los oía claramente.

Me vinieron a llevar en la madrugada del tercer día. Iba temblando por el largo corredor. Quería que me mataran. Yo sabía que no podría aguantar. Qué bueno y tranquilizador sería que uno de aquellos seres tuviera un resto de humanidad y me diera un tiro en la cabeza.

Llegamos a una amplia habitación, más sucia que todas las que había visto hasta ahora. Por las paredes se veían manchas de todos los colores cuyos orígenes me daba pavor imaginar. En el fondo había una pileta de lavar ropa, llena de agua sucia, en la que flotaban trozos de materia sólida. En el suelo estaba Roberto desnudo, atado de pies y manos, cubierto de mugre y sangre, inmóvil. A un costado, estaban tres hombres parados, y más atrás, en las sombras, varias personas sentadas, algunas de ellas con uniforme militar. Uno de los que estaban de pie hizo un gesto e inmediatamente levantaron a Roberto y sumergieron toda su cabeza en el agua sucia. Lo tuvieron firmemente sujeto hasta que dejó de patalear y entonces lo sacaron. Le dieron unos hábiles golpes después de ponerle boca abajo y Roberto empezó a vomitar y contraerse en espasmos. Escuché de nuevo mi propio grito. Se elevaba sólo, hacia arriba, hacia el cielo, en dirección al sitio en que estaba mirándolo todo aquel maldito dios que permitía vivir a estos monstruos y concebir estos horrores, a aquel dios de quién papá me enseñó a desconfiar y en quien jamás debería creer.

Pero ahora, yo podía creer en dios, en la santísima virgen y en toda la multitud de santos imbéciles que figuraban en el calendario si eran capaces de venir a auxiliarme.

El hombre que había comandado el grupo que asaltó mi casa

llegó sonriendo hasta mí y me apartó hacia un rincón para que sus palabras no fueran oídas.

Cálmese, señorita. Queremos hacer un arreglo con usted. El jefe quiere hablarle. El jefe es un hombre muy bueno. Deje de gritar, carajo.

Roberto seguía teniendo contracciones. Uno de los que le habían sostenido la cabeza en la pileta le dio otra patada en el estómago. El que era llamado jefe se me acercó. Yo pensé que el jefe de quien hablaban y mencionaban continuamente era la bestia gorda que solía aparecer en los diarios al lado del Presidente. Pero decían jefe a un hombre de unos cuarenta años, flaco, moreno, vestido con un impecable traje oscuro y brillantes zapatos negros. Tenía una pequeña cicatriz sobre el ojo izquierdo y una helada sonrisa permanente en los labios.

Señorita. Mire. Nosotros le podemos tener aquí a su hermano hasta que reviente. Pero no es nuestra intención. Ya nos dio toda la información que necesitábamos. Todo este trabajo de recabar información es importante porque de eso depende la estabilidad de nuestro gobierno. Me entiende. Nosotros somos los que tenemos que velar día y noche para que comunistas ateos como su hermano, no nos conviertan en un satélite al servicio del comunismo internacional. Usted algún día me va a agradecer por esto que estoy haciendo, señorita. Mediante nosotros, que somos los ángeles de la guarda de la ciudadanía, usted va a tener sus hijos en un país decente, libre de la amenaza del comunismo internacional que quiere separar a padres de hijos, quemar las iglesias y oprimir al pueblo. Porque aunque usted no crea, la policía solamente cumple con su deber. No es que seamos una manga de desgraciados

y que por puro gusto maltratamos a la gente. No, señor. Esa es una idea equivocada que los enemigos de nuestro gobierno difunden a los cuatro vientos. En realidad, somos la encarnación y el brazo ejecutor de la justicia, en estos tiempos en que la justicia ya es solamente un recuerdo. Porque qué merece un individuo que escupe la bandera de la patria, que se ríe de nuestras más sagradas tradiciones, que planea cerrar la casa de dios dejándonos en la mayor orfandad que es quedar desamparados del amor divino. Mirá, señorita. Vamos a ser más precisos. Vos dejás que yo te pique y dejamos de darle a este estúpido de tu hermano. Qué te parece. Porque si yo quiero, le damos hasta que reviente que en realidad es lo que merece. Y a vos, en vez de picanearte como a esa que está contigo allá adentro, te doy mi cariño. No es que yo no te pueda coger aunque vos no quieras. Entendéme bien. No se trata de eso. Se trata de que vos, señorita, colabores con este servidor, para que todo marche sobre ruedas, sin violencia ni argelerías. Qué te parece el trato.

Dije que sí con la cabeza. Se llevaron a Roberto arrastrado. Seguía echando líquidos horribles mezclados con sangre. Me condujeron hacia un lugar que yo no conocía. Eran unas oficinas mejor iluminadas. Uno de los tres que me llevó, me dio una toalla de mano y me empujó hacia una habitación.

Bañáte, dijo.

Entré al baño y quise cerrar la puerta. Pero de una patada la abrió de nuevo y la hoja de madera me dio de lleno en la nariz que se puso a sangrar. Los tres se echaron a reír al unísono. Estaban ubicados fuera del baño, pero de tal manera que pudieran ver el espectáculo. Abrí el grifo y me olvidé de

ellos. Me saqué la ropa y me di el más extraño de los baños, con pánico y público. Ninguno de ellos se me acercó. Me miraban muy serios y yo podía sentir sus excitaciones. Se les había encargado que me bañaran. Pero no podían tocarme porque era propiedad del jefe. Uno de ellos se puso a fregar la bragueta y al poco tiempo puso los ojos en blanco. Los otros dos le empujaron hacia la puerta del baño para que eyaculara hacia mí. En ese momento apareció el jefe. El que estaba con su miembro a punto de lanzar hacía mí sus líquidos, recibió una tremenda patada en sus genitales. Salió de la habitación aullando. Los otros dos también se retiraron presurosos.

Estuve en ese lugar durante treinta y dos días. Desde la noche en que me llevaron a ver a Roberto y luego de aquel baño con espectadores, el jefe me poseía todas las madrugadas. Ocurría esto después de las sesiones, que empezaban al filo de la medianoche y se prolongaban hasta las tres y media más o menos, sistemáticamente. Este hecho me convenció que su trabajo lo excitaba.

Aparecía el enviado del jefe en mi celda, me llevaba hasta las oficinas y me obligaba a tomar un baño. Allí aparecía el jefe que me llevaba a la habitación en la que procedía a sacarse el traje, que iba ubicando pieza por pieza, el saco por una percha, el pantalón con las rayas bien extendidas por otra, la camisa, que cuidaba más que a nada, porque tenía los gruesos gemelos de oro que dejaba a la vista y que cada vez que se los sacaba, me miraba a los ojos, creo yo, para que viera lo elegante que se veía con su joya y lo esmerado que era con su cuidado. Finalmente quedaba con los calzoncillos que le llegaban casi hasta las rodillas que parecían enormes por la

flacura de sus piernas y la camisilla que me hacía recordar de las que usaba papá.

Cuando se acercaba, antes de que me pusiera una mano encima, yo ya tenía los ojos cerrados y la mente en blanco. Retrocedía a aquellos días en que lo único que me importaba era el libro que estaba leyendo y con él en las manos, me encerraba en mi dormitorio o en un rincón del patio hasta que me buscaban, me llamaban para comer o que papá se acercara silenciosamente hasta donde estaba y después de mirar el título de lo que leía se alejaba con una sonrisa y yo le seguía para pedirle aclaraciones sobre algún detalle que no había podido comprender.

El jefe me acostaba sobre un colchón y no duraba más de dos o tres minutos. Luego con aire de duque encendía un cigarrillo y comentaba lo magnifica que era su esposa y lo inteligente que eran sus hijos, que los tenía tres de su esposa, dos más de una antigua concubina y uno de una noviecita reciente que no tenía todavía veinte años. Más o menos de tu edad, me decía como queriéndome dar a entender que yo también podría entrar a formar parte de la cofradía.

A Roberto lo dejaron en paz. No salió hasta un año y ocho meses después. A mí me soltaron el día número treinta y tres. El jefe me dio para pagar un taxi. No me devolvieron ni mis anillos, ni mi reloj, ni la cadenilla que mamá y papá me habían regalado cuando cumplí quince, que siempre llevaba puestas.

IX

Llegué a casa como a las tres de la tarde. Era asombroso salir a la calle y ver que la gente caminaba, hablaba, comía, negociaba, en la misma cuadra y hasta en la misma vereda en la que centenares de personas estaban siendo martirizadas sistemáticamente. Dentro de esas paredes era otro mundo. A sólo unos metros, cinco como máximo, del kiosco ubicado sobre la vereda y que vendía todo tipo de frituras, chipa, cigarrillos y gaseosas, y donde se formaba una formidable cola todos los días, existía un sótano en el que estaba enterrado vivo un grupo de personas que por capricho del dictador o de su entorno cercano, no veían la luz desde hacía meses y hasta años.

Salí de ese antro vestida con un pantalón vaquero y una remera que no tenía idea de a quién habrían pertenecido originalmente. Por lo menos se los veía limpios. Durante el breve trayecto hasta casa contuve el aliento esperando que algo sucediera. Que fuera una broma el haberme subido a un taxi, que estuvieran de nuevo esperándome frente a casa, o que me vinieran siguiendo y en cualquier momento me fueran a sacar del taxi y subirme a uno de sus siniestros vehículos hasta algún lugar donde tendrían preparada alguna variante especial de atrocidades.

Recién al entrar a casa pude tener cierta tranquilidad. Ña Belén abrió la puerta. Pegó un grito pronunciando mi nombre y apareció mamá. Las dos me abrazaron y las tres lloramos hasta la noche.

No me querían preguntar. Yo no quería contar.

Solamente aseguré que Roberto estaba vivo y estaba bien. Mamá recorrió mi cuerpo con su mirada y finalmente no viendo huellas visibles, ni que me faltaran uñas en las manos ni los pies, me recorrió con sus manos y me desvistió, llevándome luego a la ducha de su dormitorio donde me lavó y secó. Me llevó a la cama, me arropó y quedé dormida por un rato, hasta que desperté gritando. Cuando sentí que mamá estaba abrazada a mí con los ojos abiertos, dormí por fin toda la noche después del largo infierno.

Raúl, el amigo inseparable de Roberto, vino a casa el domingo a la mañana. Quería saber noticias de algunas personas que habían sido detenidas, si estaban vivas y en ese caso, en qué condiciones se encontraban. Largó una larga perorata por medio de la cual quería expresarme que le dolía mucho que la policía me hubiera "molestado", fueron sus palabras textuales, cuando que yo no tenía nada que ver con el asunto. Me confesó que le preocupaba mucho Roberto y a continuación largó una lista de nombres que jamás había escuchado, de quienes quería tener noticias.

Era el tercer día que estaba libre. Hasta ese momento solamente había podido hablar con mamá y Ña Belén. Llegaba algún pariente o amigo de la familia con intenciones de saludarme y me encerraba en el dormitorio de mamá, que adopté como mío y jamás salía para ver a nadie. Tenía mucho miedo.

No podía soportar que la gente riera, ni llorara, ni alzara la voz y pedí a mamá y a Ña Belén que nunca gritaran por ningún motivo. En la casa se hablaba suave, casi en susurros. Me sentía bien con mis dos mamás y no soportaba que ninguna otra persona hablara dentro de la casa.

Aquel primer domingo de libertad, mamá me dijo que iría a la iglesia para la misa de las ocho.

Estoy feliz y agradecida. No importa que por culpa de tu papá seamos todos ateos en esta familia. Me voy a la iglesia con Ña Belén y voy a dar gracias por la gracia de que estés viva y entera.

Como siempre me puse a llorar. Todo me hacía llorar. Lloraba y lloraba. Estando dormida también lloraba me informó mamá. Se vistieron para la ocasión y fueron a la iglesia después de años. Antes iban para que la gente no hablara, que los parientes y vecinos no murmuraran que éramos raros o diferentes. Papá puteaba a gritos cuando nos preparábamos porque observaba que yo era la más dispuesta a asistir a esos acontecimientos. Le van a volver imbécil a esa criatura, gritaba papá. Finalmente todo lo referente a asistir a la misa se olvidó y peor aún, porque nuestro amigo el párroco un día amaneció muerto sin ninguna razón lógica. La única enfermedad que se le conocía era la calvicie. Sus únicos vicios el cigarrillo, el alcohol y las mujeres y muy de vez en cuando los muchachitos, decían las malas lenguas. Era un hombre saludable, muy inteligente y muy simpático. A mamá le agradaba y en aquellos tiempos no se perdía un domingo de misa.

Ellas salieron y minutos después sonó el timbre de la calle y luego golpearon la puerta. Entré al baño. Me lavé la cara, metí

un chorro de agua en la boca, escupí. El timbre volvió a sonar. Fui corriendo hasta la sala. Sentía arcadas y el vómito se me venía doloroso. Miré entre las cortinas de la ventana. Pude ver la mitad de la cara de Raúl, el amigo de Roberto. Miraba hacia atrás, miraba a los costados y volvía a tocar el timbre. Decidí abrir la puerta.

Raúl entró a la casa después de los buenos días y el permiso de los chicos educados. Quiso darme un beso en la mejilla, gesto que ignoré y me dediqué a ponerle llave a la puerta y mirar hacia el piso hasta ubicarme en un sofá lejos, al otro extremo, esperando que dijera algo que sabía perfectamente me daría espasmos, vómito, dolor y el sonido de su voz sería suficiente para que me pusiera a llorar.

Antes de que hablara ya estaba llorando. Y cuando habló y expresó que sentía mucho que me hubieran "molestado" sin estar involucrada, le saqué a empujones, gritándole que se fuera. El llanto estallaba en mi garganta como una explosión en cadena.

Lo empujé hasta fuera de la casa. Cerré la puerta y quedé temblorosa, llorando, siempre llorando y no me podía controlar.

Mamá y Ña Belén regresaron de misa y yo estaba en el piso completamente trastornada. Raúl estaba detrás de ellas. Había esperado que llegaran. Entró y me observaba con ojos de siquiatra.

Me retiré con toda la dignidad que me era posible dadas las circunstancias, hasta el dormitorio de mamá y seguí llorando. No me podía detener. Entre mis lágrimas, miraba con detenimiento las venas más gruesas de mis brazos y concluí que la

salida más práctica era conseguirme algo bien filoso que me las cortara sin que me dolieran y que saliera por ahí todo eso que me hacía tanta presión en la cabeza.

Mamá se acostó sobre mí. Mi estómago empezó a contraerse y distenderse. Ella trajo una toalla, después un balde y finalmente limpió toda la inmundicia que me había salido de las tripas, me abrazó de nuevo y mi estómago se aquietó. Vomité un poco de bilis de nuevo y mis ojos se quedaron secos.

No volví a llorar. Pero mi forma de ser, generalmente espontánea y alegre, fue transformándose. Me convertí en una sombra callada, envuelta en un espeso silencio y en una densa humareda, merced a una perla que agregué a mi persona: me volví adicta al cigarrillo. Fumaba continuamente, un cigarrillo tras otro.

No quise ni pensar en volver al banco. La idea de salir a la calle me erizaba la piel y el pánico ablandaba mis rodillas

Mi entretenimiento favorito consistía en comprar un montón de botellas de cerveza, encerrarme en la sala y tirarme al piso con botella, vaso, cenicero, paquete de cigarrillos, encendedor y silencio. Me pasaba horas así y hasta me quedaba dormida sobre el piso. Me despertaba sola o Ña Belén me tiraba de la ropa para pedirme que fuera a la cama. A veces accedía y otras me quedaba allí hasta el día siguiente. Si iba hasta la cama me acostaba con mamá y ella me pedía que me diera una ducha, porque no soportaba mi olor a cerveza y tabaco. Aunque supiera que me lo iría a pedir, primero me acostaba sucia como estaba. Una vez que solicitaba me diera la ducha, entonces me bañaba y después me tiraba a la cama desnuda y

me hacía la dormida. Mamá, con infinita paciencia me ponía alguna ropa y me abrazaba. Era como una ceremonia en la que me volví chiquita y mamá adoptaba su papel.

Como ya no lloraba no me podían consolar, pero mi silencio las volvía locas y me asaltaban a preguntas, si qué estás pensando, si qué querés comer, si querés salir a dar una vuelta por el centro, si por qué no contestás cuando te hablo, hasta empezar de nuevo con qué ideas están pasando por tu cabeza, decíme Nita. Decíme algo por favor.

Mi mutismo no se debía a que no quisiese hablarles o porque las quisiera agredir o culpar de alguna cosa. Sencillamente tenía la cabeza llena de imágenes de la pesadilla que había vivido en el Departamento de Investigaciones y si abría la boca para intentar decir algo me pondría a gritar, cosa que no se vería razonable. La última visión que danzaba como un show interminable en mis retinas, era la de la chica de pelo corto, corriendo y riendo por los siniestros corredores, sin ninguna ropa encima y en completa demencia. La habían dejado suelta afuera. En la celda no se la podía tener. Se acostaba sobre cualquiera a fregarse el sexo o las atacaba como si ella fuera un hombre o gritaba predicciones y profecías atroces, con un vocabulario soez como en mi vida había escuchado. Agredía físicamente a cualquiera, lastimaba cruelmente a quien tomaba como víctima hasta que por el griterío y la batahola que se armaba, venían los guardias. Para entonces, ya no tenía ni un pedazo de trapo que la cubriera. Mugre y rastros de golpes eran su atuendo. Al principio todos los policías que se cruzaban con ella la toqueteaban y pellizcaban y todo aquel que quiso la violó, pero después hasta a ellos les daba asco.

Por eso me encerraba en mí misma bloqueando mi comunicación con el mundo, para que tampoco escucharan los gritos de los que estaban de turno para la sesión, para que no vieran en mis retinas las imágenes de las mujeres muertas, para que no se percibiera por mi aliento el hedor de las heridas abiertas en descomposición de los cuerpos lacerados, martirizados una y otra vez. Todo eso encerraba sellando mi boca y tirando humo delante de mis ojos, para que del depósito nauseabundo en que se había convertido mi cuerpo, no escapara ninguna manifestación indeseable.

Mis días siguieron iguales hasta tres semanas después, en que llegó de nuevo Raúl un domingo a la mañana. Ya no tuve la misma reacción. Abrí la puerta y le hice pasar a la sala.

No abrió la boca ni para decir buenos días, así que tampoco yo emití sonido. Me senté al otro lado, frente a él y de vez en cuando le echaba una mirada. Se había afeitado la barba y el bigote. Con la cara limpia se veía lo joven y flaco que era. Miraba el piso con una intensidad muy extraña y de pronto se puso a llorar. Al principio parecían rugidos, luego hipaba con un sonido gutural, ronco, como si se ahogara. Se sacó los anteojos y luego se pasó el dorso de la mano varias veces, secándose las lágrimas que no paraban de fluir. La situación me pareció extraordinaria y muy divertida. Eso de visitar mi casa, no decir una palabra y sentarse a llorar frente a mí me daban ganas de reír.

Por primera vez en mucho tiempo y por razones muy poco católicas, las ganas de reír me vinieron al espíritu como un baño fresco y relajante. El muchacho flaco sentado en frente lloraba a más no poder y yo sentía que suavemente la risa afloraba en

mi boca como una canción que venía de lejos. Era poco más de las ocho y media de la mañana y mis mamás se habían ido a misa. No había desayunado aún, porque desperté sin ganas de nada, pero en la circunstancia en que me encontraba, no se me ocurrió mejor salida ni más genial idea, que ir hasta la heladera en busca de dos vasos y una botella de cerveza.

Cuando regresé, Raúl seguía en lo mismo, así que llené un vaso hasta los bordes y se lo pasé sin decir palabra. Tomó la cerveza hasta la última gota y me devolvió el vaso. Lo llené de nuevo y se lo regresé. Lo volvió a vaciar y se calmó. Limpió sus anteojos con el borde de la remera y luego se los puso. Me ubiqué un poco más cerca de él para poder llenar el vaso sin tanto desplazamiento y pronto la botella terminó y fui a buscar otra.

Vaciamos cinco botellas antes de decir nada. De vez en cuando nos mirábamos. Yo seguía riéndome suavemente. A veces se me escapaba una carcajada, pero a lo largo de lo que duraron las cinco botellas las ganas de reír se mantuvieron firmes. Y cuando hablamos fue para comentar lo rica que era la cerveza aunque se la tomara como desayuno. Mis mamás nos encontraron riendo muy divertidos por alguna tontería que no recuerdo y aunque se las notaba preocupadas al principio, respiraron aliviadas de verme así, hablando y riendo aunque estuviera un poco borracha a esa hora de la mañana.

Las visitas de Raúl se hicieron frecuentes. Venía a cualquier hora y hablábamos de cualquier cosa que no fuera mi experiencia como detenida política. Un día trajo el poemario que me había mencionado, el que no pudo ser lanzado nunca. Leí algunas páginas y no me sonaron mal. No soy muy adicta

a leer poesía y muchos célebres poetas no me dicen nada. Del endiosado Neruda me gustan solamente sus poesías eróticas. El resto de su obra me cae plomífero y politiquero, así como el idolatrado poeta nacional Elvio Romero. Insufrible. Se pasó la vida imaginando una revolución que no existía sino en su imaginación. De los poetas paraguayos leía con ganas algunos de Herib Campos Cervera y me encantaba el "Canto Secular", de Eloy Fariña Núñez, amado por papá, además de algunos poetas jóvenes que solían aparecer en los suplementos de los diarios del domingo, Miguel Ángel Fernández en especial. Papá decía de él: "Profundo. Esencial". Me aprendí de memoria "Epitafio para un poeta", "Los años de la noche", que le recitaba a papá cuando se le ocurría tomar unos tragos de "Aristócrata" con hielo, y yo lloraba con "Grisín", una elegía tierna a su mascota. Me gustaban además, de los españoles, primero que nadie el preferido de papá; Juan Ramón Jiménez, el intenso, el de la palabra exacta, repetía siempre. Luego Manuel y Antonio Machado, Jorge Manrique y los religiosos Juan de la Cruz y Teresa de Ávila, que me encantaba leer porque todo lo relacionaba con el amor entre hombre y mujer y papá me confirmaba que así había que tomarlo incluyendo a su lejano ejemplo original, "El cantar de los cantares" de Salomón, que él pensaba que de ninguna manera el autor se habría inspirado en Jehová sino en las mil esposas y dos mil concubinas que vivían aglomeradas en su patio trasero. Además, algunos franceses e ingleses medio chiflados como Baudelaire y D. Thomas, a quienes leía traducidos al español, lastimosamente, sin poder entenderlos en sus lenguas originales. Sobre ese aspecto, papá siempre me recordaba que al leer una obra traducida, muchas de las locuras verdaderamente

importantes se perdían o se transformaban a propósito y me ponía como ejemplo tres diferentes versiones de la Biblia que tenía en su biblioteca.

Los escritos por Raúl tenían algo que atraían. Sus poemas eran sencillos, sin rebusques raros. En la mayoría de ellos la emoción y la ternura se revelaban ante hechos simples y cotidianos. Una pandorga olvidada, arrumbada en un rincón de la casa, sin haber podido nunca levantar vuelo por culpa de un palito torcido que la hacía bambolear muy raramente hasta precipitarse y caer al suelo. Una pequeña falla, posiblemente escrita en los genes de la tacuara, o por la ubicación de la planta al nacer con respecto a la luz, hacía que una de las varas de la estructura de la pandorga tuviera una ligera ondulación imperceptible a los ojos, que pudiera remontar vuelo pero no mantenerse arriba como debería ser su destino de pandorga, meciéndose en las alturas en completa libertad, sino cabecear repetidas veces hasta dar en tierra. El motivo de este poema despertaba en mí inquietudes e imágenes sobre los ocultos e intrincados caminos del azar y de las pequeñas causas que juntándose a otras también inadvertidas, ocasionan hechos trascendentes sin tener conexión aparente entre ellas.

Al mismo tiempo, la lectura del poema me empujó a indagar sobre dichos artefactos. Jamás había tenido la oportunidad de hacer volar una y ni siquiera tuve alguna nunca en mis manos para analizar cómo estaban hechas.

Raúl fue detallándome paso a paso el proceso de fabricación, desde la elección de la tacuara, el corte y pulido de los palitos, su peso y grosor, el cálculo exacto de las medidas, tanto del largo de ellos como del tamaño del barbijo y la colera, de lo

que dependía que la cometa tuviera señorío y equilibrio en el vuelo aunque soplara el desquiciante viento norte con toda su fuerza.

Descubrí, a través de aquellas conversaciones, aparentemente baladíes y sin ningún objeto, a otra persona, dulce y cálida, dentro de aquella cáscara que tanto me desagradaba al principio. Y hasta la misma cáscara fue lentamente descubriéndose agradable. Sonreía mucho y entendí finalmente cuál era el objetivo de su charla y sus historias. Quería entretenerme, divertirme y cuando conseguía hacerme reír, se quedaba mirándome con la misma expresión concentrada de descerebrado que ponía Ramón antes de lanzarse sobre mi boca como una ventosa.

Pude darme cuenta entonces que estaba enamorado de mí.

Ramón. No volví a pensar en él. Ni lo extrañaba. Estando presa a veces me asaltaba la ilusión que él estaba moviendo cielo y tierra, hablando con las autoridades políticas, pidiendo por mí, por mi liberación, que de un momento a otro aparecería alguien, no sé quién, una persona importante, una alta autoridad pronunciando mi nombre y sacándome del infierno.

Pero eran ilusiones que no tenían asidero. Cuando las luces de su auto se alejaron dejándome allí en medio de mis captores, supe que estaba desentendiéndose de mí. Un tiempo después de salir, mamá me contó que al día siguiente de mi apresamiento viajó a San Pablo, Brasil. Mamá sabía quién era su papá y el tremendo peso que tenía en las altas esferas del poder y quería rogarle que hiciera algo por mí. Llamó a su casa pero no le dieron ninguna información. Llamó luego al

banco en donde trabajaba. Allí le dijeron que había solicitado su retiro de la institución para viajar al Brasil, donde tomaría unos cursos de especialización sobre banca comercial. Era posible que se reincorporara al banco, pero no en un tiempo menor a dos años.

Mamá me contó el episodio anticipándose a la posibilidad que se me ocurriera tratar de encontrarlo. Con cautela fue desgranando los datos esperando de mí alguna reacción de dolor por la forma en que mi novio me había abandonado. Pero no me causó dolor. Se sumó al listado de desilusiones varias. Ni más importante ni más pequeña que las otras.

Desde que descubrí en la mirada de Raúl ese destello de extravío que delata al enamorado, nuestra conversación se fue volviendo más personal, creo que por mi interesada curiosidad. La iba encausando hacia sus recuerdos queridos de la infancia, hacia sus hermanos y sus padres, de quienes tenía muy dispar concepto.

Su padre no había sido una persona afectuosa. Era un viejo abogado liberal como papá, con la pequeña diferencia que se trataba de aquellos que habían sabido acomodarse al aire de los tiempos, por decirlo de algún modo. Toda la atención del padre estuvo siempre concentrada en el hermano mayor, también abogado y con su mismo nombre. Cuando Raúl ingresó a la universidad, el hermano mayor ya era socio del estudio jurídico.

Raúl cursó los seis años sin mucho entusiasmo pero con muy buenas notas. Le faltaban tres materias del último curso cuando vino la oleada de detenciones. Los ánimos se le bajaron al piso

y le costaba retomar. Entonces decidió suspender los exámenes hasta el siguiente período. En realidad estaba culminando la carrera para no causarle una desilusión a su madre. Ella era una mujer muy especial según contaba, menudita, tierna, silenciosa, con la consigna permanente de pasar desapercibida cuando estaba el marido en la casa. Pero apenas éste salía, se transformaba en una dínamo creadora y proveedora de toda la alegría que fuere necesaria para la casa. Tenía especiales atenciones con cada miembro de la familia, con las empleadas domésticas, con el peón de patio y hasta con los perros; una pequeña yorkshire llamada Manyuri, inteligente y educada a quien siempre tenía cerca y un viejo pastor alemán que empezaba a perder los dientes. Era activa, poseía una gran cultura y había pasado parte de su niñez y su juventud en Montevideo, donde sus padres estaban exilados. Se recibió de maestra normal y luego hizo una especialización en pedagogía, pero nunca ejerció. Recién recibida conoció al joven y brillante abogado que se convertiría en su amo y señor. Raúl sospechaba que en los primeros años de matrimonio golpearla era un hábito de su padre. A esa conclusión había llegado después de algunas manifestaciones de su madre que revelaban un miedo cercano al pánico irracional, cuando se trataba de realizar alguna actividad sobre la que existían dudas de la aprobación paterna. Con eso no jugaba. No sabemos qué dirá tu padre, sellaba el fin de algún proyecto. Saliendo de ese terreno, era una persona entendida que guiaba a sus hijos en sus estudios con gran acierto y los llenaba de cariño. Con Raúl desarrolló una relación intelectual muy profunda y juntos leyeron libros cuya existencia el papá desconocía. Entre las docenas de maletas y bultos que vinieron de Montevideo cuando se casó,

varios estaban llenos de libros que permanecieron guardados en una habitación en la que se tiraban los trastos inservibles, los artefactos descompuestos, los muebles rotos.

Pero ella sabía que sus libros seguían allí, porque cuando los necesitó fue directamente a buscarlos. Así ocurrió una mañana de verano, muchos años atrás, cuando Raúl tenía dieciséis y estaba por iniciar el último año de la secundaria. Todas las dudas enturbiaban su cabeza con respecto a qué carrera iría a seguir. Estaba seguro que la abogacía le gustaba tanto como a su papá y al hermano mayor, pero no deseaba ser como ellos. Conocía todas las trapisondas que ambos cometían acrecentando la fortuna familiar con cada negociado y además, odiaba la imagen prepotente, grosera y desagradable que ambos proyectaban.

Pero si no estudiaba derecho no sabía cuál otra carrera seguir. Para médico no había nacido, eso lo sabía muy bien, por la aversión que le tenía a todo lo relacionado con enfermedades, inyecciones y dolores. Menos aún veterinaria, ni agronomía, ni química, ingeniería o arquitectura. Le hubiera gustado poder seguir historia o letras, pero ésas no eran profesiones ni carreras según el concepto del papá.

Aquella mañana de verano su mamá lo arrastró hasta el depósito de las cosas inservibles. Procedió a la apertura de unas viejas maletas apiladas una sobre otra en el fondo de la habitación, para lo que tuvieron que sacudir una montaña de polvo y miles de metros de telaraña.

Fueron saliendo así, tomo por tomo, una pequeña pero muy diversa biblioteca, conformada por libros de texto de la uni-

versidad, donde encontró lo que buscaba para ayudar a Raúl a definir su futuro, muchas obras literarias y algunos libros muy específicamente políticos, que la madre recomendó que no enseñara a los abogados de la casa. Después de definir su innegable vocación de abogado, con su madre hizo un riguroso recorrido por las páginas del "Qué hacer" de Lenin, "El Libro Rojo" de Mao, "Literatura y Revolución" de León Trotsky, a enterarse que en Uruguay existía un grupo guerrillero llamado "Tupamaros", cuyo objetivo era tomar el poder a través de una gran insurrección popular, a manejar y reprocesar las informaciones que venían en los diarios mediante un método de análisis marxista, a enterarse que el mundo estaba dividido en dos bloques ideológicos antagónicos y preocuparse de lo que ocurría en la sitiada República del Paraguay.

En el segundo año de la universidad conoció a Roberto a través de otros amigos y juntos fueron conformando una extensa red de círculos de estudio de literatura prohibida. Con el tiempo supieron de la existencia de otras organizaciones que estaban en trabajos similares, con las que iniciaron relaciones cotejando información, propósitos y objetivos. Una de ellas era otra red de círculos llamadas células, manejadas y dirigidas por el partido comunista desde Buenos Aires y que actuaban a través de algunos elementos infiltrados en el movimiento estudiantil. Finalmente contactaron también con pequeños grupos que trabajaban en comunidades rurales y colonias de agricultores en el interior, dirigidas por curas identificados con la Teología de la Liberación.

Desde la creación de los grupos de lectura se había impuesto como norma no utilizar los nombres verdaderos de los inte-

grantes de los grupos ni sus direcciones, para el caso de que cayeran en manos de la policía. Al principio todos aceptaron emocionados sus respectivos nombres de guerra y se hacían llamar por ellos. Pero con el tiempo y la guardia baja, ya habían pasado más de dos años sin que la policía se enterara de estas actividades, concluyeron muchos de ellos que la policía era estúpida y que su fama de infalible se debía a no haberse enfrentado nunca con chicos inteligentes.

Finalmente, la mayoría se trataba con sus nombres verdaderos y conocían sus respectivas direcciones, tanto de los componentes del propio circulo, como de otros a los que fueron accediendo y con quienes fueron relacionándose, hasta convertir el movimiento en una especie de club. Asistían a los mismos espectáculos, hablaban con la misma terminología, leían o decían que leían los mismos libros, se vestían de la misma forma y provenían del mismo estrato social. Raúl, más que por miedo a la policía, a la posibilidad de que su papá o su hermano mayor descubrieran sus actividades secretas, se esmeró en no dar a conocer su verdadero nombre, ni la dirección de su domicilio aún a la gente en quienes confiaba plenamente, como Roberto y su novia.

Por otra parte, jamás asistía acompañado a los festivales o espectáculos, para que no lo vieran ni lo relacionaran con nada ni con nadie. Adquirió fama de huraño y argel, pero uno de los puntos importantes de la actividad revolucionaria era el relacionado con la seguridad, le repetía diariamente su madre después de leer juntos algún capítulo de "Actas Tupamaras", volumen que había llegado recientemente a sus manos a través del tío Jorge, hermano suyo que residía en Montevideo

y les proporcionaba en cada visita algún nuevo material de lectura. El se llamó Raúl desde el principio y para todos los fines y en el famoso cuaderno que caería en manos de la policía, figuraba ese nombre pero ningún otro dato, por lo que tampoco el poseedor del dichoso cuaderno pudo esclarecerlo a pesar de la tortura. Ese era el motivo por el que la policía no se lo había llevado. Al número dos de la lista se le incautó el cuaderno de cincuenta hojas de tapa dura, en el que figuraba el listado completo con nombres y direcciones de todos los que participaban en los círculos y que según la teoría ya estaban en condiciones de iniciar la segunda etapa de la lucha revolucionaria. En la primera habían leído un par de libros y pintado consignas en cuatro muros de la ciudad. Esta segunda etapa se caracterizaría, decía en el cuaderno, por el inicio de acciones de guerra de guerrilla propiamente dicha, asaltos a entidades bancarias, robo de armas, ajusticiamiento de algunos militares y policías responsables de homicidios y torturas de campesinos y líderes populares y la toma momentánea de radioemisoras para dar a conocer proclamas y manifiestos de la organización.

Raúl fue poniéndome al tanto de esos entretelones, al principio con mucha cautela, pero después se entusiasmó. Ya no omitió detalle alguno. Me quedaba extasiada escuchándolo. Me sonaba a novela de aventuras. Comprendí el motivo de tanta saña en la represión y disculpé hasta cierto punto a Roberto su insoportable forma de ser. Raúl se convirtió en mi héroe privado, un poco flaco y un poco pequeño de estatura y con una conciencia de culpa muy arraigada a causa de los acontecimientos de los que se creía responsable.

Una de aquellas tardes descubrí que tenía los labios sensuales, las pestañas largas y la mirada firme, que su nariz, aunque un poco grande, le daba un aspecto muy varonil y que sus manos, un tanto femeninas con los dedos finos y largos, eran tan suaves que cuando por casualidad me rozaban, me producían un dulce estremecimiento.

En mitad de la frase"Soy culpable de muchas de las desgracias que ocurrieron y nunca voy a poder perdonarme..." lo acallé con un beso. Hacía muchos días esperaba que él diera el paso. Pero él no lo daría. Estaba hipnotizado por los movimientos de mis labios, atontado por el sonido de mi voz, según me confesó después, pero no se atrevería a tocarme las manos ni acercarse antes de que claramente le diera a entender que no lo rechazaría y que también estaba deseando su abrazo.

Fue un beso muy largo y una tarde muy bella. Hasta hoy lo guardo entre los mejores recuerdos de mi vida. Ese beso tenía el sello del pasaporte de retorno a la vida. Me amó con tanta ternura. Ignoraba que se pudiera ser capaz de amar así. La tarde fue cayendo lentamente hasta que las sombras se adueñaron de todos los rincones de la sala. Nos amamos en el piso, sobre la alfombra puesta, en medio de los sofás. No sé si mis mamás se percataron de lo que ocurría y no nos quisieron molestar o es que no se dieron cuenta de nada.

Era noche cerrada cuando nos vestimos y encendimos la luz del velador. Raúl se despidió con un susurro. Yo quedé un largo momento sentada, sintiéndome amada, querida, apreciada, viva, en éxtasis, saboreando todavía en mi piel, en cada parte de mi cuerpo, la sensación maravillosa de haber vislumbrado las puertas del cielo.

Fui amante de Ramón durante mucho tiempo. Y aunque él se esforzaba en ser atento y cariñoso, los encuentros se parecían mucho a una justa deportiva en la que se hacía un despliegue de forma física. Él incorporaba en cada ocasión alguna variante que me sorprendía, hasta que llegué a la conclusión de que leía revistas de sexo y se aprendía alguna nueva lección por semana.

No digo que no haya disfrutado de cada una de las locuras con que se venía, pero el espíritu y la actitud de él, "te conquisto, te domo y te monto mi potra y sé que te gusta que te monte así como te estoy montando mi potra", hacía que concluyera con la sensación de haber sido cogida. Había gozado, me gustó hasta el delirio, fue fantástico, pero me sentía cogida.

Por eso percibí tan diferente el encuentro con Raúl. Por primera vez me habían amado y a mi vez pude amar con mi cuerpo y mi pensamiento integrados y vibrando al unísono.

Me acosté temprano. Me sentía un ser humano después de largos días. Cené con buen apetito y no quise tomar cerveza. Mamá dormía a mi lado, tranquilizada por haber podido leer una carta de Roberto, de su puño y letra recibida por intermedio de un suboficial a quien dimos dinero. Hacía un poco de frío y se estaba bien debajo de las mantas y cerca de mamá.

A las once sonó el teléfono. Alcancé el tubo y mamá se sentó en la cama asustada y completamente despierta. Era Raúl.

Nita. Quiero casarme contigo. Mañana si es posible. No puedo vivir sin vos ni un sólo día más.

Quién es, preguntó mamá.

Raúl, dije. Quiere casarse conmigo mañana.

Ah, bueno, dijo aliviada. Se acostó, se cubrió con el edredón y al rato escuché su respiración acompasada de sueño profundo.

Nos casamos nueve días después.

X

Aún hoy, mirándolos desde lejos, aquellos fueron los momentos de plenitud, de felicidad como no recuerdo haber sentido nunca. Aunque Roberto siguiera preso y constituyera una permanente y dolorosa realidad de la que no podíamos alejarnos, descubrirse enamorada y sintiendo intensamente la pasión correspondida, conmueve tan profundo que trastorna y desdibuja todo lo antes vivido, reposiciona relaciones, da nueva gradación a los intereses y alumbra con una luz distinta las cosas cotidianas, tornándolas diferentes, novedosas y extraordinarias.

Hicimos los trámites legales y nos casamos en el Registro Civil, en una ceremonia breve, a la que asistieron dos tíos y sus esposas, a quienes pedimos que firmaran como testigos, además de mamá y Ña Belén. Todo el festejo consistió en un almuerzo en casa y como el hecho en sí, no tenía para mí una importancia ni interés especial, a la que se veía verdaderamente radiante era a mamá. Aunque a Raúl no le tenía especial simpatía al principio, terminó aceptándolo considerando el mérito de haberme sacado del pozo en que me encontraba.

Raúl no consiguió que asistiera su mamá pero contaba con su aprobación. A los abogados, como él decía, ni les mencionó el asunto.

Alquilamos un departamento no lejos de la casa de mamá, sobre la calle Tacuarí, subiendo hacia Tte. Fariña. A mí no me importaba dónde, pero quería estar sola con él, sin presencia ni mirada de terceros. Mamá había insistido en que nos quedáramos a vivir en su casa, siendo ésta tan grande y estando tan solas con Ña Belén.

El departamento era pequeño pero tenía todo lo que necesitábamos. Durante la primera semana, como mueble sólo teníamos la cama. Estábamos muy felices y era lo único que necesitábamos. Recién a lo largo de la segunda semana de casados, fuimos trayendo otros escasos muebles y la vajilla imprescindible.

El departamento estaba compuesto de dos dormitorios, un comedor que hacía también de sala o recibidor y una cocina. Cuando lo fuimos a mirar por primera vez, Raúl me había dicho por el segundo dormitorio, esta será la habitación de nuestro hijo. Lo dijo sonriendo con esa soñadora expresión de niño que a veces descubría en su mirada. No le respondí, pero sentí como una descarga eléctrica. Con Ramón había evitado el embarazo utilizando preservativos, lo mismo que ahora con Raúl. Pero durante mi estadía en Investigaciones, con el asqueroso policía no fue posible cuidarme. Fueron treinta y tres días que estuve adentro. La noche que entré había empezado mi período, fuera de tiempo, pero por última vez.

Estaba cumpliendo dos meses sin que me bajara. Hacía días que me venía preocupando. Lo tenía como una amenaza latente sobre la cabeza. Cuando perdí la esperanza de que se normalizara la situación, también terminó mi alegría. Raúl dijo que me notaba ausente, que andaba distraída, que no le gustaba mi silencio porque le recordaba a los primeros días en

que salí. Le respondía que no se preocupara. Que sencillamente era posible que estuviera agotada por tantas vivencias extenuantes y que mis nervios necesitarían un descanso.

Como nunca, en esos días se esforzó por alegrarme.

Con quién hablar. A quién pedir ayuda. A mamá no podía recurrir. No quería darle los horribles detalles de lo que me había visto obligada a permitir que me hicieran para que dejaran en paz a Roberto.

Dejé pasar una semana durante la cual me cerré de nuevo, esperando que un milagro sucediera antes de tener que tomar una decisión. Entonces hablé con Raúl. Le expliqué que estaba embarazada. Que el hecho había ocurrido contra mi voluntad y que no deseaba que llegara a su culminación, porque no estaba preparada para recibir a la criatura. Antes de que pasara más tiempo debía someterme a un aborto.

La palabreja de mierda sobresaltó a Raúl. Me abrazó tiernamente. Me susurró que lo volviera a pensar. Que él respetaría la decisión que yo tomara, pero que ahora ya no estaba sola. Que él estaba junto a mí para lo que fuera. Pero que someterme a la operación me haría muchísimo daño y que en estas cuestiones el arrepentimiento posterior de nada servía.

Así, hablándome con dulzura, me llevó hasta la cama. No le había mencionado, no era capaz de insinuar nada sobre la certidumbre que yo tenía de quién era el padre de la criatura. Raúl, aunque fuera ingenuo, detalle que me encantaba de su persona, no era estúpido. Con una simple suma y resta, con un simple análisis de lo que habíamos vivido juntos podía darse cuenta que el embarazo no se había producido a partir

de él. Aún así, día a día, momento a momento, me fue convenciendo que era necesario que tuviera al bebé. A ese coro se unieron mis mamás, a quienes Raúl interiorizó de mis intenciones, pero ellas estaban aún más lejos de poder entender lo que me ocurría.

Cuando finalmente por cansancio accedí a los ruegos, todos entraron en la locura de hacer listas de nombres, buscar un médico de confianza, comprarme vitaminas, frutas y atosigarme con cuanta idea antojadiza se le ocurre a la gente en estas circunstancias.

La alegría de Raúl era el hecho que más me sorprendía. Estaba pendiente de todo lo que me ocurriera. El mínimo cambio en mi cuerpo era detectado por él y se convertía en fuente de emocionados comentarios. Se compró un libro que diariamente consultaba para después darme explicaciones sesudas sobre lo que estaba ocurriendo conmigo.

Pero yo iba percibiendo diariamente la lenta metamorfosis como el último juego cruel al que me sometían por ser hermana de Roberto, por haber nacido mujer o tal vez por la maldita casualidad de haber nacido en este país de mierda.

Cuando percibí movimientos en mi panza me asusté. Allí dentro estaba creciendo un monstruo. Estaba sentada desayunando con Raúl cuando sentí que daba golpecitos. Pegué un grito que alarmó a Raúl. Le señalaba mi panza con espanto sin poder hilvanar una frase. El creyó que tuve alguna hemorragia o cosa así y después de comprobar que nada malo estaba pasando, sino simplemente que el bebé ya era capaz de hacerse sentir, me llenó de mimos, me tranquilizó, me invitó a dar una

caminata bajo el tibio sol de invierno, que decía, nos haría mucho bien. Para él todo era motivo de fiesta. No veía la hora que el bebé naciera. De repente le volvieron las ganas de estudiar y fijó como meta recibirse de abogado antes de la fecha del alumbramiento, objetivo que logró sin inconvenientes.

No podía entender cómo no se daba cuenta que algo me pasaba. No sabía discernir si su entusiasmo y euforia permanentes eran una cortina de humo para ocultar sus verdaderos pensamientos o para ignorar y desentenderse de lo que yo pensaba y sentía. Mi desesperación ante la sordera que reinaba a mi alrededor, incapaz de oír nada que no fuera bonito, bello, alegre, maravilloso, esperanzador y feliz, crecía al mismo ritmo que mi panza. Resignada asistía a los últimos controles, en donde también escuchaba mucho de lo mismo, de parte del médico.

Todo está bien. Todo está en orden. El corazón del bebé suena fuerte y claro. La mamá está en óptimas condiciones. Está en el peso ideal. Los análisis no pueden ser mejores. Solo falta subir un poco ese ánimo y tener el espíritu optimista. Todo saldrá bien. No hay de qué preocuparse.

El bebé finalmente nació en una operación cesárea porque no tenía indicios de contracciones y la fecha estaba llegando a su tope. Si la idea de Raúl era mostrarse ciego ante las evidencias, frente a mí, el médico le explicó que de acuerdo a sus cálculos y la fecha de la concepción, el bebé ya estaba completamente maduro y no se podía seguir esperando. En la fecha que señalaba el médico en su calendario, como el día en quedé preñada, yo estaba en Investigaciones y faltaba un mes para que Raúl se acercara a mí. Ni pestañeó, ni se inmutó siquiera. Dijo

estar completamente de acuerdo con la postura del doctor y que habría que realizar la cesárea en cuanto dispusiera.

Cuando salimos del consultorio siguió con sus explicaciones sobre las conveniencias de realizar de inmediato la operación para evitar cualquier peligro que pudiese correr el bebé pasándonos de la fecha.

Me internaron esa misma noche en un sanatorio ubicado a la vuelta de la casa de mamá. A las ocho de la mañana me llevaron a la sala de operaciones. Raúl y mamá me acompañaron hasta la entrada del quirófano. La tensión en el rostro de ambos era patente.

Desperté cerca de las once. Estaban los dos en la sala. Me hablaban sin parar de la hermosa niña que había nacido, que estaba sana y se me parecía mucho. Sentía algunas molestias en la cabeza y un dolor intenso causado por una especie de cuchillo que se divertía girando adentro. La enfermera me aplicó un calmante y todo se volvió más llevadero.

Trajeron al bebé y lo acostaron a mi lado. Ya estaba bañada y vestida y dormía plácidamente. Giré la cabeza todo lo que pude para mirarla de frente.

Era idéntica al policía.

Jamás amamantaré a esta niña, fue mi inmediata determinación. Pedí con un gesto a mamá que se acercara y le dije al oído que llevara de mi lado a la criatura. En sus ojos pude ver espanto. Cerré los míos aparentando dormir.

Los días siguientes fueron de dolor. Me dolía el pecho que reventaba de leche. Se derramaba sola y me empapaba la ropa.

Me ponía una toalla que a cada rato tenía que cambiar. Las enfermeras se turnaban con los médicos para hablarme, aconsejarme, intentar persuadirme de alguna manera, que acostara a mi lado al bebé y le diera el pecho. Me mantuve firme.

Vino un doctor a quien no había visto antes. Posiblemente era un siquiatra. Tampoco tuvo éxito.

Pero lo que verdaderamente dolía era Raúl. Dolía ver su mirada.

Estás loca, me decía. Estás enferma de maldad. No es posible que te niegues a dar el pecho a tu hija que llora de hambre, mientras tu leche se derrama inútilmente.

Cada vez que por casualidad nuestras miradas se cruzaban, me tiraba esos mensajes. En su expresión ya no se veían ni amor ni simpatía.

Se hizo cargo de la criatura. A la mañana muy temprano, luego de cambiarle los pañales y darle la leche del desayuno, se vestía para la oficina y cargaba el bolsón con las ropitas de la nena hasta la casa de mamá. La dejaba a cargo de mis mamás y se iba a su oficina. Había conseguido un empleo como asesor jurídico en una empresa importadora. Volvía como a las siete y media de la tarde, con el bebé recién bañado, limpio y oliendo a colonia. Casi no hablábamos. Apenas lo indispensable. Simulaba que no pasaba nada. Que estaba todo bien. Le preguntaba cómo le fue en la oficina, cómo se portó la nena en la casa de la abuela, pero nada muy comprometido, no fuera que me preguntase en serio qué carajo me pasaba.

Mi alegría, mi risa, mi felicidad, mi amor, mis deseos, eran un recuerdo. Un sueño. Un breve sueño del que desperté

abruptamente. Mi vida había acabado. No cumplía aún veinte años pero ya nada me quedaba por hacer. Nada tenía sentido para mí. Con qué excusa viviría otros veinte años. Cuál sería la justificación para seguir acumulando desgracias propias y sufriendo además con las ajenas que sin proponerme iba causando a las personas que más quería.

Fui penetrando en un túnel oscuro y silencioso cuyo final no me era posible alcanzar a ver. Mis ataques de llanto volvieron a ser una constante. Raúl salía en la mañana y yo quedaba en el departamento a recorrerlo como un animal enjaulado. Iba de una habitación a otra, a la cocina, a prepararme una taza de café que dejaba a medio tomar. Volví a los cigarrillos que durante el embarazo me obligaron a dejar.

Cuando a la noche llegaba Raúl, lo primero que hacía era abrir las ventanas para que el aire se renovara. Después recogía las colillas que yo tiraba en el piso, los ceniceros repletos, los limpiaba y sacaba la basura. No me reprochaba nada. Me preguntaba si había comido algo. Siempre respondía que sí aunque no hubiera probado bocado en todo el día. Pero por los cubiertos se daba cuenta si le mentía o no. Si los cubiertos estaban limpios y apilados como cuando salió, me preparaba algo de comer.

Una noche después de cenar quedamos sentados en la mesa en completo silencio. La niña dormía en su cuna. Era muy tranquila y generalmente se despertaba un rato antes que Raúl se acostara a dormir, como a las once. Le daba el biberón, cambiaba los pañales y seguía durmiendo hasta las cinco y media, cuando Raúl se levantaba.

Me extrañaba que se quedara sentado en la mesa sin ir a traer un libro o comentar algo. Estaba silencioso y sentía su mirada.

Para evitar que me hablara de algo que no le podría responder, me levanté y fui a cepillarme los dientes. De regreso tomé mi caja de cigarrillos y me dirigí a la puerta de salida, avisándole que saldría afuera a fumar. El departamento estaba ubicado en el primer piso y para salir a la calle tenía que descender unas ocho gradas. Cerré la puerta y me senté en la escalera. Las ganas que tenía no eran de fumar sino de huir. Salir a la calle e ir caminando. No tenía idea de hacia dónde pero debía alejarme de allí. Me incorporé decidida. Silenciosamente Raúl había abierto la puerta y estaba detrás adivinando mis intenciones. Sujetó mi brazo.

Vamos a la casa.

Dócilmente dejé que me condujera hasta la cama. Me acostó y arropó. Se sentó a mi lado en el borde de la cama.

Quiero decirte algo. Pero para que no te preocupes, te anticipo que no me gustaría que me respondas a menos que tengas deseos de hacerlo. Simplemente necesito que escuches lo que voy a decirte. Antes que nada, que te quiero. Que todo lo que está pasando no afectó al amor que tengo por vos. Y estoy seguro que también vos me seguís queriendo. Sé que te ocurrieron cosas terribles la mayor parte de las cuales desconozco, no me podés contar y por lo tanto, tampoco puedo juzgar ni analizar porque no estoy en condiciones de hacerlo. Pero teniendo en cuenta que nos queremos, te pido que me dejes ayudarte. Quiero que me permitas hacer un poco más por vos. Por lo menos que sepas que contás conmigo. Que no voy a abandonarte en esta situación. Necesito que permitas que camine contigo en este tramo difícil aunque no comprenda del todo la razón de tu conducta. Quiero estar contigo. Quiero que me dejes estar cerca de vos hasta que pase lo más

difícil. Hay muchos motivos para salir de esto. Y el principal es que yo te necesito.

Tomé su mano y la apreté contra mi pecho. Quería que su mano actuara como una varita mágica y moviera de allí toda esa carga que seguía rígida y no me dejaba respirar. Su voz entró en los más oscuros y guardados sitios de mi alma como agua fresca que al fluir, serena, limpia, restaña, llevándose penas, dejando frescura.

Desde aquella noche supo encausarme hacia actividades que, al realizarlas, aunque fueran una tontería, como ir de visita a casa de mamá o salir juntos a caminar sin rumbo predeterminado, me ayudaron a despejar de la cabeza la maraña de ideas negras. Y aunque desde el principio comprendía que la niña no tenía culpa alguna, recién a partir de aquel momento pude mirarla, aprendí a cambiarle los pañales, pude alzarla, aunque en los primeros intentos terminara llorando.

Pero una mañana me encontré riendo con la niña. Y ante la necesidad de dinero, una semana después empecé a averiguar las posibilidades de que me readmitan en el banco. Estaba en etapa de prueba cuando me detuvieron y a pesar de ello y luego de largas explicaciones para demostrar que nunca tuve que ver con el asunto aquel, me volvieron a dar una oportunidad. No eran malas personas los gerentes ni el jefe de personal. Recomencé entonces mi trabajo de empleada bancaria.

Un domingo que comimos en casa de mamá, se me ocurrió buscar mis libros de la universidad. Estaban en mi dormitorio, tal como los había dejado. Di una ojeada rápida a mis apuntes y concluí que no me sería difícil retomar las clases.

XI

Cuando la nena cumplió un año hicimos una fiesta en casa de mamá. Invitamos a algunos compañeros del banco con hijos pequeños y a gente de la empresa importadora donde trabajaba Raúl. La fiesta terminó con la actuación de un grupo de titiriteros y payasos y la distribución de pitos y cornetas que me dejaron un dolor de cabeza insoportable y un cansancio tal que no me podía tener en pie. Raúl se transformó en una criatura, jugando, cantando y alegrando la fiesta, con la nena en brazos. A ella también se la veía feliz, aunque con una expresión desconcertada ante la cantidad de criaturas juntas como no había visto antes. Estaba empezando a caminar, pero cada dos o tres pasos perdía el equilibrio, quedando como resultado una nueva marca de golpe o rasguño en su cuerpecito.

Llegamos a nuestro departamento cerca de las diez de la noche y en mi mente el único pensamiento era llegar hasta la cama y dormir dos días seguidos.

Frente a la puerta había un auto estacionado y apoyados por él, fumando, en actitud un tanto extraña, dos hombres. Raúl sostenía a la criatura dormida en sus brazos, mientras yo cargaba con el bolsón y las llaves de la puerta. Cuando conseguí

abrirla, los dos hombres cuyos rostros no podía ver con claridad, se acercaron a nosotros.

Buenas noches, hola Raúl, dijeron.

A Raúl le costó reconocerlos, pero cuando lo hizo y les respondió, se notó una auténtica alegría en su voz.

Queremos hablar contigo.

Pasen adelante. Estamos llegando. Hoy festejamos el cumpleaños de mi hija.

Mejor acostale a la criatura y hablamos aquí nomás en la calle.

Tomé a la niña en mis brazos y al hacerlo pregunté a Raúl en voz baja si quiénes eran.

Viejos amigos, contestó.

Subí y acomodé a la niña en su cuna. Estaba intranquila. La visita no me parecía de buen augurio. Bajé hasta la calle y les invité a que subieran, que les haría café o algo que quisiesen tomar.

No se moleste, señora. No vamos a tardar, dijo uno de ellos.

Eran de unos veinticinco años ambos y estaban vestidos con vaqueros y remeras. Uno hablaba con ligero acento argentino. Volví a subir. Me saqué los zapatos y fui hasta la ducha. No me gustaba para nada, ni la pinta ni el estilo de los dos. Me vestí y salí de nuevo a la escalera. Habían cerrado la puerta de calle. Abrí la puerta y salí hasta la vereda. Los tres estaban apoyados en el auto. Llamé a Raúl. Los otros se metieron al auto y se marcharon sin despedirse de mí. Raúl quedó en el mismo lugar en actitud de abatimiento. Caminé hasta él y lo encon-

tré llorando. Le tomé del brazo y subimos. No me habló. Se metió al bañó. Escuché que abrió el chorro de la ducha. Le preparé ropa limpia para dormir, intenté entrar al baño pero le había puesto llave. Cuando salió se dirigió al dormitorio sin mirarme y le seguí. Le pregunté por décima vez qué es lo que pasaba, pero no me dijo nada.

Pero por lo menos decime quiénes son.

Con voz temblorosa dijo que me contaría más tarde. Que tenía mucho sueño. Lo abracé y quedé dormida rápidamente.

No sé cuánto tiempo después, desperté. Raúl no estaba conmigo. Fui hasta el comedor. Allí estaba sentado en el piso, en un rincón detrás de la mesa redonda, llorando con la cabeza entre las manos. Me senté junto a él y después de un momento lo arrastré hasta el dormitorio.

Los días que siguieron fueron idénticos. Seguía con su rutina, pero en su cara fue sobresaliendo la línea de sus pómulos y acentuando la sombra bajo sus ojos. Bajó notoriamente de peso y le costaba sonreír y hablar. Solamente con la nena seguía comportándose normalmente.

Con respecto a la visita nocturna y los efectos que produjeron en él, no habló una sola palabra. Tuvo que producirse una segunda visita nocturna de otras dos personas, mujeres jóvenes de mi edad.

Cuando llegué de la facultad ya estaban en casa. Sentadas en la mesa del comedor con un plato lleno de colillas y con la casa apestando a humo. Cuando escucharon que iba subiendo las escaleras se despidieron y apenas me miraron. Desaparecieron.

Encontré a Raúl sentado en la mesa con cara de haber visto fantasmas. No lloraba ni hacía ningún gesto. Tenía un cigarrillo entre los dedos y la mirada perdida. Le recordé que el humo le haría daño a la nena y se disculpó. Juntó las colillas y abrió las ventanas. Se cambió el aire del departamento pero no su espíritu, atrapado por fantasmas que yo no pude identificar sino hasta varias semanas después con la tercera visita misteriosa.

Esta vez era un matrimonio de unos cuarenta y cinco años. Los encontré en la calle tocando el timbre, un día que no asistí a clases y fui directamente al departamento. Preguntaron por Raúl y les dije que estaría llegando en minutos. Les invité a pasar. Subieron. Me preguntaron si era la esposa de Raúl. Les dije que sí. Quedaron un momento en silencio. La mujer, después de lanzarme una mirada escrutadora, escupió un rosario de acusaciones.

Debería tener vergüenza de vivir con un monstruo como ése. Seguramente usted es de la misma calaña. Si no es así no se comprende. No se puede entender que una mujer tan joven y decente viva con este asqueroso.

Pregunté asombrada por qué calificaban de esa manera a Raúl. Ese fue el principio para que todos los crímenes, traiciones y las atrocidades más inverosímiles, fueran apareciendo desgranadas por la pareja como el bendito. Todos estaban nombrados y presentes en el listado que escupieron. Les repliqué inocentemente que era posible que estuvieran confundidos. La cólera de mis visitantes aumentó.

Ese es Raúl, me dijo el hombre señalando una foto en la que se le veía a él sonriente con la nena en brazos.

Era un amigo de nuestros dos hijos varones que están desaparecidos desde hace dos años hasta este momento. Raúl era amigo de ellos. Cayeron presos hace dos años y sabíamos que estaban en Investigaciones. Pero ahora nos dicen que ya no están. Que fueron trasladados y posiblemente muertos. Y sabe, señora quién es el culpable de todo esto. Y es seguro que si usted también le llama Raúl, cree que ese es su nombre. No señora. No es ese su nombre. Es el nombre que utilizó para infiltrarse en el movimiento estudiantil y desarticularlo. Es el nombre que utilizó para meterse en el movimiento campesino de las ligas agrarias, de lo que no queda nada en pie salvo tumbas, salvo familias destrozadas, porque hasta los niños fueron sacrificados. Y sabe gracias a quién. A su marido. A este monstruo que llama Raúl. Queremos que hable con sus amigos de la policía. Queremos que por lo menos ante el dolor de una madre que ha perdido a sus hijos nos averigüe dónde los enterraron. Es lo único que le pedimos. No puedo imaginarme cómo una mujer tan joven y decente viva bajo el mismo techo. Es algo que no puedo explicarme. Nos vamos, señora. Pero vamos a volver para que este Judas afronte los crímenes cometidos y que por lo menos nos diga dónde enterraron a nuestros hijos después de matarlos en la tortura.

Se fueron. Bajaron las escaleras con prisa. Como si las frases que soltaron les pudieran hacer daño. O como si haber estado en la casa de Raúl fuera una traición para con sus hijos muertos.

Por fin entendí lo que Raúl me estaba ocultando desde semanas atrás. Lo que tanto le dolía y no me podía explicar. La gente que estaba adentro había llegado a la conclusión o algunos dirigentes interesados largaron la sentencia de que

siendo Raúl el único de los jefes visibles que no había caído, sin duda era el que había delatado a todo el movimiento, en el que se infiltró exclusivamente para tal efecto. Me pareció una pesadilla dentro de la pesadilla de la que penosamente estábamos saliendo.

Cuando más tarde llegó Raúl, le dije a boca de jarro que ya estaba enterada de lo que ocurría. Le di los nombres de la pareja que vino de visita.

Sé quienes son. Las informaciones que tengo dan por seguro que sus dos hijos están muertos. Eran dos buenos muchachos. Y hay un tercero de la edad de ellos y del mismo grupo que aparentemente también fue asesinado. Estos no eran de nuestros círculos. Eran de otra organización pero nos conocíamos. Creo que ése es el punto en que fracasó todo y fracasarán todos los movimientos por secretos que pretendan ser: nos conocemos todos en este país. Pero quiero que sepas que no anduve en el limbo durante todo este tiempo mientras la gente caía. Desde que empezó todo esto y viendo que no venían a buscarme a mí, me puse a trabajar. Después de aquella primera visita que te hice y que terminó tan mal, ya no se me antojó volver a hablarte del tema. Nunca quise comentarte nada de lo que estuve haciendo desde que empezó la encanada general, con el Consejo Mundial de Iglesias y con otro organismo internacional para ver si no se conseguía aliviar la situación de los detenidos. Pero era imposible. No hay ninguna organización ni eclesiástica ni laica que respeten, ni les importe. Cualquier gestión que se realiza es peligrosa. Si alguien solicita una entrevista con el Ministro del Interior puede ser detenido en la antesala. Ya ocurrieron varios casos. Si son curas o pasto-

res de iglesias protestantes los gestores, al conocer los motivos de la entrevista ya les cierran las puertas y muchos de ellos fueron apresados y expulsados del país. En el Departamento de Investigaciones, lo máximo que se ha conseguido es una lista incompleta de los detenidos. Se ha intentado a través de varias organizaciones internacionales cuyos representantes no pueden ingresar al Paraguay, que Estados Unidos solicite oficialmente por intermedio del embajador, un informe de la situación de los derechos humanos. Pero aparentemente a los Estados Unidos no le interesa solicitar el informe. Tampoco hay interés en los demás gobiernos vecinos. Todos están muy ocupados con sus propios asuntos, bastante parecidos a los nuestros. Así que no se puede hacer más.

Pero por qué esta locura de identificarte a vos como el delator, como el traidor, el causante de toda la desgracia. Eso es lo que no puedo entender. Mediante el celo y el cuidado que pusiste en encubrir tu nombre verdadero estás afuera.

Creo que merezco que la gente piense que soy el culpable de todo. De alguna manera, soy uno de los organizadores de este disparatado movimiento político. No actué como delator, así que no soy un Judas Iscariote, pero la irresponsabilidad que tengo al haber impulsado este movimiento que causó tanto dolor, tanta muerte, tanta desgracia es total. Soy responsable. Soy culpable. Soy tan culpable como los torturadores, porque hice posible que esta pobre gente cayera en sus manos. Ni siquiera ellos tienen tanta culpa. Cumplen órdenes.

De acuerdo a lo que hablamos hace un tiempo, todos estaban conscientes del peligro que corrían. Todos sabían que la literatura que leían estaba prohibida, que el simple hecho

de reunirse a analizarlo y estudiarlo en grupo ya era un acto subversivo según las leyes especiales de Defensa de la Paz Pública. Todos sabían que estaban transgrediendo estas leyes. El objetivo del movimiento era justamente luchar contra estas leyes que atentaban contra la libertad del ciudadano. Por lo tanto sabían que si eran descubiertos por la policía, no la iban a pasar muy bien. Creían que el trabajo político que estaban haciendo podía llegar a ser gravitante para el cambio en nuestra sociedad. Creían que valía la pena jugarse las pelotas por él. Entonces no entiendo de qué te acusa esta gente y tampoco por qué tenés que sentirte mal. Que te hayas salvado es un milagro del cielo. Pero no te pueden incluir ni entre los traidores ni los culpables.

Por supuesto que estoy entre los culpables. No se puede largar a un grupo de esperanzados jóvenes a jugarse la vida tan alegremente, aprovechándose de su ingenuidad, de sus ganas de transformar a la sociedad, de su valentía suicida. No te das cuenta que ésa es mi culpa.

Pero vos también asumiste el riesgo. Vos también estás entre los esperanzados y suicidas. O vos quién sos. Nuestro señor Jesucristo.

La discusión siguió sin encontrar una tabla de la que los dos nos pudiéramos asir para alejarnos de esas aguas peligrosas. Él se ahogaba y no quería saber de ninguna tabla. A mí me importaba un rábano la discusión. Lo único que tenía en mente en esos momentos era sacarle a flote a él. No me importaba si era culpable, si era responsable, si estaba correcto. Amaba a Raúl y le estaba agradecida. No permitiría que nada le destruyera de esa manera delante de mis narices.

La primera idea que se me pasó por la cabeza fue mudarnos. Debíamos cambiar nuestro domicilio, número de teléfono y todos esos detalles. A partir de ese instante, la necesidad de huir, escondernos, viajar, era la única perspectiva de salida que veía. Consulté con mamá. Le conté lo que estaba pasando.

La idea es buena pero con poca plata uno no se puede ir muy lejos y menos con una criatura.

A continuación, la sugerencia de que nos mudáramos a su casa. La oferta la hacía semanalmente los domingos cuando almorzábamos allí.

La casa es grande, está vacía, les voy a dar mi dormitorio, yo me voy al tuyo, aquí hay patio, la nena tiene espacio para jugar, no hay necesidad de estar trayéndole cada mañana, se ahorran el dinero del alquiler.

A la luz de los hechos actuales, la perspectiva tenía una notable variante. O por lo menos, fue la primera vez que me pareció absolutamente razonable. No tuve inconvenientes para convencer a Raúl. Hasta me pareció que estaba esperando que le propusiera el cambio. Desde su diario trato con mamá al llevarle a la nena, la relación de ambos, antes que de suegra y yerno, era la de grandes amigos. Aquel fin de semana nos mudamos.

XII

Como una manera de conseguir que Raúl mantuviera su atención en asuntos que nada tuvieran que ver con sus conflictos interiores, le pedí que durante los fines de semana, me ayudara a comprender con mayor amplitud las materias de la facultad. Al principio no demostró mucho entusiasmo. Percibía que se lo había pedido para mantenerlo apartado de sus remordimientos. En las primeras lecturas abordamos Economía General y sin darnos cuenta, nos encontramos un día totalmente enfrascados en una discusión teórica en la que yo argumentaba con soberbia comprensible dado mi desconocimiento, en tanto él, con paciencia bíblica, procedía a sus explicaciones una y otra vez, hasta que ya no me quedaran dudas. Sobre el libro de texto elemental que teníamos para el examen, fue agregando otros de consulta suyos y lo que en principio sería una especie de encaminamiento para una alumna analfabeta, se convirtió en rica sesión de profundas charlas y discusiones. Cada tema era salpicado con comentarios relacionando todo lo que veíamos en teoría con acontecimientos y datos corrientes. Después, leíamos todo lo que sobre el asunto entendían diversos autores, hasta que finalmente tratábamos de sacar a luz una conclusión nuestra.

La charla de fin de semana era mi verdadera universidad. Podía darme cuenta lo mucho que se clarificaba el panorama al final de ellas. Raúl seleccionaba y marcaba textos y anotaba los puntos que valían la pena ser tocados. Aunque no era su especialidad, se notaba que le gustaba y que había leído mucho. Nos entreteníamos y yo aprendía.

Pero él no conseguía terminar con sus prolongados momentos de silencio.

Las noches estaban cargadas de augurios, de silencios, de terrores. Cuando estábamos acostados, lo abrazaba como todas las noches y notaba como su cuerpo se envaraba. Acostado boca arriba, esperaba que me rindiera ante su indiferencia, dejara de acariciarle y me durmiera. A veces me enfrentaba con rabia. Era un Raúl desconocido que me tocaba con brusquedad, con irritación. Sentía su beso antes que como un acto apasionado, la herramienta de la que se valía para mantenerme callada mientras me poseía, no por amor sino por alguna inexplicable, oscura necesidad de agredirme. En esos momentos me hubiera gustado saber lo que pensaba, para poder justificarle y perdonar el dolor que me causaba.

La segunda vez que sentí la misma violencia me prometí que no volvería a soportarlo. Las noches siguientes procuraba apartarme y fingir que ya estaba dormida de espaldas a él.

Boca arriba, mirando el techo en la oscuridad, en su posición de insomne consuetudinario, no se movía de lugar pero no conciliaba el sueño, entonces se levantaba silenciosamente e iba a la biblioteca.

Una de esas noches escuché que hablaba con mamá. Ella lo habría oído hacer ruidos y se levantó. Estuvieron hablando un tiempo que juzgué prolongado hasta que finalmente lo escuché entrar de nuevo al dormitorio, acostarse a mi lado y dormir.

Desde el tiempo de los apresamientos, mamá dormía un sueño liviano y al menor ruido despertaba sobresaltada. Luego se hacía un té o tomaba un vaso de leche y regresaba a la cama.

Las conversaciones en trasnoche con Raúl se hicieron frecuentes. Por una parte me tranquilizaba que encontrara en mamá una compañera de insomnio. Pero la angustia que trasuntaba era insoportable. Todos sus gestos estaban cambiando; se volvieron bruscos y rígidos y hasta la expresión de sus ojos, tan de niño, tan diáfana, estaban velados por una sombra. Temía que su equilibrio tan precario se rompiera con cualquier incidente. Mamá me retransmitía algunas de las conversaciones, preocupada también por entender lo que sucedía.

Una de aquellas noches lo abracé de nuevo como antes, esperando que su reacción respondiera a mi gesto. Su mano atenazó la mía sobre su vientre obligándome, por el dolor que me produjo, a tratar de escapar de su presión. Pero sin darme tiempo a reaccionar se arrodilló rodeándome con sus piernas. Me palpó el rostro, los hombros y el pecho. No podría decir que me acariciaba. De un manotazo destrozó mi ropa de dormir. Intenté derribarlo pero me tenía fuertemente sujeta. Entonces dejé de oponer resistencia esperando que se calmara, pero prosiguió.

Vas a violarme. Pregunté sin rabia.

Estuvo unos instantes apretándome con toda su fuerza. Luego aflojó y se acostó a mi lado llorando a gritos. Se sentó en la

cama y el llanto le ahogaba la respiración. Escuché pasos y la voz de mamá preguntando qué sucedía. No contesté. Raúl pareció calmarse un poco.

Me acerqué a la puerta y le dije a mamá que se fuera a acostar. Que no pasaba nada.

Es Raúl, que se siente mal.

Le paso un poco de agua fría, dijo mamá y se alejó por el pasillo.

Raúl se acostó boca abajo resoplando todavía con hipos lo que me decía que aún no se podía controlar. El agua le hará bien pensé y abrí la puerta. Mamá pegó un grito al mirarme. Mi ropa desgarrada, mi pecho desnudo y cubierto de arañazos, no era un espectáculo agradable. Tomé la botella de agua y cerré la puerta. Caminé hasta Raúl. No sé cual fue el motivo real de mi reacción, creo que la vergüenza de que mamá me hubiera visto en ese estado lamentable. O la humillación de haber sido víctima de un intento de violación por mi propio esposo a quien amaba. Derramé la botella de agua helada sobre su cabeza. Me cambié de ropa y preparé un lecho improvisado en el piso con unas colchas. No pude dormir en toda la noche.

Terminaron nuestros estudios de fin de semana y también mi interés por acercarme físicamente a Raúl. El dolor y la rabia que había sufrido aquella noche no se apagaban. No podía entender la conducta de Raúl. No podía aceptar que él pudiera hacerme víctima de esa violencia. Entendía que algo muy grave le estaba pasando, pero estaba empeñado en no compartirlo conmigo y tampoco yo tenía otras vías ni artimañas para acercarme, ni siquiera ganas. Me sentía laxa, sin fuerzas, asustada.

Esa furia que me trasmitió al tenerme presa y mantenerme debajo de él, me producía temor y recordaba sin querer la impotencia total en que uno se encuentra y la sensación que a uno le invade estando detenida.

Mi trabajo en el banco compensó en cierta manera el hecho de que mi hogar ya no fuera un refugio. Me resultaba fácil y relajante y me concentré en hacerlo bien y utilizarlo como mi ventanita hacia el mundo. Me instruyeron para asistente del gerente de banca personal, y diariamente atendía a una gran cantidad de clientes. Cada uno de ellos representaba para mí un desafío que conforme pasaba el tiempo, me sentía en mejores condiciones y segura de resolver sin ayuda de mis jefes. Desfilaba diariamente frente a mí toda la varia y rica fauna asuncena: la pareja de ancianos, que diariamente venía a consultar el saldo de sus cajas de ahorro, aunque solamente hicieran extracciones una vez al mes de una parte de los intereses que sus dineros habían generado, me hacían alguna broma inocente, me regalaban un caramelo y se marchaban. Los nerviosos, los alterados, los apremiados por sus actividades comerciales que les exigía más liquidez, mientras ellos mantenían una estructura comercial del siglo pasado a la que se negaban actualizar, lo que les producía pérdidas, obligándoles a comprometerse con nuevos créditos. La lista y los casos eran muchos y me exigía estar atenta a cada uno de ellos para darle una correcta solución.

Conocí a muchas personas interesantes y entre ellas a un abogado con quien simpaticé desde la primera vez que hablamos. Se expresaba con un lenguaje florido y cargado de ocurrencias. Tenía siempre un chiste o una frase simpática a mano para cualquier ocasión. Sabía que era abogado porque me había

leído su manifestación de bienes y en ella figuraban los datos que interesaban al banco para otorgarle una línea de crédito. Uno de sus negocios era la venta de propiedades inmobiliarias, cuyos datos mensualmente renovaba en nuestros archivos. Me impresionaba su buen humor, su tranquilidad y ese aire de que ocurriese lo que ocurriera, no había en el mundo motivo para alterarse. Movía mucho dinero con cada operación y el banco nunca dudaba en acceder a su solicitud por la excelente calidad y cantidad de garantía real (como le decían en la jerga interna a los inmuebles) que poseía. No llegaba a los treinta años, estaba casado, tenía tres hijos decían los datos y no tenía separación de bienes con su cónyuge. No venía sino una vez por semana y a veces pasaban hasta quince días sin que apareciera. Solía llamar y solicitar algún dato, en ocasiones, enviaba a un muchacho de su oficina para hacer trámites.

Luego de varios meses de tratar con él, en una de sus visitas me preguntó cuantos años tenía. Le respondí con sinceridad y sin ningún recelo. Se sorprendió de mi juventud y de que ya estuviera casada. Y con una hija que está por cumplir dos años, aclaré. Terminó la conversación con una efusiva felicitación por mi maternidad tan precoz, según él y se marchó.

Pasaron otros diez días hasta que estuvo de nuevo por el banco.

Pasaba por aquí y no resistí la tentación de pasar a saludarte. Si estás muy atareada, me voy porque no tengo nada que tramitar aquí. Si podemos charlar dos minutos, te invito a almorzar en el momento en que lo tengas previsto. Me das la hora y nos encontramos en el local que está aquí a la vuelta, en donde preparan comida brasileña. A las doce y media está bien o es muy temprano.

Le dije que estaba bien y se fue sonriendo hasta la puerta, donde giró para mirarme y hacer un movimiento con la mano. Se sabía simpático y me sorprendió obligándome a aceptar una comida con él, sin que pudiera decir una sola palabra. Me divertía mucho y no me pareció mal almorzar con él.

A las doce y media las oficinas vomitan cientos y miles de personas que inmediatamente vuelven a desaparecer de las calles cuando se introducen en los bares, comedores y restaurantes. La churrasquería brasileña era un hervidero. Me vio entrar tratando de ubicarlo con la mirada y se adelantó viniendo hacia mí. Me tomó del brazo y me guió hasta la mesa que estaba ocupando. El almuerzo transcurrió sin que me diera cuenta. José Luis era increíblemente divertido. A la una y media me levanté corriendo de la mesa. No tenía sino una hora para comer y generalmente lo hacía dentro del banco. Me acompañó hasta la puerta disculpándose de no ir conmigo porque no había pagado aún la cuenta.

Caminando la cuadra y media que me separaba de la oficina, me di cuenta que hacía tiempo no me sentía tan bien, tan liviana y alegre, sin esa pesadumbre habitual en las sienes, con esa permanente tensión de la que no podía escapar con ningún sedante. José Luis tenía una manera de ser que contagiaba optimismo y alegría. Poseía una cualidad especial para intuir lo que me haría reír y siempre iba a eso.

Pasó otra semana antes de que volviera a verlo. Cerca del mediodía llamó por teléfono. Después de los saludos y bromas habituales en él, me contó que estaba en un lugar del interior y que llegaría a las cinco aproximadamente a Asunción. Había concluido una excelente negociación y quería festejarlo tomando conmigo lo que se me antojara.

Tengo clases en la facultad, argumenté.

No quiero que faltes a tus clases. Es para reunirnos unos minutos nada más. Me encanta charlar contigo. Me hace bien. A la hora indicada te acerco a la facultad, si es que tu marido no está por ahí cerca, en cuyo caso renuncio de inmediato a mi proyecto. Porque es seguro que tenés un marido enorme, celoso, feo, que te hace seguir por un investigador privado y que gasta un dineral en tranquilizantes.

Por qué, pregunté divertida y sorprendida.

Porque si yo fuera tu marido no soportaría la idea de que trabajes todo el día, rodeada de cincuenta machos. Los hombres no son compañeros de trabajo de las mujeres hermosas. Son machos a secas. Imaginate a tus jefes. Sacales con la imaginación los trajes tan serios que siempre visten. Cuando te miran y hablan contigo solamente tienen puesto un taparrabos y un enorme garrote escondido detrás, con el que piensan darte un golpe para llevarte después a su cueva arrastrada de los cabellos.

No es lo que estás planeando hacer al invitarme a merendar.

Su risa se prolongó unos instantes al otro lado de la línea.

Entonces te paso a buscar a las cinco o cinco y media. Mejor a las cinco y media porque así tengo tiempo de darme un baño y cambiarme de ropa, porque estoy lleno de polvo.

Colgó. No había objeción posible.

A las cinco y media salí del banco y él estaba con el auto en marcha frente a la puerta lateral del edificio. Apenas subí me pidió que me fijara atrás, en los autos que venían.

Por qué, pregunté intrigada.

Tu marido. Lo primero que tenemos que conseguir es despistar a su fiel perro que te sigue a todos lados. Después podemos merendar tranquilos. Me permitís que te lleve a un lugar en donde hacen exquisiteces. Medialunas, masitas, panes, facturas y un café digno de jeques.

Fuimos hacia la calle España y pronto llegamos al lugar. No era grande y se sentía acogedor, ambientado con buen gusto y lo primero que impresionaba al entrar eran los aromas del café y del pan recién horneado. Recordé el pan que Ña Belén me hacía cuando chica. Algún sábado o domingo que estaba de buen humor, me llevaba a la cocina y me explicaba paso a paso el proceso de mezclar la harina, la levadura, la manteca, el agua tibia, las semillas de sésamo y anís y cómo se armaba lentamente la masa bajo la presión de sus hábiles manos. El recuerdo de aquel pan fabricado en casa me llenó de paz. José Luis era como un amiguito de la infancia que me llevaba a recorrer senderos perdidos en la memoria. Se percató que algo me había arrebatado y llevado lejos de ese lugar. Merendamos en el más extraño y recoleto silencio, suspendidos en una isla, en medio del bullicio del lugar. Llegué a sospechar que adivinaba mis pensamientos, porque cuando por fin le miré a los ojos, lo encontré sonriendo con tristeza.

Volviste. No quise cortar tus pensamientos porque tenías en la cara una expresión de Eva añorando los buenos tiempos vividos en el paraíso. Me hubiera gustado sacarte una foto.

El olor del pan me transportó a mi infancia. Fue como encontrar un espacio y un tiempo perdidos.

Si los pudiste recordar tan fácilmente no están perdidos. Están en tu interior y muy cerca para que el sencillo y noble aroma del pan te los haya traído. Bueno. El tiempo de la merienda terminó y la señora tiene que ir a clase.

Su voz suave, hablando tan quedo, solamente para mis oídos, sin alcanzar a romper ese momento de magia, me hicieron sentir tan agradecida por su sensibilidad y delicadeza, que mis lágrimas, mis delatoras e inatajables lágrimas, se hicieron presentes.

No tengo ganas de ir a clases, me escuché decir.

Qué te gustaría hacer.

No sé. Creo que seguir sentada, parar el reloj a las cinco de la tarde y seguir merendando eternamente como en el cuento de "Alicia".

Afuera ya estaba oscuro. Salimos del local. Subimos al auto sin decir una palabra. José Luis instaló un cassette. Identifiqué un trozo de Bach escrito para clave y violín. Mi primera reacción fue pedirle que cambiara la música. Pero luego recapacité pensando cómo él podría adivinar la rabia que me producía escuchar esa música, sin haber pasado en casa una madrugada con mi hermano. La música era hermosa, independientemente de lo que me hubiera ocurrido a mí. Recosté completamente mi cabeza en el asiento y traté de cambiar mi espíritu para gozar de la melodía. José Luis me descubrió sonriendo e inmediatamente preguntó qué me pasaba.

No te gusta la música.

No. Nada de eso. Es hermosa.

Y esa sonrisa tan extraña que tenés a qué se debe.

Entonces me decidí a relatarle las madrugadas en que mi hermano regresaba con unas cuantas copas por encima del límite permitido para conservar la lucidez. Cuando terminé con la pequeña historia apagó la música.

En esa caja están mis casetes más queridos. Podés echarle una mirada y si algo te gusta, lo ponemos. Y si no, no nos hará daño andar sin música. Escucharemos la música que brota de nosotros.

Me pareció una excelente idea. Miré afuera y reconocí la ruta que va al aeropuerto.

No estoy dirigiéndome a ningún lugar específico. Simplemente puse a andar el auto como para que te sintieras bien. Me pareció que era lo que necesitabas. Te sentí tan desolada en el café, que pensé que vagar sin rumbo escuchando una buena música te ayudaría. Ahora tomo la ruta a Luque y seguiremos hasta Areguá. Aquí ya se siente otro aire. Te das cuenta.

Sentí un poco de frío y me acurruqué hacia él. Percibí su olor y me gustó. De todo su cuerpo emanaba tanta calma que cuando sentí que su brazo me rodeaba dulcemente, fue como si me aplicaran un tranquilizante. Ya no hablamos. Me sentía elevada a un estado de perfecto equilibrio mediante la compañía de un desconocido. El suave ronroneo del motor me adormeció.

Cuando desperté estaba con la cabeza sobre sus piernas. Con una mano me sujetaba para que no me sobresaltara con el movimiento de la marcha.

Buenos días, señora. Espero que haya tenido buenos sueños. Estamos de regreso. Usted me dice su dirección y nos iremos acercando a su casa.

Me incorporé. Estaba avergonzada de haberme dormido.

Es exactamente la hora en que terminan sus clases. Su marido no la reprenderá por llegar tarde. Estás mejor. Según parece lo que necesitabas era pegarte una dormida.

Le di la dirección de mi casa. Llegamos. Al bajarme del auto tuve ganas de darle un beso. Pero me bajé rápido. Se despidió con una sonrisa. Parecía un ángel.

Al día siguiente, la primera llamada que recibí fue la de mi cliente favorito. Me dijo que se pasó mucho tiempo pensando en mí y que le gustaría ver mi sonrisa, a la misma hora de ayer. Cuando colgó quedé pensando en lo diferente que era José Luis del resto de los mortales que había conocido. No solamente por la simpatía y la calma que irradiaba, sino por esa capacidad de captar tan perfectamente los cambios de mi estado de ánimo. Me había hecho dormir en su regazo durante dos horas y analizando fríamente, me podría haber llevado a donde quisiera y yo no me hubiera opuesto.

Hoy ya no pienso quedarme dormida, le aseguré al subir al auto. Tampoco faltar a clases. Así que nuestra merienda será rápida y me vas a dejar frente a la facultad.

Usted ordena y yo cumplo. Solamente vamos a cambiar el escenario de nuestra merienda. Aquí cerca vive una prima muy querida a quien te quiero presentar. Ella es muy especial. Tiene una vida que parece una novela. Ya vas a ver.

Pero no pasamos de las seis y media.

Me aseguró que así sería y al poco rato llegamos a una casona vieja, de los treinta más o menos, bastante parecida a la casa de mamá y muy cercana a aquella. Extrañamente, él tenía la llave de la casa de su prima. Una vez adentro subimos unas gradas de mármol y enfrentamos una imponente puerta de dos hojas de gruesa madera labrada, revestida con vidrios y cortinas blancas en la parte superior. También tenía la llave de dicha puerta. Entramos a un amplio recibidor. Todas las luces estaban prendidas como para una fiesta y del medio del techo colgaba una araña dorada muy bellamente trabajada que presidía el concierto luminoso. Me guió, tomándome del brazo, hasta una sala más intima donde había una mesa preparada para la merienda.

Me esperás un momento mientras preparo el café, me dijo y se perdió por una puerta. La casa estaba decorada con muy buen gusto. Se veían cuadros de pintores paraguayos contemporáneos, paisajistas y retratistas ya fallecidos, entre los que reconocí a Delgado Rodas, Alborno y uno en especial al que papá apreciaba mucho, I. Núñez Soler, quien había dejado testimonios preciosos de la Asunción de las primeras décadas del siglo.

José Luis regresó con el café. Lo había preparado con una vieja máquina de dos piezas de sólido y pesado metal plateado a la que traía como un trofeo. El vapor de agua subía hasta donde estaba colocado el café y chorreaba luego el oloroso líquido a través de unas minúsculas filtraciones.

Esta cafetera, trajo mi abuelo de Milán, al regreso de su viaje de bodas. Era uno de los objetos de los que más orgulloso se

sentía. Hasta el día de su muerte lo mandaba lustrar diariamente y como no tenía muchas actividades en sus últimos años, supervisaba personalmente el trabajo.

Tu prima también murió. No la veo por ningún lado.

Mi pregunta le hizo reír a carcajadas.

No. Mi prima está vivita y coleando. Lo que pasa es que no sabía cómo traerte hasta aquí sin que tuvieras aprehensión. Pensé que podíamos estar mucho más cómodos y si se presentara de nuevo la eventualidad de un ataque de sueño como el de ayer, estaríamos mejor preparados para contrarrestarlo. Por eso se me ocurrió venir aquí. Te garantizo que no hay ninguna intención oculta.

Al contrario. Todo está muy al descubierto, dije. Mi comentario le hizo reír de nuevo.

El café hecho con mis propias manos tiene un sabor diferente. Probá. Era verdaderamente exquisito.

Es la casa de tus abuelos.

Y de mis padres. Ya fallecieron todos. No se por qué mis hermanas no quieren vivir aquí. Y a mi esposa le produce miedo. Tengo una prima que en verdad vive aquí y con quien tengo una hermosa amistad, aunque te parezca raro.

A mí nada me parece raro.

No te parece raro estar aquí conmigo.

No. Me siento muy bien con vos. Sos una especie de ángel malo con quien estoy a gusto. Sos un tipo que no parece real.

Parecés inventado y que en cualquier momento te irás a esfumar como un sueño.

Soy un tipo como cualquiera. La única diferencia con el resto es que creo que estoy enamorado de vos. De algo que vos tenés dentro y que puedo captarlo en tu mirada. No sé que es. No sé de qué se trata. Pero me dan ganas de protegerte. De mimarte.

Podemos ser sinceros, José Luis. Somos personas mayores. No quiero que me mientas tratando de envolver tus intenciones con la historia de un enamoramiento que no existe. Con un algo que viste en mi mirada, cuando que en realidad lo que captaste con interés fue el movimiento de mis caderas, para decirlo de un modo dulce.

Voy a ignorar lo que acabás de decir. Voy a hacer como si no hubieras dicho nada. Pero te cuento que me duele.

Sentí que verdaderamente le dolía. Quedó en silencio un largo momento que a mí me pareció eterno. Tenía la necesidad de pedirle disculpas, pero no dije nada.

Más café.

Dije que no. Rodeó la mesa y quedó parado tras de mí. Sus manos recostaron suavemente mi cabeza sobre su pecho. Me acariciaron los cabellos como solamente papá sabía hacerlo. Me dejé llevar. Sentí que sus labios me rozaban en la frente. Luego pasos que se alejaban y su voz que reconfirmaba.

Todo lo que dije es verdad. Además ni siquiera te miré las piernas. Tan real es lo que te digo, como que nunca te había visto de pie hasta el día que almorzamos. No tenía idea de tu

estatura. Siempre estabas sentada en tu escritorio y escondida hasta más arriba de la cintura. Te miré a los ojos. Y en tus ojos encontré algo que me toca el alma. Aunque sea un poco complicado de entender, es así como siento y como pienso. Cuando quieras te llevo a la facultad. Ya es la hora.

Ya no tenía ganas de ir a clase, pero sí que me abrazara. La iluminada sala se llenó de sombras que me acechaban en silencio con las facciones de Raúl.

Caminé hasta él. Estaba parado, apoyado en el respaldo de la silla, mirándome. Me recibió erguido. Era apenas más alto que yo. Me abrazó tiernamente. Quedamos así mucho tiempo. Me preguntó al oído si desistía de ir a la facultad. Dije que sí con la cabeza. Se separó un poco de mí. Me miró a la cara un instante y me besó. Su boca tenía el sabor de un café cálido y sabroso. Me orientó hacia una de las habitaciones en donde una cama muy parecida a la de mamá ocupaba la mayor parte del espacio. Me sacó delicadamente toda la ropa que llevaba como quien realiza un trabajo cotidiano y luego me acostó. Lo mismo hizo con las que él tenía puestas. Se acostó a mi lado. Me besó largamente en la boca y luego sus labios fueron bajando hasta mi pecho. Besó mis pezones. Acomodó su cabeza en medio, un poco hacia abajo, sobre mi vientre. Mi erizada piel ardía al contacto de su barba. Estaba un tanto sorprendida de su forma de actuar. Le acaricié la cabeza. Emitió unos sonidos guturales de satisfacción, de complacencia. Me abrazó. Quedó dormido instantáneamente.

XIII

Mi amistad con José Luis se mantuvo en constante evolución a lo largo de aquel año. En él encontré sosiego y equilibrio. Cada tarde de encuentro significaba una dosis de alivio a mis dolores. Una escapada de las horas de clase, me quitaba una montaña de peso de las espaldas.

Volvimos reiteradas veces a la casa de los abuelos y en una de esas visitas conocí a su tan mentada prima. Era una mujer de su misma edad, con aspecto de gitana por su manera de vestir. Olía a exóticos aromas orientales que quedaban en el aire hasta mucho después de haberse marchado. Percibí en ella muchos parecidos con José Luis, especialmente el humor y la ternura. Espontánea y sorprendente, se portaba a veces como una niñita acurrucándose en los brazos de su primo haciéndose mimar. Parecían dos tiernos gatitos y me encantaba verlos juntos. Existía entre ambos una gran confianza que se notaba en la forma en que se saludaban, dándose un beso en la boca y abrazándose como si hubieran pasado años sin verse. Además, ella se desvestía frente a él y a mí con toda naturalidad, o andaba por la casa, estando nosotros, vestida solamente con una minúscula bikini con los pequeños y morenos pechos al

aire. Era una mujer menuda y bonita, con unos ojos verdes muy llamativos que parecían iluminados por destellos cuando sonreía.

Así que vos sos Nita, dijo el día que la encontré en la casa. Me dio un par de besos en la mejilla y se me quedó mirando. Diminutivo de qué nombre es Nita. Me estoy preguntando desde hace varios días. Adriana, Juliana, Mariana...

Viene de María Helena, mi nombre, el de mamá, y el de mi abuela materna. Pero al mismo tiempo y por una extraña casualidad, de un bautismo en el que me pusieron "asuncenita" a los quince años. No sé si soy más Nita por un motivo o por otro, pero estoy condenada a que me llamen así.

Qué bautismo es ese de los quince años.

Ya les voy a contar algún día.

Bienvenida a nuestra familia. Ya te habrás dado cuenta por José Luis que somos chiflados, pero de una chifladura linda, no peligrosa. Y si es que estás simpatizando con él no creo que esta locura te sea muy rara.

La mujer me dio un beso en la frente y se metió al interior de la casa riendo y despojándose de la ropa. Su perfume me produjo cierto mareo. Sus ropas olían a una mezcla de marihuana y pacholí. Poco después la escuchamos cantando bajo la ducha. Un bello timbre de contralto que nos lanzaba estrofas de la cantata de Santa María de Iquique.

José Luis se convirtió para mí en una necesidad. Apareció en mi vida en el momento en que no veía ninguna alternativa.

Raúl se había olvidado de mi existencia. Toda su vida giraba en torno a la nena, a quien se empeñaba en llamar Nita a pesar de mis protestas. Eran pocos los días de la semana en que la dejaba en casa de mamá. Argumentaba que Ña Belén estaba muy vieja para atenderla y que a mamá no la quería cargar con esa responsabilidad. La llevaba a la casa de su madre, donde se había producido una escisión. El hermano mayor, el abogado, el sucesor natural de su padre y copia fiel del original en tamaño, peso y ruindad, había caído en una profunda crisis depresiva que lo llevó a salir de la sociedad. Nadie sabe por qué razones se hizo miembro de una secta, a cuyas reuniones asistía diariamente. Su estilo de vida cambió radicalmente y del punto en que estaba por casarse con una de las mujeres más bellas y ricas de Asunción, rompió el noviazgo de un día para otro y se entregó completamente a sus íntimas reflexiones de las que nadie tenía idea, hasta que se supo el nombre de la religión.

Algunos, los mejor pensados, supusieron que se había enamorado de alguien de aquella secta y que en aras de ese amor renunciaba a todo el lujo y la buena vida que tenía con su padre. Otros, los malhablados y realistas, decían que simplemente el chico se había vuelto loco. Así de sencillo.

Entonces el padre, el fuerte y orgulloso padre, el despreciativo y ahora desesperado padre, que nunca quiso darse cuenta que Raúl también era hijo suyo, viendo desmoronarse la estirpe familiar, el orgullo del apellido, la flor de su blasón y toda la demás carga de basura de la que se jactaba, pidió a su esposa que intercediera para que el hijo despreciado tuviera una entrevista con él. Este accedió. La reunión se llevó a cabo

un domingo en la casona familiar. Raúl insistió que lo acompañara. Naturalmente no quise asistir. No conocía a nadie de su familia y no era ésa la mejor oportunidad para hacerlo.

Raúl no volvió a acercarse físicamente a mí. Siguió siendo atento, gentil, amable y una persona con la que seguía contando. Desde aquella noche en la que todos sus fantasmas estaban danzando dentro de su cabeza, mantuvimos distancia sin perder cordialidad. Estaba segura que aquel ataque de furia se originó en su incapacidad de seguir controlando su atormentada conciencia de culpa. También estaba segura que sus intenciones no eran dañarme a mí sino a sí mismo. Y entiendo que el solo hecho de no volver a ponerme la mano encima ni para saludar, era como un pedido de disculpa que no podía dejar de considerar. Era el castigo que se había impuesto porque estaba segura de que me seguía amando. Él nunca pidió que le perdonara y ni siquiera mencionó el episodio en ninguna conversación, como si aquello no hubiera ocurrido. Pero la sombra de dolor que observaba en su mirada me decía que lo tenía obsesivamente presente.

Se convirtió en el nuevo socio de la firma. Y meses después, siendo imposible la convivencia del hermano mayor con el padre, quien seguía sin poder creer que su heredero se había vuelto incapaz, la mamá abandonó la casa con el hijo enfermo, quien siempre la había despreciado por mujer débil. Meses después, una mañana desapacible, ambos fueron encontrados muertos, intoxicados con humo en un incendio en la residencia en que vivían. Fueron hallados rodeados de velas y extraños objetos, imágenes de mujer hechas en madera, que el hermano mayor de Raúl había fabricado con sus propias manos.

En las últimas semanas, el otrora exitoso abogado había tratado de hablar con una serie de personas sobre las cuales nadie tenía idea de quiénes eran ni dónde podían ser ubicadas. En el velorio fue tema de conversaciones sotto-voce, que eran damnificados del estudio jurídico, despojados de sus bienes y llevados a la ruina y las tallas en madera, mujeres a las que el abogado había violentado conjuntamente con el grupo de ricos muchachos que siempre le acompañaba en sus nocturnas correrías.

El padre de Raúl recibió a Nita la pequeña, como a la más querida de las nietas. Llegué a enterarme que cada día encontraba parecidos con su madre, con sus tías, con su padre y con cuanto pariente recordaba. En realidad, la nena tenía todos los gestos de Raúl, su forma de hablar, de caminar, de reír. Era muy inteligente y el abuelo se sorprendía de lo rápido que estaba aprendiendo a leer y escribir. Al poco tiempo, el abuelo solamente quería ir a la oficina con su nieta, lo que equivalía a decir que no se iría a trabajar. Raúl se hizo dueño del estudio y de toda la sociedad. El abuelo perdía la memoria de manera acelerada y un día buscaba a su esposa y a su hijo mayor muertos, al otro día confundía a Nita con una de sus hijas. La única nieta que lo acompañaba día y noche, miraba sin emoción los últimos días de aquella persona a quien ella estaba aprendiendo a amar, pero de quien no podía comprender ni sus llantos repentinos, ni sus ataques de cariño. Murió un sábado a la mañana. Ella juntó sus párpados porque le molestaba que el abuelo durmiera con los ojos abiertos.

Raúl heredó todo, desde las propiedades de la familia y el estudio jurídico, hasta la depresión.

Esto ocurriría recién dentro de dos años y algunos meses. En el tiempo en que conocí a José Luis, Raúl ya había iniciado los contactos con su padre. La mamá se había hecho cargo del hijo enfermo y Nita, mi hija, se convertía en la nieta preferida del abuelo prepotente. Ese hecho me produjo dolor por mamá, quien veía cada vez menos a la nena.

En cuanto a mí, no pude llegar a querer a la criatura como todas las madres. Mecánicamente cumplía con los deberes correspondientes y procuraba que al hacerlo actuara el famoso instinto maternal que hasta las fieras poseen, me habían asegurado. Pero era inútil. Reconocía al jefe, el comisario de investigaciones, en las facciones de la niña. Y en el acto mi cabeza se poblaba de aterradoras imágenes. En esas condiciones era impensable que un cariño auténtico fluyera de mí. Entonces evitaba mirarla y me llenaba de dolorosa culpa.

Por esos motivos, encontrar a José Luis fue como llegar a un oasis de paz. En los encuentros siguientes, fui revelándole mi alma naturalmente, como si se tratara de un acuerdo previo entre ambos. El no preguntaba nada. Simplemente escuchaba cómo iba encadenándose la historia, retazo a retazo, episodio por episodio. Muchas veces me quedaba muda en mitad de una frase por causa de mi maldito hábito de llorar. Sin decir nada, me abrazaba durante largo tiempo, hasta que sentía que estaba calmada. Pasaban días enteros y a veces hasta semanas en que quedaba sumida en una especie de sopor, de atontamiento. Nos reuníamos con José Luis pero no podía articular palabra. Nos acostábamos en aquella cama tan parecida a la de mamá, muy juntos y me acariciaba los cabellos hasta dejarme dormida.

Cuando reanudaba mis confesiones era porque una fuerza interior me empujaba a ello. Era ya tiempo de seguir sacando mis dolores a la luz. No hubo detalle que omitiera. Desde los días de mi infancia, las horas que pasaba en el estudio de papá, las ausencias de mamá y sus amantes, mi relación con Ramón, la muerte de papá y mi apresamiento, mi embarazo del policía, la hija a quien no podía querer, el casamiento con Raúl, todo formaba parte de esa catarata confusa que brotaba de mi garganta hacia mis confesores. La prima, con quien evidentemente José Luis compartía mis revelaciones, se sentaba junto a nosotros y como él, me escuchaba en silencio. Ella llegaba a la casa y si ya estábamos acostados, sin necesidad de pedir permiso o disculparse, se acostaba a mi lado tomándome de la mano.

Éramos tres personas viviendo una hermosa aventura de amistad y ternura. No había conocido situación semejante. Era un mundo muy especial el que encontraba al trasponer los umbrales de la vieja casa. Era mi refugio. Era el lugar en donde quería estar y en donde encontraba a la gente que necesitaba.

Después de aquella primera vez en que José Luis me desnudó y acostó en la cama para después quedarse dormido, abrazado a mí con la cabeza sobre mi vientre, se sucedieron muchas otras situaciones parecidas. Me acariciaba, me desvestía pero no consumábamos el encuentro. Las primeras veces quedé preocupada pensando en que yo no despertaba en él suficiente deseo. Me esforzaba tratando de encontrar alguna explicación a su conducta, analizando mis experiencias anteriores, pero no podía hacer comparaciones. José Luis escapaba a cualquier encasillamiento o a cualquier pretensión

de encontrarle parecido a alguien que anteriormente hubiera tenido relaciones conmigo.

Pasaron tres meses y llegó el final de mi catarsis. Dejé de dar importancia al hecho de que no tuviéramos relaciones completas, tal como yo las conocía. Era una compañía con la que me sentía a gusto y no iría a descomponerla porque no me hiciera el amor.

Existía la posibilidad que fuera homosexual, pero en ese caso tendría un amigo para su aventura extra conyugal. Y él se había fijado en mí. Y seguía repitiendo que me amaba.

Un viernes a la noche me invitó a cenar afuera. Serían de la partida su prima y un amigo francés. Era la primera vez que salíamos en este plan y luego de volver de la facultad no encontraba en casa nada apropiado para ponerme. Revisando y revolviendo el placard, encontré un conjunto de hilo color celeste viejo, de la época en que recién me había casado. Aunque me quedaba un poco ajustado, decidí ponérmelo. José Luis me dijo admirado que estaba muy elegante. Atribuí el comentario a que el pobre siempre me veía con el uniforme del banco. De todos modos me gustó escucharlo.

Fuimos a buscar a la prima y al francés. Apenas subieron al auto el rancio olor de tabaco negro nos aturdió, como luego siguió ahogándonos toda la noche. No podía entender cómo la prima de José Luis podía soportar ese olor espantoso tan cerca de ella.

Apenas terminamos de cenar, le pedí a José Luis que nos fuéramos porque me sentía mal. La prima se mostró preocupada y la velada terminó antes de lo previsto. Llevamos al francés a su hotel y luego seguimos hasta la casa. Entonces confesé

con sinceridad que el olor que tenía el muchacho me había enfermado. Ellos reconocieron que olía verdaderamente mal. La prima prometió que al llegar me haría un té.

Pero apenas bajó el francés del auto ya me sentí mejor. Abrimos las ventanillas y el espeso tufo de catinga, tabaco y patas desapareció.

Me sentía feliz al llegar a la casa. Propuse que en vez de té tomáramos un vino tinto que me apetecía y había visto en el bar de la sala. La idea fue recibida con entusiasmo y pronto estábamos degustándolo, sentados en la sala de aquella primera merienda. El vino era excelente.

Pregunté a la prima si no le molestaba el olor que tenía su amigo. Mi pregunta le hizo reír.

Es la segunda vez que lo veo. Y pensé que hoy por lo menos se tomaría un baño. Creí que el día en que me presentaron era el final de una larga jornada de trabajo y lo justifiqué. Pero te aclaro que no es mi novio, ni mi amante, ni nada por el estilo.

Los tres nos reímos de buena gana. El francés era un ingeniero especializado en recursos hídricos y formaba parte de un equipo que estaba haciendo estudios de factibilidad para un proyecto muy grande. Acababa de llegar y no tenía amigos, me informó la prima.

Y no tendrá ninguno a menos que se bañe y se ponga desodorante, aseguré.

El francés le había sido presentado en una reunión en casa de un dirigente de la oposición recientemente liberado de la prisión política de Emboscada. Y aunque le hubieran dejado

en libertad estaba siendo constantemente molestado y controlado, por lo que la recomendación de todos los allegados y correligionarios era que se marchara del país hasta que las cosas mejoraran, no fuera que le ocurriera un accidente mortal. Estaba haciendo contactos con varias embajadas europeas y se iría apenas alguna de ellas le diera una visa de asilado.

Pregunté el nombre del dirigente y no me sonó conocido. Por lo que la prima contaba, había sido detenido en la misma época que yo. Le compadecí mentalmente pensando en los malos momentos que le habrá tocado vivir.

Es buena gente y muy agradable. Estuve casada con él unos meses, el matrimonio no funcionó, pero seguimos siendo buenos amigos. Ya vas a tener oportunidad de conocerlo.

El vino acabó en la botella. La prima abrió su cartera de donde sacó un cofrecito plateado. Dentro tenía papel y marihuana picada. Con suma destreza fue armando el cigarrillo. Lo encendió y aspiró una larga bocanada antes de pasármelo. Dije que no con la cabeza pero ella insistió.

No te hará daño. Se aspira lentamente todo lo que pueda caber en tus pulmones. Se deja un momento dentro y luego se lo va soltando suavemente.

Hice como me decía y me produjo un leve cosquilleo en todo el cuerpo. Lo sentí más áspero que un cigarrillo normal pero le agarré el gusto. Me entusiasmó apenas percibí que flotaba en medio de cálidas nubes de algodón. Cuando terminamos de fumar ambos estaban junto a mí, rodeándome, abrazándome con la ternura más etérea y espacial. Sentía mis piernas como enormes globos de aire y mis labios tan gordos como

para besar la pared y repasarlo de arriba a abajo. Me pareció fantástico sentir dos bocas que me besaban. Era enloquecedor y excitante que cuatro manos me sacaran la ropa. Y me enloquecía aún más la idea que la prima de José Luis formara con nosotros parte de una relación más importante que el amor mezquino y excluyente de una pareja. Era un sentimiento tan grande como el universo. No amaba a una persona. Amaba la vida, amaba cada pedazo de piel que tocaba, la luz de los ojos que bailaban a mi alrededor y los sonidos tan hermosos que brotaban de sus gargantas. Nuestros corazones latiendo juntos eran el centro de la galaxia, desde donde la energía irradiada partía en todas las direcciones llevando y recibiendo paz y armonía.

No sé si era nuestro pecado o nuestra gracia. Pero en ese momento, con tantas ideas bullendo dentro de mi cabeza y con tantas sensaciones verdaderamente diferentes, dejé de sentir la necesidad de que José Luis consumara el acto amoroso. Pero la prima tenía otros planes y acariciaba el sexo de él y lo iba convirtiendo en algo que hacía largos días estaba deseando. Después de muchos meses de desearlo, pude hacer el amor con él con un inquietante premio adicional a mi paciencia que recorría todo mi cuerpo con su boca y sus manos enloqueciéndome. Me sentía bien. Me sentía completa. Estábamos haciendo el amor entre los tres. Me amaban de una forma diferente y yo a ellos. Había algo que mi subconsciente me decía que estaba mal. Pero carecía de importancia.

Había avisado a mamá que dormiría fuera y estaba tranquila en ese sentido. Cuando desperté y me encontré abrazada por ellos, recién me sentí mal. Pero recordando escenas de la

noche anterior, no precisaba muy bien por qué, me vinieron a la memoria algunas situaciones por las que Tarzán, mi ídolo de niña había pasado. El primer libro trataba del momento en que llegó a caer en la familia de los grandes monos. La ternura, el cariño y la confianza que otorga pertenecer a un grupo, juntamente con la seguridad que eso conlleva, los había recibido de ellos. Y esa sensación de seguridad que sentía me impulsó a mostrarles mi agradecimiento y me indujo a que les despertara con un beso. Esta era mi familia de los grandes monos. Yo era Tarzán, perdida en la selva, pero había tenido la suerte de caer en este clan que me amaba y protegía. Dos pares de brazos estaban entre el mundo y yo. Me volví a dormir.

XIV

La semana siguiente a aquella loca noche, hermosa noche, reveladora de tantas sombras y misterios que sin saberlo habitan dentro de una hasta que inesperadamente se revelan y saltan a la luz en uno de esos momentos mágicos tan escasos en la existencia, pasó tan atropellada y galopante como el ritmo de mis palpitaciones cuando me acercaba a la casa de nuestros encuentros.

Aunque la mano no viniera sencilla para justificar que tuviera una aventura tan extraña y difícil de explicar a quien fuera ajeno a ella, recordé aquellos ya lejanos días en que tomé la decisión de ser amante de Ramón para ayudar a la familia. Rememoré mi estoica voluntad de superar la humillación ante mí misma. Mi terco empecinamiento de continuar con mi propósito después de la primera vez que estuve con él en la cama, en la que sentí el dolor físico y la rabia contra mi sexo. Después de cada humillación me decía a mi misma, que no era nada, que no significaba nada, que yo estaba fuera de ahí, que no era a mí a quién estaban haciendo daño. Hasta que aprendí a conocer y entender a Ramón. Era apenas mayor que yo y venía de una lejana aldea del interior, de una pobre e ignorante familia que posiblemente no había leído ni visto ni siquiera un

periódico en sus vidas. Y entendí que dentro de todo ese esquema primario de puros instintos, de tosquedad, Ramón me quería a su modo, pero profundamente. Si no tuviera esa certidumbre no hubiera podido germinar dentro de mí, simpatía y menos aún, cariño por él. Así como hubiera sido improbable que aprendiera a gustar y solazarme posteriormente con él, de los tejes y manejes del encuentro sexual.

Recordé también la manera en que mentalmente traté de configurar una coraza estando detenida. Una muralla que se derrumbó a medias con Raúl, pero que inesperadamente volvió a fortificarse aquella noche en que trató de forzarme. Me sentí doblemente herida. Él me había sacado del pozo y él se encargó de hundirme más, porque yo misma le había enseñado las herramientas que podía utilizar para el trabajo. Aún sabiendo que estaba enfermo o trastornado no lo podía perdonar.

Llegué a un momento de mi vida en que mi corazón se volvió una negra y dura piedra escondida en lo más recóndito de mi pecho, cuando conocí a estas personas tan extraordinarias. Y así como naturalmente mi alma se abrió a ellos mostrándose sin velos ni miedos, ellos fueron revelándose a mí como una sola persona, mitad hembra, mitad macho.

Se habían criado juntos en esa casa. En el hermoso patio trasero repleto de árboles frutales, olorosos jazmines y azucenas que trepaban hacia el cielo por ramas, muros y camineros bordeados por rosas, claveles, lirios, palmeras de diversas especies. Allí vivieron sus años felices. Los sueños más bellos y las aventuras más intensamente vividas quedaron atrapados en aquel espacio. Desde pequeños se supieron atraídos el uno por el otro y se apartaron de sus propios hermanos para

formar un equipo que superaría largamente la barrera de la niñez. Los padres de ella se trasladaron a Buenos Aires asfixiados y angustiados por la falta de horizontes. El dictador estaba en la plenitud de su poder y ensayaba acortar o alargar los días según su estado de ánimo, mediante decretos. La separación de los primos se prolongó por muchos años. Las visitas a Asunción coincidían con la ausencia de José Luis.

En las fiestas de navidad de mil novecientos setenta y cuatro se volvieron a encontrar. Él estaba casado y su mujer esperaba el segundo hijo. Ella también vino de Buenos Aires con su primer marido, un muchacho alto y rubio de ojos azules, que a los pocos meses desaparecería del mundo sin dejar rastros. Lo vinieron a buscar al diario en donde escribía, hombres armados que dijeron lo llevaban para averiguaciones. Ninguna comisaría se hizo responsable. Tanto ella como los colegas del diario lo buscaron durante mucho tiempo, hasta que fueron conminados a olvidar el asunto. El mismo director del diario fue detenido y una bomba destrozó el local. Argentina entró en un túnel de terror y barbarie, del que solo saldría dolorosos años después.

La prima de José Luis emigró a Europa. Unos meses en Francia, otros tantos en Italia, y finalmente varó en Barcelona. Consiguió validar su licenciatura en psicología y siguió estudiando y trabajando. En compañía de otros latinoamericanos que también sufrieron en Chile, en Paraguay, Brasil o Bolivia lo mismo que ella en la Argentina, formaron una organización a través de la cual difundían las informaciones que recibían sobre los abusos de las dictaduras militares. Publicaban listas interminables de desaparecidos, hacían festivales y recaudaban fondos

para enviar a otras organizaciones que militaban en secreto en Sudamérica.

Al dolor por la pérdida de su marido, a quien siguió esperando durante inútiles y esperanzados meses, la prima siguió sufriendo otros, de melancolía y depresión, que la fueron apagando. Sus amigos en Barcelona, le recomendaron que tomara alguna decisión sobre su futuro. Su círculo de acompañantes estaba compuesto cada vez más por músicos, poetas, pintores, en tanto los ex militantes políticos iban alejándose, empujados por la densa humareda del hashis, la profusa visión de jeringas y pócimas diversas que eran consumidas en su departamento.

Alarmado por noticias enviadas por amigos y conocidos, el padre la trajo de regreso a Buenos Aires. Ella no pesaba cuarenta kilos y tenía la piel arrugada y amarilla como pergamino. La internaron en un centro de recuperación. Eran los días en que la Argentina despertaba de la larga y horrible pesadilla que significó el régimen militar, para tomar conciencia frente a datos obtenidos por una Comisión Investigadora, que la realidad era mil veces peor de lo que se había conjeturado.

Luego de cuatro meses de cura vino de visita a Asunción y ya no quiso regresar. La casa de los abuelos la conquistó de nuevo con los recuerdos que brotaban de cada rincón y el reencuentro con su primo.

En aquellos días José Luis estaba transformado en un viejo. No hablaba, no reía, sino imitaba un rictus que no tenía nada de alegre ni natural. Ambos se asustaron del espectro que vieron en el otro. Dónde se había ido el muchacho alegre, fanta-

sioso, lleno de increíbles proyectos y de maravillosa mirada. Estaba frente a ella con el rostro convertido en una máscara de tristeza. Estaba frente a ella contándole con frases entrecortadas que ya no soportaba vivir con su esposa, que ya no podía estar acostado con ella en la cama, que el deseo inicial que lo empujó a casarse ya no existía dentro de él y que la muchacha que pocos años antes le prometiera amor eterno, pasión sin límites, sólo hablaba de colas irritadas, de nuevas marcas de pañales, de la gripe de la mayor, de las vitaminas de la segunda, de las estrías que le salían a un costado del pecho, de su dosis de calcio. Pero se abstenía de recordar quiénes eran. Se negaba rotundamente a llamarle por su nombre porque ese simple hecho traería a la mente, automáticamente, muchas promesas rotas, muchas ilusiones perdidas, muchos proyectos desechados. El impersonal "mi amor" aunque fuera una paradoja, eliminaba muchos problemas. El amor no tenía ningún significado entre ambos. Era una palabra que se refería solamente a las niñas que tomaban teta o que se engripaban. El único nexo. El único vínculo. Ellos eran dos personas extrañas que se acostaban juntos cada noche, sin posibilidades de encontrar un sendero que los juntara y los pudiera llevar a redescubrir los remotos lazos, las olvidadas causas que hicieron posible los inicios de su relación. No era eso lo que había querido para su vida. Su esposa no se percataba de su desesperación y aburrimiento. Para ella todo estaba perfecto y se sentía plenamente realizada.

Cuando la prima llegó de Buenos Aires hubo una gran reunión familiar. Desde aquel momento ya no pudieron separarse. La frase que uno de ellos trataba de armar completaba el otro. Se sentían comunicados sin necesidad de palabras. Los padres de

ella se alegraron que José Luis la siguiera queriendo tanto y se marcharon tranquilos y confiados de regreso a Buenos Aires. La casa de los abuelos que se había puesto a la venta, fue conservada gracias a eso. Ella se encargó de darle nueva vida y los arreglos que necesitaba. Se reunían a conversar a cualquier hora. Por lo menos una vez por semana, José Luis quedaba a dormir con ella poniendo como pretexto en su casa, un viaje al interior. En esas charlas él fue comprendiendo por qué el sexo le causaba hastío y desagrado.

De todo lo que habían vivido rescataban solamente el tiempo que estuvieron juntos hasta antes de la adolescencia. Lo demás era una interminable lista de decepciones, desilusiones, humillaciones, golpes y sufrimientos.

No entendían por qué a aquella lejana niña que correteaba por los camineros del patio, le pintaron una maravillosa vida, plena de felicidad y cariño. No encontraban una razón para haber encaminado a ese alegre muchacho hacia la carrera de abogado, tan formal, tan seria, tan decepcionante, en un país en el que no existía ni la más mínima posibilidad de conseguir justicia, ni igualdad, ni libertad.

No me interesaba averiguar si los primos estaban un poco chiflados. Si era así, la chifladura que tenían me hacía feliz. Tampoco quería analizar demasiado si la relación que manteníamos era inapropiada. Después de conocerlos, la alegría regresaba a mí. Pero percibía cuánto habían cambiado ellos también, desde que nos conocimos. Constantemente salíamos por las noches a tomar cerveza, a ver espectáculos aunque eran escasos o a cenar. Teníamos absoluta necesidad de estar juntos y ese solo hecho ya era una fiesta.

En una de aquellas noches ella me presentó a su ex marido, el político que había estado preso dos años. Era agradable e inteligente. Conocía a mi hermano Roberto y también a Raúl. Me preguntó si seguíamos casados. Contesté que sí, pero que estábamos distanciados. Fue la primera persona, de todas las que habían sido detenidas en aquel maldito año, que me manifestaba su seguridad sobre la inocencia de Raúl con respecto a las acusaciones que él hubiera sido un delator. Conocía perfectamente y con detalles las circunstancias en que la documentación completa del movimiento había caído en manos de la policía. Al despedirse de nosotros me invitó a participar de una reunión, la que se realizaría en el local del partido.

Tenemos que ir tomando conciencia que el régimen que nos oprime, tiene un límite. Tenemos que ir planificando lo que haremos cuando caiga. No somos muchos, pero si te interesa participar serás bienvenida.

Estábamos en el bar de la costanera, frente a la Catedral. Se fue caminando hacia el lado del Congreso con un andar muy peculiar que daba la impresión de estar desfilando en una pasarela.

El viernes, dos días después, el bicho de la curiosidad me encaminó hasta la dirección que él me había dado. Correspondía a una casa vieja ubicada en la zona en la que me solía encontrar años atrás, con Ramón. Eran ocho en total las personas que estaban reunidas. El promedio de edad estaba por los cincuenta a excepción del que me había invitado que aún no podría haber llegado a los treinta años. El tema central de la discusión aquella noche, fue la conformación de una entidad cultural, dentro de cuyos ámbitos se irían desarrollando diversas actividades tales como conferencias, seminarios,

publicación de documentos y ensayos relacionados todos con la realidad nacional. El objetivo era quitarle el ropaje de tarea política partidaria, de tal manera que los servicios de seguridad del Estado no lo clausuraran antes de empezar. La organización serviría como foco de discusión de temas nacionales y permitiría invitar a personalidades internacionales para que pudieran aportar sus experiencias y enriquecer con sus análisis nuestra achatada visión del "Qué hacer" políticamente en las actuales circunstancias. Esto me pareció muy atinado teniendo en cuenta que el aislamiento del Paraguay entrando en la década de los ochenta, era muy semejante al que la sometió el Dr. Francia en los inicios de nuestra historia independiente. Así lo manifesté a estos muy (me parecían en aquel momento) honorables ciudadanos preocupados por el futuro de la patria, con la seriedad y el énfasis que mi inexperiencia en materia de reuniones políticas y mi desconocimiento de los personajes reunidos, me obligaban a adoptar.

De esta manera tuve mi primera reunión política. Había cumplido ya veinticuatro años y me empujaba un ingenuo pero sincero deseo de trabajar en la construcción de un país diferente.

Se convirtió en rutina la reunión de los viernes por la noche y mi inquietud por saber más de lo que podríamos hacer. Las conversaciones y lecturas realizadas, con la orientación de Raúl, sirvieron de base para ir entendiendo cuál debía ser el camino para mi formación política. Me apasionaba la perspectiva del final de la dictadura y el inicio de una nueva época signada por cambios y transformaciones.

Pero esto mismo era fuente de una enorme cantidad de dudas, incertidumbres, miedos. Cómo sería vivir sin la omnipre-

sente figura del general controlando nuestras vidas. Faltaba poco para que llegaran a treinta, los años de la dictadura. Yo no conocía otra forma de gobierno y la idea que se quería meter en los más jóvenes era de su permanencia e inmutabilidad en el tiempo. "El coloradismo eterno con Stroessner" era una frase que se repetía hasta el cansancio y lo que quedaba en la conciencia, no era la eternidad del coloradismo, sino la del general. El general era un rubio semidiós de ojos azules que ni se resfriaba. Porque desde que empecé a retener recuerdos, escuchaba en la cadena nacional de radios, la voz de un hombre que dos veces por día me recordaba obligatoriamente, que: "...a temprana hora de la mañana el Excelentísimo Señor Presidente de la República y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de la Nación, General de Ejercito Don Alfredo Stroessner, concurrió a su despacho del Palacio de López. Sus primeras horas de trabajo estuvieron abocadas a la firma de los decretos del día, para luego recibir en audiencia a generales y almirantes, comandantes de grandes unidades, a embajadores y representantes de gobiernos amigos, a presidentes de seccionales coloradas, como así también a representantes de las fuerzas vivas de la nación, como comisiones vecinales de fomento y dirigentes de gremios industriales, federaciones de comercio y de la Asociación Rural del Paraguay. Posteriormente el ilustre Primer Mandatario, continuó con su histórica jornada de patriótica labor y se trasladó a diferentes barrios de la capital y localidades del interior para inaugurar centros de salud, habilitar calles asfaltadas, empedrados, escuelas, baños y canchas de fútbol en los colegios, dormitorios y nuevos pabellones en los cuarteles, sitios todos en los que una alborozada multitud lo recibió entre vítores y cariñosas muestras de aprecio".

El general no dormía, ni comía, ni bebía, ni meaba, ni cagaba, porque debía estar despierto velando el sueño de "su amado" pueblo.

A este pueblo atontado y corroído hasta los huesos, no le sería muy fácil habituarse a un régimen de libertad. Mi intención era llevar las discusiones hacia tópicos eminentemente prácticos, como el camino para la anulación o por lo menos, para un enfrentamiento claro a la estructura del Estado-patrón, tan íntimamente interrelacionado a la estructura del partido y a la del ejército, las que todas juntas ocultaban en sus entrañas a una invisible pero sólida maraña mafiosa que decidía y aprobaba desde la negociación de los recursos hidroeléctricos, hasta la venta de los yuyos para el tereré en la acera de los ministerios.

En una de las reuniones de los viernes aseguré que todos los habitantes de la República, sin excepción, se beneficiaban con algún negocio sucio o ilegal, teniendo al Estado como contrapartida, socio, contratante o protector.

Uno de los viejos del partido saltó de su silla.

No podemos generalizar de esa manera. En este país hay mucha gente que, de ninguna manera, se ha ensuciado con esa clase de negocios.

Le desafío a que me nombre un comerciante o industrial honesto, repliqué.

No me contestó directamente. Me sugirió que tuviéramos mayor calma en nuestras discusiones.

Las generalizaciones y afirmaciones drásticas como la que usted realiza no nos permiten analizar con criterios equilibrados.

Existen personas e instituciones que han atravesado las más negras horas de la dictadura, sin que una mácula de corrupción manche sus trayectorias.

Le dejé hablar aunque dentro sentía la fuerza de un caballo salvaje al que me era difícil controlar. Y el caballo salvaje quería saltar y darle una buena coz a este viejo mentiroso. "Personas e instituciones que atravesaron los días más negros de la dictadura sin que una mácula... ". Me causaba náuseas su vocabulario y su intención. Quería dejar fuera de cualquier cuestionamiento a sus seis viejos camaradas y al partido que les pertenecía.

El ex marido de la prima de José Luis me había informado de los negocios y las empresas que los viejos manejaban entre ellos. Iban desde la dirección de comisiones mixtas formadas entre el gobierno y los gremios de producción, que decidían entre cuatro paredes quién produciría, cuánto y a qué precio, de empresas que satisfacían la provisión de uniformes y víveres al ejército y la policía, hasta sociedades anónimas propietarias de industrias manufactureras, importadoras, de bancos y casas de seguros. Era impensable que les hubieran permitido operar libremente con ellos, si no estuvieran involucrados hasta el tuétano en coimas, licitaciones fraguadas y manejo de dinero sucio.

Terminada la reunión de los viernes, los primos pasaban a buscarme y nos dirigíamos a algún lugar para comer algo. Algunas veces, el ex marido de la prima salía con nosotros y en esas ocasiones la discusión que habíamos tenido en el partido continuaba hasta que los primos, hartos de nuestra conversación, amenazaban con abandonarnos si no cambiábamos de tema.

El partido tenía comités de barrio que trabajaban en la capital, procurando no llamar mucho la atención. En el interior se luchaba por organizar comités departamentales, por lo menos, en las localidades más importantes. El trabajo era lento y penoso, así como el periodo de ablande y convencimiento para que los dirigentes aceptaran ser los encargados de su zona. El terror a los personeros del régimen, que podían presentarse con uniforme militar o policial, o quizás de civil y de las formas más variadas que solamente la infinita creatividad de los encargados de los servicios de represión podían imaginarla, era incontrolable.

Un desconocido macatero que una mañana se presenta a ofrecer diversas mercaderías, en el transcurso de las tratativas de compra-venta puede interesarse repentinamente por las ideas políticas del dueño de casa. Con dos preguntas puede sembrar el miedo y la angustia en la familia. Esa gente ya no quedará tranquila. El hombre no era un vendedor cualquiera. Miraba y preguntaba con segundas intenciones. Volverá a venir. O enviará a otro vendedor después de quince días para preguntar las mismas cosas. Por lo ladinos que eran, formularían otro tipo de preguntas, inocentes en apariencia. O era posible que ya no llegara nadie a ofrecer mercaderías. Un miembro de la seccional colorada local vendría a realizar una encuesta.

"Cuántas personas viven en esta casa. Cuántos son mayores de edad. Están afiliados todos al partido colorado o existe alguien que todavía no haya dado ese paso trascendental en su vida cívica y en ese caso le invitamos a que pase por la seccional a dejar sus datos y entonces la afiliación vendrá hasta aquí sin necesidad que el correligionario o la correligionaria tenga que

ir hasta la capital. Los abuelos también eran colorados o la familia era de raíz liberal. Esto no es ningún inconveniente hoy en día. Ustedes saben que el noventa y ocho por ciento de la población está afiliada. Eso quiere decir que prácticamente todos los viejos liberales y los febreristas se dieron cuenta que cambiarse al partido de Bernardino Caballero es la consigna histórica para caminar juntos en esta patriótica revolución pacifica que nuestro visionario presidente está llevando a cabo".

A pesar del miedo se conformaban y consolidaban los comités, lenta pero firmemente. Pero al mismo tiempo, mi comprensión y el manejo de las diversas situaciones internas del partido me desalentaban.

Toda la estructura estaba montada para que los seis viejos, llegado el momento de la transición, bloquearan las posibilidades para que se hicieran las reformas y transformaciones que el Estado necesitaba. A ellos no les interesaba remover demasiado el fondo de las aguas. Les gustaba la situación tal como estaba. Una vez muerto o enfermo, o separado de la cabeza del gobierno el General, se abriría un debate amplio con el cual se mantendría captada la atención de la opinión pública, mientras se cocinaban acuerdos y concertaciones a alto nivel, para que todo siguiera como antes.

Analizamos estos temas desde diferentes ángulos con el ex marido de la prima. Mi conclusión de que no tenía sentido avanzar demasiado con los viejos controlando paso a paso todos nuestros movimientos, hizo que decidiéramos formar una suerte de comité paralelo, conformado por personas jóvenes quienes sí comulgaban con nuestros puntos de vista. Con ellos nos reuníamos los sábados.

No podíamos llegar a tener ninguna seguridad de la forma en que caería la dictadura. Una posibilidad cierta, era la cercana decrepitud del General o los pocos años de vida que le pudieran quedar. Pero del mismo modo como podría morir en un par de años o súbitamente de un derrame o un infarto, los años de su ancianidad se podrían prolongar quince y hasta veinte años. Los quiebres que se percibían en el interior de la "unidad granítica del partido", daban como un hecho la existencia de grupos antagónicos en pugna por el control de la estructura partidaria. La posibilidad de un golpe militar encabezado por el hombre fuerte de la caballería, se había esfumado después del enlace entre los hijos de ambos. Era difícil hacer análisis y llegar a conclusiones que fueran válidas por mucho tiempo. Ciertos aires de esperanza soplaban de la Argentina cuyo nuevo presidente no disimulaba su desagrado por el régimen. Desde el Brasil no se podía esperar mucho, teniendo en cuenta que aunque regresara a un estado de derecho después de las elecciones libres por las que presionaba la población, siempre fue amparo y reparo del General y no iría a variar mucho la posición de su cancillería conociendo los mega-negocios que consiguieron hacer en desmedro de la soberanía paraguaya.

Los sábados por la tarde terminaba deprimida mortalmente. En el Paraguay no se movía nada. Todo estaba quieto. Muerto. Era una inmensa ciénaga nauseabunda, en donde no se percibía un sólo movimiento, un chorro de aire fresco, una hoja agitada. Más allá de nuestras fronteras, se discutía, se programaba, se planificaba lo que las nuevas tecnologías ofrecían como solución y como incógnitas a las que se debería estudiar. Cuando echaban una mirada hacia el Paraguay se decían

unos a otros; shh, no hagan alboroto que están durmiendo su siesta. Una pequeña siesta de treinta años. No. Son como cien. Más, diría un argentino. Son como ciento setenta.

Recordé las reflexiones de papá semanas antes de morir, a partir de la novela de Roa Bastos sobre lo que era el país. Las terribles imágenes que entreveía. Y era peor si se tenía presente a los viejos urdiendo sus planes, reuniéndose secretamente con generales, con coroneles, con miembros importantes de la nomenclatura colorada, planificando la transición sin violencia ni traumas, pero sin cambios. No teníamos salida.

A los primos les molestaba mi tiempo perdido en las actividades políticas. Ellos no concebían tener ninguna esperanza en el futuro. Nuestro país estaba condenado por toda la eternidad. Había nacido condenado y seguiría condenado. José Luis ponía el ejemplo de un ministerio cualquiera y de lo imposible que sería cambiar el pensamiento de los funcionarios públicos. "Cada ministerio es un feudo. Sabés lo que es un feudo, verdad. El ministro es el señor feudal. Como tal tiene poder sobre vidas y haciendas. La gama de negocios que puede manejar es ilimitada. Puede otorgar poderes especiales a gente de su confianza, sin que importe de ninguna manera la idoneidad, sino la sujeción irrestricta a su señor. La obediencia ciega es premiada y el más mínimo atisbo de rebeldía, castigado con severidad. Dentro del feudo, el señor maneja sus propias leyes. Dentro de él, todas las otras leyes del país caducan y son reemplazadas por las que corren de boca en boca. Nadie sabe cuándo cambian, pero pueden variar diametralmente de un día para otro de acuerdo con algún rumor, o alguna frase que alguno de los choferes hubiera oído, transportando al señor o

alguno de los mozos, que tuvo oportunidad de escuchar cierta conversación mientras servía café en el gabinete. Las leyes pueden tener un giro importante si se lo escucha al señor decir algunas palabras caminando por los pasillos hacia la puerta de salida, en tanto que los guardaespaldas le abren paso en medio de centenares y hasta miles de personas, funcionarios, arrimados a funcionarios, protegidos y cuñados, parientes en general, allegados, amigos de la seccional, vendedores y compradores, (porque dentro de cada oficina del ministerio hay un depósito con exóticas mercaderías traídas de los más lejanos puntos del planeta que son comercializados allí mismo, en los escritorios, en la puerta de las oficinas, en los corredores), prostitutas que hacen acuerdos a grito pelado, en medio de un vocerío que aumenta conforme pasan las horas, porque llegan también los comerciantes acompañados de sus gestores quienes esperan algún guiño de un secretario de tercera para introducir un expediente y ponerle un sello necesario para hacer alguna transacción con la que serán abundantemente beneficiados y con él, todos los ayudantes, secretarios, soplones, cafeteros y asesores de diferente laya que intervinieron de una u otra forma en el procedimiento".

"Los negocios del señor feudal son numerosos y de diversa índole. La gama es tan extensa que va desde la contratación de los servicios necesarios para el funcionamiento administrativo, hasta el arreglo de problemas matrimoniales de funcionarios y allegados. En cada dirección, en cada departamento y en cada sección, hay un director, un jefe y un subjefe que a su vez tienen poder de vida y muerte en su territorio, marcan sus propias leyes dentro de él y mantienen una autoridad incuestionable, salvo que entre en colisión con los altos mandamien-

tos dictados desde el gabinete. Pasado el mediodía, los corredores se vacían lentamente y la euforia de las transacciones y los gritos se van apagando, coincidentemente con la salida del señor acompañado de su séquito. Algunos jefes y directores siguen negociando a puertas cerradas en sus oficinas. Algunas "damas" ubicadas en la cresta de la ola, que llegaron a acuerdos y concertaron "trabajos", se introducen al interior de las oficinas taconeando fuerte y contoneando la mercadería o esperan fuera del edificio a que sus contratantes salgan y les suban a sus vehículos con chapa amarilla, verdadero orgullo y pasaporte eficaz en cualquier cierre de ruta que haga la policía o el ejercito, para amedrentar, controlar documentos, recordar a la población que se está en estado de sitio y apoderarse de algún vehículo cuyo propietario no pudiera exhibir ni los títu los de propiedad, ni algún carné que lo identifique como protegido de alguna repartición pública. Estas personas no conocen otra forma de subsistencia. Estamos hablando del setenta por ciento de la población. Cuando caiga el régimen, van a hacer todo lo que esté a su alcance para que estas estructuras permanezcan tal cual están y suba un régimen idéntico, aunque no sea colorado".

Lo que me decía José Luis no me asustaba tanto como el conocer por dentro lo que la oposición ya estaba arreglando por arriba para que todo siguiera tal cual.

Llegaba el lunes y de nuevo juntaba fuerzas para seguir pensando y confiando que mi visión estaba equivocada. Nuestro equipo paralelo de los sábados compartía mis temores, pero yo no los veía firmes en sus convicciones. Tenían temor de los viejos porque de alguna manera dependían económicamente de ellos,

trabajaban en sus empresas y daban la lastimosa impresión de ser autómatas, porque se veía en sus miradas que entendían lo que tratábamos de explicar y asentían durante la exposición. Pero cuando pedíamos pública aprobación agachaban la cabeza y desaparecían. Gente a la que le faltaba pila, fuerza, convicción, energía interior. Al menor indicio de que los viejos no apoyaban alguna postura se echaban atrás, se resquebrajaba su decisión y había que empujarlos constantemente, darle ánimos, renovarles las consignas en el cerebro. No estaba segura con el sólo apoyo de ellos. El ex marido de la prima era firme en sus decisiones y estaba de acuerdo con todas las propuestas de organización que realizaba. Con él se podía trabajar seriamente.

Los primos se aburrieron de mi inesperada vocación política. Un viernes no me vinieron a esperar frente al local del partido, como lo hacían habitualmente. Estuve unos minutos parada, desorientada y como eran más de las diez de la noche decidí tomar un taxi. Tampoco sabía muy bien qué rumbo tomar. Los viernes a la noche me quedaba en casa de los primos hasta el domingo en que me volvía a preocupar por el trabajo, los uniformes y toda la rutina. La voz del ex marido de la prima me sacó de mis dudas.

Vamos caminando hasta el centro y tomamos una cerveza por ahí.

Le parecía muy raro que no tuviera compañía. Dije que era posible que a los primos les hubiera pasado algo, puesto que no me habían avisado nada.

Caminamos hasta un bar ubicado sobre la calle Nuestra Señora de la Asunción. El ex marido estaba extrañamente parco. Ha-

bló del tiempo, del invierno que se iba sin que hubiera habido días de frío y que a él la temperatura le gustaba así, sin fríos ni calores excesivos. Pedimos una cerveza y encendió un cigarrillo. Su mirada se perdió hacia la calle. Pasaban pocos vehículos a esa hora. En el bar estaban dos parejas cuchicheando y riéndose y otra mesa larga ocupaban cinco personas mayores que tomaban café y hablaban de cosas muy serias, como la poca importancia que daban los hijos a la crianza de sus nietos. Colas irritadas, horas y horas en manos de empleadas brutas, sin ningún conocimiento de higiene, mamaderas roñosas, que hacían inevitable una pasada diaria por la casa para ver que no se estuviera incendiando mientras las niñeras miraban la telenovela.

Mi acompañante seguía mirando la calle después de permitir con su silencio, que me enterara de las preocupaciones de los abuelos sentados en la mesa de al lado.

Saliste volando con el humo de tu cigarrillo.

Sonrió con tristeza. Recargó los vasos y acomodó los codos sobre la mesa mirándome a los ojos.

En realidad, sencillamente me siento como un trapo de piso después de un intenso día de trabajo. Te digo lo del trapo de piso en el sentido de sentirme sucio y fatigado, no en el de haberme pasado limpiando y estar orgulloso del trabajo realizado. Todo lo que viví en los últimos meses se me presentó de golpe en un sólo paquete, todo metido en una jeringa que me aplicaron en las venas. Como dicen los drogadictos, fue un mal viaje. Estoy siendo golpeado por una serie de imágenes en las que se me aparecen mis hijas que viven con la mamá, a

quienes no veo desde hace seis meses, otras poco simpáticas de cuando estaba detenido en investigaciones, de tus amigos los primos, de los viejos del partido, de vos misma y como yapa, la cara de mi nueva pareja con la que no puedo estar en paz ni quince minutos. Creo que estoy cansado. De lo que vengo haciendo desde hace diez años, de soñar y trabajar por ese sueño y no poder ver nada tangible, nada real. Estoy tan podrido de mi entorno que descanso cuando imagino al General pescando tranquilamente en Ayolas. Me da envidia. Esa imagen bucólica me tranquiliza, podés creer. No estoy seguro si me quiero retirar, si vale la pena seguir profundizando nuestro trabajo político con los viejos tejiendo y destejiendo sus alianzas por encima de nosotros, esperando algún síntoma que les obligue a una alianza con un sector específico para dejar de coquetear con todos como hasta ahora. Dudando si me conviene aceptar la propuesta que me hicieron de ir a esperar la caída del General en un tranquilo exilio, si mi increíble irresponsabilidad con mis hijas podría llegar a reparar alguna vez. Así estoy. Con remordimientos, con pena de mí mismo, con ganas de ir a la mierda porque todo lo que hice en estos años no es nada, no se ve nada, no se construyó nada y no sé si tendrá sentido seguir. Hasta hace unos días estaba convencido de mi condición de imprescindible en el trabajo político. Ahora dudo que el trabajo mismo tenga alguna importancia. Hasta hace unos días me creía un tipo importante para el tiempo en que se llegue al periodo de transición política. Hoy me siento un inútil, un incapaz de siquiera colaborar para el mantenimiento de mis hijas. Mi ex esposa las mantiene, las viste, las educa, las alimenta, mientras yo me dedico a las cosas importantes. Sabés, Nita. Soy un imbécil.

Con un gesto indiqué al mozo que nos trajera otra cerveza. Me entraron ganas de fumar. Me vendría bien para ganar tiempo. No encontraba un comentario adecuado. Hubo una chispa que provocó la explosión en su interior. Me llamaba la atención su última frase. "No haber sido capaz de ayudar para mantener a mis hijas."

Hoy hablaste con la mamá de tus hijas.

Esta mañana temprano se fue junto a mí. La mayor está internada con un ataque de asma. Los medicamentos son caros y la internación aún más. Las crisis se están haciendo cada vez más frecuentes. Me pidió ayuda. Le prometí que esta noche me iría a llevarle dinero. Estaba seguro que uno de los viejos me daría un préstamo hasta que se habilite el dinero de la fundación en donde tengo una remuneración mensual asegurada. Me dijeron que llegando a navidad, dispondrían de fondos para poder ayudarme. Tragando mi resto de amor propio les expliqué que mi hija estaba internada. Me respondieron que mañana, después de mediodía tendrían una respuesta para mí. No sé si la decisión de los viejos desgraciados será positiva o negativa, pero es la primera vez que ella me pide ayuda y ni siquiera por esta única vez voy a poder cumplir.

No tengo mucho dinero ahorrado, pero si te sirve, podemos ir hasta casa y contá con lo que tengo.

Te agradezco. Voy a esperar hasta mañana. Confiemos en que a los viejos desgraciados les quede un resto de alma. Voy hasta el hospital a ver a la nena y a prometer que el dinero vendrá mañana.

Algo cambió en nuestra relación a partir de aquellas confesiones. Algo que no pude determinar hasta semanas después. Tomamos un taxi y bajé en la esquina de casa. Mamá se sorprendió al verme llegar. Raúl estaba sentado en el sofá largo de la sala con la niña durmiendo en sus brazos. Allí estábamos todos.

XV

Qué gusto verte. Que rara estás con ese corte de pelo. Parecés una francesita.

La sonrisa franca y la mirada limpia de Raúl me hicieron agradecer el azar que me trajo a casa. La nena dormía profundamente lo que me hizo sugerirle que la acostara en una cama. En la mía, dijo mamá. Raúl obediente la siguió con la nena en brazos al interior de la casa.

Tenés ganas de tomar una cerveza, preguntó Raúl.

Dije que sí.

Tantas vueltas buscando y buscando. Tanto ir y venir por el mismo maldito camino, sin saber lo que se busca, sin entender lo que se quiere y por lo tanto sin ver que lo tenemos delante de la cara. Eso es lo que pensé cuando me invitó a tomar una cerveza.

Vengo de la reunión en el local del partido.

Cómo anda eso.

No sé que decirte. A veces tengo la impresión que estamos avanzando y que estaremos preparados para ser una alterna-

tiva cuando llegue el momento. Otras veces creo que apenas formamos parte del partido de la paja nacional.

La impresión que yo tengo es que la reunión de hoy no estuvo muy buena. Me gustaría analizar contigo si tenés ganas.

Luego de dos años nos sentamos a hablar. Este era el Raúl con quién me casé, el que había amado. Aquel dulce muchacho que me había enseñado lo que es la ternura. Aquel hombre que había soportado con paciencia mi rechazo a la maternidad, intuyendo mis razones y sobreponiéndose a su propio calvario interior. Su análisis claro, su palabra directa y sin rebusques, me llevaron a mirar nuestra posición en el espectro político con una luz distinta.

Con los ancianos dueños del partido, controlando, manejando y decidiendo no habría ningún cambio, ningún progreso, ninguna evolución. Pero sin ellos la estructura partidaria desaparecería por falta de sustentación financiera. Entonces, cuáles eran las alternativas. Si seguía adentro, podría intentar anular el poder de los viejos incorporando dentro de la estructura partidaria, un órgano que actuara como contrapeso al comité central. Esta podría ser una asamblea general, de la que formen parte los representantes de los diversos comités departamentales y de barrio, con un voto cada uno y cuya decisión fuera inapelable. O tal vez un llamado a elección de constituyentes, cuya misión sería realizar una reestructuración de la organización interna como del programa mismo del partido, dando como justificación suficiente los nuevos desafíos que traería el fin de la dictadura.

Sopesando los trabajos que cualquiera de estos planteamientos traía consigo, finalmente era interesante también analizar

la posibilidad de fundar un nuevo partido político y considerar a qué sectores de la ciudadanía teníamos que dirigir nuestros esfuerzos para consolidar el proyecto. En el partido colorado tendríamos simpatizantes en los grupos excluidos, marginados y perseguidos, así como en el propio partido en que militaba, en el que amplios sectores estaban descontentos con la conducción. Dejamos la conversación en ese punto.

Acompañé a Raúl hasta la puerta de calle. Decidió dejar a la niña dormir con su abuela. Eran cerca de las tres de la mañana. Raúl se dirigió hasta un auto lujoso estacionado frente a la casa. Las cuestiones económicas habían variado mucho para él. Le felicité por el bello auto que tenía. Sonrió como pidiendo disculpas y se marchó haciendo un gesto con la mano.

Los primos se disculparon al día siguiente.

Por teléfono no te puedo decir el motivo de nuestra ausencia, dijo José Luis.

Esta noche nos encontramos en casa de los abuelos como a las ocho.

Lo que no se podía contar por teléfono se refería a que la esposa de José Luis había llegado a la casa de los abuelos, sorpresivamente, en la siesta del día anterior. Los primos estaban dormidos. Ella abrió la puerta soñolienta y semidesnuda. La esposa se introdujo al interior encontrando a su marido acostado, desnudo y asustado. La señora tuvo un ataque de furia. Le sacó la piel de la cara con sus uñas y se marchó.

Un abogado llamó una hora después para informar que el lunes se presentaría una demanda de divorcio y que antes nece-

sitaba conversar urgentemente con él sobre esa y otras cuestiones. Las otras cuestiones consistían en que le pedía como primer punto de un acuerdo de separación, que renunciara a la patria potestad de los hijos, considerando que contaban con una docena de testigos que firmarían una declaración jurada sobre su conducta inmoral y licenciosa. El segundo punto de las otras cuestiones se refería al arreglo económico, en el que detallaba con exactitud las propiedades y el alcance de sus pretensiones, pretextando, seguramente con razón, tranquilidad, seguridad y futuro de los chicos. Y el tercer punto de las otras cuestiones era una amenaza; que si los dos requerimientos de la cláusula de acuerdo no se cumplían tal cual, la demanda se encargaría de publicar en todos los diarios sus intimidades extra-conyugales y su pública y escandalosa relación incestuosa. El documento lo venían preparando desde mucho tiempo atrás y eso era notorio.

Aquello provocó en José Luis una reacción violenta. Una vez que leyó las pretensiones de su mujer, echó de la casa a empujones al abogado. Le aseguró que de él no sacarían ni un solo centavo y que sus bienes los tenía a nombre de otras personas. Eran bravuconadas. Todo estaba a su nombre y no tenía posibilidades de ocultarlo o encubrirlo. Lo que en realidad le ponía violento era su ingenuidad. Ella había estado preparando la demanda desde mucho tiempo atrás. Era muy posible que todos los familiares y amigos estuvieran enterados, con todos los detalles, de lo que ella se proponía hacer, pero nadie le advirtió ni comentó una sola palabra.

Cuando nos reunimos en la casa de los abuelos su aspecto era lamentable. Se distinguían nítidamente las huellas de las

uñas, que bajaban desde arriba de las cejas por un costado de la cara hasta cerca de la barbilla. Tan diferente se lo veía así, con esos rasguños, con esa rabia, con la mirada cargada de ira, de deseos de venganza, del José Luis que había conocido en el banco, dueño de si mismo y miembro del club del buen vivir.

Hasta que contuve su violenta catarata de insultos e improperios, estuvo rememorando incidentes y anécdotas de su vida conyugal que no hacían sino incentivarle las ganas de aplastar a su mujer como a una cucaracha. A su lado, una botella de whisky, bajaba constantemente el nivel de su contenido. Constaté que lo estaba tomando sin hielo ni agua.

Qué pasará con los niños.

Qué...

Tus hijos. Qué pasa con ellos.

Habían pasado dos días desde el incidente pero todavía no se detuvo a pensar en las criaturas. Quedé sorprendida por la expresión de su cara. De qué me estás hablando decía su rostro. Que importan las criaturas en este momento. Estamos hablando de cuestiones de fondo. De cosas importantes.

Automáticamente revisé mi cartera para comprobar que tuviera dinero para el taxi.

Las criaturas, balbuceó como un imbécil.

Si. Tus tres hijos.

Se encogió de hombros y se sirvió otra medida de la botella.

Su desconcierto primero y su gesto después, me empujaron a la calle. Salí de la casa sin decir nada, ni despedirme siquiera. En la puerta la prima me alcanzó. Me tomó del brazo y miró a los ojos un instante. Me abrazó. Ella sí entendía lo que pasaba por mi cabeza. Había presenciado toda la escena sin pronunciar palabra.

Yo no conocía a los hijos de José Luis. Jamás los había visto; ni siquiera en fotos. Pero resultaba tan irracional que los hijos, que eran su bandera, su razón de ser, la fuente de su alegría, su reconciliación con el mundo, según me había convencido y no se cansaba de repetir y lo que más me había impresionado de él, en este momento, el más duro y crucial para ellos, fuera incapaz de dedicarles un instante de su pensamiento. Estaba lleno de odio y egoísmo. Posiblemente como yo, con la diferencia que, en mi caso, nunca había querido embaucar a nadie con mi calidad de madre. Nunca había querido asumir mi maternidad con Nita, la pequeña. Era un acuerdo tácito con Raúl. Y no significaba tampoco que no la amara.

Pero, a José Luis el resentimiento lo ahogaba y no le permitía ver que perdía a sus hijos, con quienes mantenía una estrecha relación de la que dependían. ¿O todo era una mentira? No le permitía tampoco darse cuenta que me perdía a mí por la puerta y que yo caminaba hacia la esquina y que giraba a la izquierda tratando de perderme de su vista, de su memoria y de su vacía cáscara. Él era una mentira. Era un fraude estudiado y compuesto, desde su actitud y sus modales hasta su alegría y despreocupación.

Eran poco más de las diez. Regresé a casa caminando. Estaba cerca. Había poca gente por las calles. Caminar me resultó

agradable y relajante. Al abrir la puerta, la cara sonriente de mamá me produjo un impacto tan beneficioso que la abracé como hacía tiempo no lo hacía.

Qué gusto. Viniste temprano. Qué gusto que estés en casa.

Nos sentamos en la sala como si yo estuviera de visita. No me soltaba de su abrazo y yo tampoco quería que se apartara. Los primos se me aparecieron como dos sombras que volaban. Obscuras sombras que se alejaban de mí, cada vez más pequeñas.

Por fin se durmió, apareció diciendo Raúl del interior de la casa.

Su rostro se transformó al verme. Se llenó de aquella luz, de aquella diafanidad, de aquella ingenua alegría que no podía ocultar cuando se me acercaba. Tenía en los ojos un urgente deseo de besarme.

Estuve pensando todo el día en nuestra conversación de anoche. Hay cosas que no están claras.

No quiero hablar de política. Vení a sentarte con nosotras. Me alegra verte.

¿Era una casualidad que las dos noches que regresé a casa, impensadamente, él estuviera allí? ¿Era pura impresión mía que el sonido de su voz tuviera de nuevo ese matiz cuya virtud era aquietar mi espíritu? O él siempre estuvo allí, esperándome. Esperando que mis heridas cicatricen, que mis ojos recobraran la visión y redescubrieran las hojas nuevas que crecían en el jardín, los aromas de vida que subían de la tierra removida, los cantos postergados que renacían en mi alma luego de una larga noche de atroz silencio.

Vinieron, después de esa noche, días de paz en los que recuperé mi propio color interior, mi espacio y ubicación desatinados y hasta mis perdidas ganas de amar la vida.

A lo largo de dos meses Raúl se fue acercando de nuevo. Me buscaba a la facultad o frente al local del partido. Nuestras charlas se prolongaban por horas. Diseñamos un esbozo de estrategia para poner en marcha el plan de anular a los viejos y su influencia. Me resultaba fantástico contar con él aunque no participara en la actividad propiamente.

Una mañana llegó hasta el banco. Se sentó frente a mí como cualquier cliente, en tanto yo sentía que mi rostro se acaloraba. Hasta ese momento no nos habíamos acercado físicamente y evitábamos hasta los roces casuales. Al verle sentado allí, en ese lugar cotidiano para mí, pero impropio para que estuviéramos juntos, me entraron ganas de decirle que se fuera. Que los compañeros se reirían de mí. Me parecía que todo el banco estaba pendiente de lo que iría a decir. Me sentí una completa estúpida cuando comprobé que mis ojos lagrimeaban. Él solamente me había dicho, hola. Nada más. Y se sentó. Pero yo estaba llorando como en los viejos tiempos.

Solamente pasaba por aquí y me hubiera gustado hacerte una pregunta. Pero creo que no es el momento ni el lugar.

Disculpame. Creo que me estoy volviendo loca. Me sorprendiste con tu aparición y algo me pasó. Qué querías saber.

Si no te animarías a volver conmigo. Volver a vivir conmigo.

Alquilamos una casa sobre la calle 15 de Agosto, en los alrededores de la Plaza Italia. No quise ni pensar en la posibilidad

de vivir en su casa de Villa Morra. Él se sentía responsable del cuidado del padre, pero le aseguré que con una visita diaria y una enfermera, eso estaba solucionado.

Aquel sábado que nos mudamos, luego de hacer acomodos, limpieza y toda la infernal tarea que solamente los que alguna vez se mudaron de casa conocen, estábamos sentados en el jardín. Raúl estaba orgulloso del empastado que cubría todo el patio delante de la casa, con unos montículos para subir corriendo que haría las delicias de Nita, la pequeña. Manguera en mano fue llevando chorros de agua por todos los rincones. Finalmente vino y se sentó frente a mí con una cerveza en la mano.

Estaba pensando en cómo vamos a dormir.

Acostados, dije para ganar tiempo.

Sonrió. Sabía adónde quería llegar.

Juntos.

Claro. A menos que quieras tener cuartos separados como en las viejas películas.

Es que recuerdo la última vez que estuvimos juntos en una cama y no me siento orgulloso precisamente de aquello.

Somos otras personas, Raúl. Por lo menos yo siento que todo el tiempo que estuvimos alejados fue de utilidad para madurar. Percibo que a vos te pasó lo mismo.

Entonces, estoy perdonado.

Creo que vos tenés mucho más que perdonarme a mí. Lo mejor es tratar de ir archivando los malos recuerdos.

Me acerqué a él y abracé su cabeza sobre mi pecho. Estuvimos así largos minutos mientras imágenes queridas de intensa felicidad, de aquellos días en que estábamos enamorados, se agolpaban en mi mente.

XVI

Despertar en casa de mamá es siempre un acontecimiento reconfortante. Después de reconocer cada uno de los rincones, miro el reloj de la mesa de luz. Doce y media. Mamá ni siquiera abrió las cortinas para no molestar. En la casa no se oye ningún ruido. Voy hasta el baño a asearme. Me duele un poco la cabeza. Decido tomar una ducha aunque no tenga ropa para cambiarme. Al salir escucho voces. Raúl y mamá están hablando hacia el fondo, posiblemente en la cocina, porque no se entiende lo que dicen. Desde el patio se oye la cantarina voz de Nita, la pequeña, tratando de entonar la canción de los enanos. La voz se acerca y se aleja conforme a los movimientos de la hamaca que posiblemente está empujando Ña Belén.

Me envuelvo en una toalla. Empiezan a desfilar borrosas las circunstancias de mi escandalosa noche anterior. La borrascosa asamblea, la retirada en compañía de algunos de mis adherentes, el traslado hasta el bar de la calle Yegros, frente al mercado, en donde tomamos cerveza hasta reventar.

Como a las once me llevaron a casa y no podía tenerme en pie. Ayudada por los compañeros logré llegar hasta la puerta y allí estaba Raúl, preocupado y molesto.

No entiendo la necesidad de llegar hasta este punto. Tampoco entiendo por qué no me avisás lo que vas a hacer. Estuve frente al local del partido esperando que terminara la asamblea. Como salía toda la gente y no te veía pregunté por vos. Me dijeron que te habías retirado temprano. Te busqué por todos los bares a los que suelen ir, inútilmente. Te voy a hacer un té, o café.

No quiero tomar nada, doctor. Quiero más cerveza.

No te conviene seguir tomando. En todo caso, date un baño y te preparo ropa limpia.

No me quiero bañar, doctor. Quiero que me des una botella de cerveza.

Por qué mejor no me contás lo que pasó. Si empezamos por ahí es posible que te pueda entender. Vamos al baño. Te preparo el agua tibia, te miro para que no te des una caída y después vamos a la cama a que me cuentes.

No quiero darme un baño. Quiero una cerveza. Si no me das vos traigo yo y listo. Total no soy ni paralítica ni manca. Voy y me traigo mi cerveza.

Te traigo una, pero me gustaría que me cuentes lo que pasó.

No me pongas condiciones, doctor. Todo el mundo se cree con derecho a ponerme condiciones. Ya me jodieron lo suficiente con sus leyes y reglamentos. No quiero que me traigas nada. Me voy yo.

Fui hasta la heladera, saqué una botella pero no encontraba el abridor. Entonces tomé un cuchillo y levanté con serios riesgos

la tapita de lata. El borde arrugado penetró debajo de la uña del dedo meñique pero no me dolió. Eso sí, la sangre salía a chorros. No quise buscar un vaso y me puse a tomar directamente de la botella. Instalada frente a Raúl no podía entender qué era lo que tanto me enfurecía.

Vas a decirme por qué te estás haciendo esto.

Si, doctor. Ahora mismo. Me sangra el dedo, carajo. Me hice mierda el dedo con la tapita. Te cuento lo que ocurrió, doctor. Se hizo la asamblea como estaba prevista. Tenía en la mano una hoja con los puntos principales que acordamos tenían que ser incluidos en el orden del día. Pero no fue necesario. No me dejaron hablar. Anoche se hizo algún acuerdo entre el compañero secretario general que estaba hasta entonces absolutamente de acuerdo conmigo en todo y los viejos bandidos. Tenían preparada una trampa. Los viejos dieron la orden de que no se me permitiera hablar. El compañero secretario general les sopló todo lo que yo iría a plantear y fui a hacer el ridículo frente a la asamblea. Se cagaron de risa de mí y el más desgraciado de todos, mi amigo y compadre, fue el que más se divirtió. Por eso abandoné la asamblea. Salieron conmigo cuatro compañeros a quienes vos conocés. Por supuesto ninguno de ellos trabaja para los viejos, si no, no se animarían. Salí de allí porque olía a cadáver. Todo el ambiente olía a putrefacción. La asamblea en pleno era una gusanera. Caí en la cuenta de lo estúpido que resultaba estar trabajando para llevar adelante a un partido muerto, cuyos miembros estaban muertos, cuyo ideario estaba muerto y sepultado. Este país es un cementerio enorme. No hay más que cadáveres que imitan el juego de los vivientes. Solamente imitan. No pueden

hacer otra cosa. Caminan, hablan y cualquiera pensaría que es una sociedad verdadera de personas. Pero están vacíos. Solamente hay ausencia. Dentro de cada uno hay solo un hueco enorme que dejó la vida al marcharse.

Estás dolida. Es comprensible. Tu amigo se portó como un gran hijo de puta. Entiendo. Pero ahora, por favor, tratá de calmarte.

No me quiero calmar. Quiero reventar, explotar como una bomba. Quiero convertirme en una bomba de gusanos que explote sobre Asunción. Una bomba de gusanos pensantes. Imaginate el efecto que causará en Asunción una bomba de gusanos pensantes. Va a causar más daño que una bomba atómica. No. Ni se darán cuenta si están todos bajo toque de siesta. Tienen prohibido salir del coma hasta nuevo aviso.

Me gustaría que hagas un esfuerzo y trates de calmarte.

La calma a las pelotas. Vos hacé un esfuerzo y tratá de calmar tu propia angustia de no saber quién es el padre de Nita. Eso es lo que te carcome el cerebro. Pero tranquilizate. Te voy a contar. Voy a develarte el misterio. Sabés de quién es hija tu hija. De un torturador de Investigaciones. Querés que te dé su nombre.

Raúl se incorporó y fue caminando hacia el dormitorio. En su rostro tenía puesta la máscara del dolor. Me asusté. Salí corriendo hasta el baño. Me eché agua a la cara. Me lavé las manchas de sangre de la cortadura del dedo. Tomé mi cartera y salí a la calle. Caminé sin rumbo como una hora hasta que decidí llegar a la chopería. No tenía perdón lo que acababa de decir.

No quería mirar a Raúl a la cara. Pero él estaba allí en la cocina, hablando con mamá. Seguí sentada en la cama envuelta

en su toallón. No me animaba a salir afuera. Pero la puerta se abrió y Raúl entró y se sentó a mi lado.

Dormiste mucho. Ya es la hora de comer. Cómo te sentís.

Su brazo me rodeó la espalda. Me puse a llorar mientras balbuceaba estúpidas frases de disculpa.

No te pongas así. No quiero que te sientas mal. Vos creés que no sabía que no era yo el padre de Nita. Claro que lo sabía. Siempre supe que no era yo. Pero en ese momento qué importancia tenía. Yo te amaba. Acababas de salir del infierno y no podías hablar de lo que tanto te dolía. Ibas a tener un hijo. Y aunque no fuera el padre, amaba a esa criatura porque era tuya. Aunque vos no quisieras tener el bebé. Y aunque pensaras que la odiabas. Era un bebé y era tuyo.

Yo seguía llorando. Escuchaba su voz como un bálsamo cayendo sobre mi cabeza.

Nuestra hija Nita, es una criatura inteligente y cariñosa. Necesita un hermanito o una hermanita. Me gustaría que pensáramos en eso. Me gustaría mucho.

El anuncio de mamá de que la comida estaba lista, hizo que los gritos de Nita la pequeña, se aproximaran.

A lavarse las manos y todos a la mesa, decía mamá.

Apareció en la puerta seguida de Nita, la pequeña. Ésta al verme, vino corriendo a mis brazos.

Querés que te preste ropa, me preguntó mamá.

Abrió el placard y me pasó un vestido suyo que me quedaba

enorme. Nita, la pequeña, al verme con la ropa de la abuela se echó a reír y luego se acurrucó en nuestros regazos. El rico aroma de la comida se introdujo al dormitorio. Ña Belén apareció en la puerta.

Qué pasa aquí. Vamos a comer. Qué estamos esperando.

Las dos se marcharon hacia el comedor. Miré a Raúl sonriendo entre mis lágrimas.

Si queremos tener un hijo no es necesario pensar. Tendríamos que hacer algo más práctico.

Su cara seria con el ceño fruncido se distendió primero en una sonrisa y después en una carcajada. Nos abrazamos los tres. Me sentía ligera. Libre.

Vamos. La comida huele bien.

Tomé de la mano a Nita, la pequeña. Raúl me abrazó y fuimos caminando hacia el comedor.

FIN

Hermes Giménez Espinoza

Trabajó con conocidos directores: la argentina María Escudero, el colombiano Enrique Buenaventura, el español Juan Pastor Millet y los paraguayos Rudi Torga y Antonio Carmona.

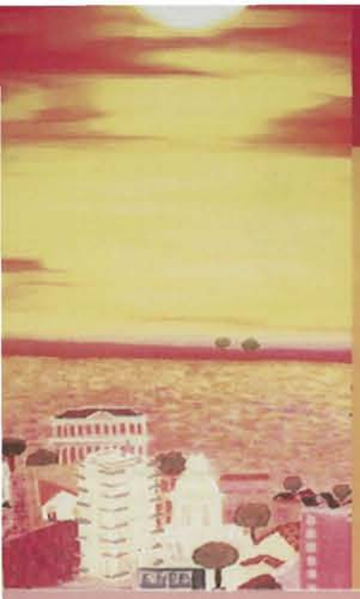
El amor que tengo, su primera novela publicada en 1997, fue galadornada con el primer premio para autores inéditos en el Primer Concurso de Novela del Club Centenario convocado ese mismo año.

En 2002 apareció su segunda novela ***Memorias de Dios***.

En la trama de ***Asunción bajo toque de siesta*** convergen personajes que transitaron la larga siesta paraguaya durante el régimen "stronista", muchos de los cuales superviven hoy, aún adormecidos por su sopor.

El Lector

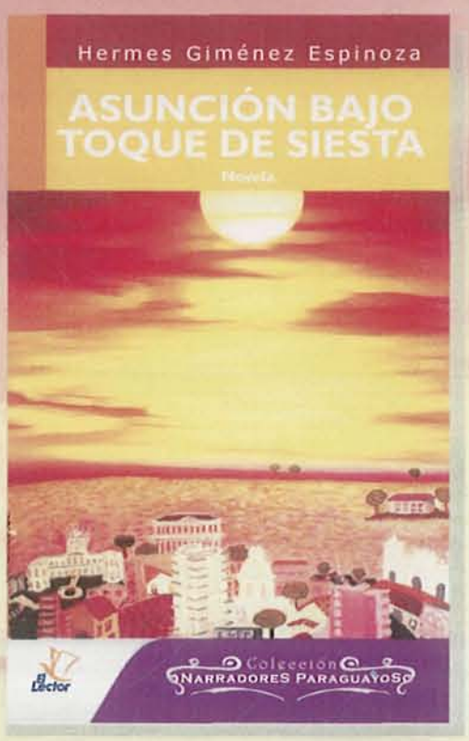
Colección Narradores Paraguayos



Hermes Giménez Espinoza

ASUNCIÓN BAJO TOQUE DE SIESTA

Novela



"Hacia un país de lectores"

Esta novela es un aguijón para despertar la memoria de nuestra sociedad. Su lectura es muchas veces dolorosa, pero nunca deja de ser excitante e incitante. ¿Por qué debemos hurgar en nuestro pasado reciente como lo hace esta obra de Hermes Giménez Espinoza, si sería preferible olvidar aquello y mirar para el frente?

La respuesta es sencilla: porque jamás podremos caminar para adelante sin tropezar de nuevo, si no asumimos eso que nos pasó, si no asimilamos sus trágicas lecciones y si no aprendemos –con el reflejo condicionado antidictatorial aún cebado– a exorcizar las tiranías antes de que se reinstalen.

Asunción bajo toque de siesta tiene enorme valor en sí misma, por su estructura narrativa impecable; por la reconstrucción fiel del contexto histórico (los años 70 y el corsé de la dictadura); por la integridad literaria de sus protagonistas, trazados sin estereotipo alguno.

Pero su virtud mayúscula está en su condición de retrato puntual de una época que no termina de irse y cuyas larvas se niegan a morir. Esta novela no dejará de sacudir a quien la lea.

Bernardo Neri Farina

"Hacia un país de lectores"

I.S.B.N: 978-99953-1-032-5

Colección NARRADORES PARAGUAYOS

El Lector